La Soberanía de Dios

A. W. Pink

La Soberanía de Dios

A. W. Pink

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD
3 Murrayfield Road, Edinburgh, EH12 6EL, Gran Bretaña
P.O. Box 621, Carlisle, Pennsylvania, 17013, U.S.A.

Traducido por José María Blanch

Primera Edición en Castellano 1972
Segunda Edición en Castellano 1978
Tercera Edición en Castellano 1990
Cuarta Edición en Castellano 1995

ISBN: 0-85151-416-2
Depósito legal: B. 33.128 - 1995

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

INTRODUCCION

Se ha observado a menudo que uno de los requisitos fundamentales en la exposición de la Palabra de Dios es la necesidad de preservar el equilibrio de la verdad. *Estamos plenamente de acuerdo con ello. Hay dos cosas que están por encima de toda discusión: Dios es soberano, el hombre es responsable. En este libro hemos procurado exponer lo uno, así como en otras obras hemos hecho frecuente énfasis en lo otro. Reconocemos sin vacilar que existe un verdadero peligro tanto en enfatizar demasiado lo primero como en ignorar lo segundo; de ello, la historia nos ofrece numerosos ejemplos. Hacer énfasis en la soberanía de Dios, sin sostener al mismo tiempo la responsabilidad de sus criaturas, tiende al fatalismo; dar a la responsabilidad del hombre tal importancia que se pierda de vista la soberanía de Dios, es exaltar a la criatura y deshonrar al Creador.*

A fin de cuentas, casi todos los errores doctrinales provienen, realmente, de la perversión de la verdad, de la verdad mal trazada, de la verdad defendida y enseñada sin la debida armonía. El rostro más hermoso de la tierra, poseedor de los rasgos más atractivos, pronto se convertiría en algo feo y deforme si una de sus partes continuara creciendo mientras las demás permaneciesen atrofiadas. La belleza es, primordialmente, cuestión de armonía. Lo mismo ocurre con la Palabra de Dios: su perfección y santidad se perciben mejor cuando su sabiduría infinita es expuesta en sus verdaderas

proporciones. En este intento es en el que tantos hombres fallaron en el pasado. Algunos quedaron tan hondamente impresionados por algún aspecto aislado de la Verdad de Dios, que concentraron sobre él toda su atención, en detrimento de casi todos los demás. Cuando una porción de la Palabra de Dios ha sido constituída en "doctrina favorita", se ha convertido muchas veces en emblema distintivo de algún partido o grupo. Pero el deber de todo siervo del Señor es anunciar "todo el consejo de Dios" (*Hechos* 20:27).

Cierto es que en los tiempos degenerados en que nos ha correspondido vivir, cuando por doquier se exalta al hombre, y la expresión "superhombre" ha llegado a ser común existe una auténtica necesidad de resaltar incuestionablemente el hecho glorioso de la supremacía de Dios. Tanto más cuanto que está siendo negada de modo explícito. No obstante, aun para esta defensa de la verdad se necesita gran sabiduría, pues existe el peligro de que nuestro celo sea "no según ciencia". Las palabras "alimento a tiempo" han de ser tenidas siempre en cuenta por el siervo de Dios. Lo que para una congregación puede ser necesidad de primer orden, para otra puede que no lo sea. Allí donde uno ha sido precedido por predicadores arminianos, deberá exponerse la verdad olvidada de la soberanía de Dios; aunque con precaución y cuidadosamente, para que los "niños" no reciban demasiado "manjar sólido". Conviene tener en cuenta el ejemplo de Cristo en Juan 16:12: *"Aun tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar". Por otra parte, si soy llamado a ocupar un púlpito reconocido como calvinista, podrá ser beneficioso hacer énfasis en la verdad de la responsabilidad del hombre (en sus muchos aspectos). Lo que el pre-*

dicador precisa dar no es lo que la congregación gusta más de oír, sino lo que más necesita, es decir, aquellos aspectos de la verdad que le son menos familiares, o que menos se demuestran en su andar.

Poner en práctica, de hecho, lo que hemos observado, hará probablemente al predicador víctima de la acusación de ser un tornadizo. Pero, ¿qué importa esto, si tiene la aprobación de su Señor? No ha sido llamado a ser "consecuente" consigo mismo, ni con precepto alguno redactado por el hombre; su obligación es ser consecuente con la Sagrada Escritura. Y en la Escritura cada una de las partes o aspectos de la verdad queda equilibrada por otro aspecto de la misma. Todas las cosas tienen sus dos caras, incluso el carácter de Dios; El es "luz" (*I Juan* 1:5) *lo mismo que "amor"* (*I Juan* 4:8), *y somos llamados, pues, a mirar "la bondad y la severidad de Dios"* (*Romanos* 11:22). *¡Predicar continuamente sobre la primera, ignorando la segunda, equivale a trazar una caricatura del carácter divino!*

Cuando el Hijo de Dios se hizo carne y vino aquí en "forma de siervo" (*Filipenses* 2:7), *¡aun en el pesebre era "Cristo el Señor"* (*Lucas* 2:11) *La Escritura dice: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros"* (*Gálatas* 6:2), *pero el mismo capítulo insiste en que "cada cual llevará su carga"* (*Gálatas* 6:5). *Se nos manda que no nos congojemos "por el día de mañana"* (*Mateo* 6:34), *pero "si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, la fe negó, y es peor que un infiel"* (*I Timoteo* 5:8). *Ninguna oveja del rebaño de Cristo perecerá* (*Juan* 10:28,29), *pero al mismo tiempo se insta al cristiano a que haga firme su vocación y elección* (*II Pedro* 1:10). *Y así podríamos multiplicar las ilustraciones. No*

se trata de contradicciones, sino de enseñanzas complementarias: la una contrapesa a la otra. De este modo, las Escrituras ponen de relieve tanto la soberanía de Dios como la responsabilidad del hombre.

Sin embargo, en la presente obra nos ocupa la soberanía de Dios, y aunque reconocemos gustosamente la responsabilidad del hombre, no nos detenemos en cada página para insistir sobre ello; antes al contrario, hemos procurado subrayar aquel aspecto de la verdad que en nuestros días está siendo casi universalmente descuidado. Puede decirse que el 95 por ciento de la literatura religiosa actual está dedicado a poner de relieve los deberes y las obligaciones de los hombres. Pero ocurre que los que se dedican a exponer la responsabilidad humana son precisamente los mismos escritores que han perdido "el equilibrio de la verdad" al ignorar, en gran parte, la soberanía de Dios. Es perfectamente lícito insistir en la responsabilidad del hombre; pero, ¿y Dios? ¿Acaso no tiene derechos y privilegios? Para recuperar el "equilibrio de la verdad", sería preciso que se escribieran cien obras como ésta, y que se predicaran diez mil sermones sobre este tema en todas partes. Se ha perdido este "equilibrio de la verdad", perdido por el énfasis desproporcionado que se hace del aspecto humano, minimizando, cuando no excluyendo, el aspecto divino. Admitimos que este libro es parcial, pues sólo procura tratar de un aspecto de la verdad, el aspecto olvidado, el aspecto divino (1).

(1) Decir que este libro es parcial, no significa, sin embargo, que deje de ser objetivo. Todo lo contrario. Se ocupa de un solo aspecto de la verdad, pero lo hace objetiva y bíblicamente. (N. del E.).

LA SOBERANIA DE DIOS Y NUESTRA EPOCA

¿Quién ordena los asuntos en la tierra hoy día, Dios o el diablo? Se admite generalmente que Dios reina supremo en los cielos; pero se niega casi universalmente, si no directa, indirectamente, que lo haga en este mundo. Los hombres, en sus filosofías y teorías, tratan cada vez más de relegar a Dios a segundo término. Tomemos la esfera de lo material. No sólo se niega que Dios lo *creó* todo mediante su acción personal y directa, sino que pocos creen que El se ocupe directamente en ordenar las obras de Sus propias manos. Se supone que todo está ordenado conforme a "leyes naturales" impersonales y abstractas. De esta manera se destierra al Creador de su propia creación. No debemos pues sorprendernos de que los hombres, en sus conceptos degradados, excluyan a Dios de la esfera de los asuntos humanos. En toda la cristiandad, con excepciones casi insignificantes, se sostiene la teoría de que el hombre determina su suerte y decide su destino por su propio "libre albedrío". Satanás tiene la culpa de gran parte del mal que existe en el mundo, según afirman alegremente aquellos que, teniendo mucho que decir de la "responsabilidad del hombre", *niegan* a menudo su *propia* responsabilidad, atribuyendo al diablo lo que de hecho procede de sus *propios* corazones malignos (Marcos 7:21-23).

Pero, ¿quién está dirigiendo los asuntos de la tierra en la actualidad? ¿Dios, o el diablo? Tratad de ob-

servar el mundo de manera seria y total. ¡Qué escena de confusión y caos se nos ofrece por todos lados! El pecado se comete descaradamente; abunda la ilegalidad; los malos hombres y los engañadores *van* de mal en peor (II Timoteo 3:13). Hoy día todo parece estar *descoyuntado*. Los tronos crujen y se tambalean, las antiguas dinastías están siendo derribadas, las naciones se sublevan, la civilización es un fracaso demostrado; la mitad de la cristiandad estaba abrazada no ha mucho en mortal combate; y ahora, cuando el titánico conflicto ha terminado, en vez de tener un mundo "salvaguardado para la democracia", hemos descubierto que este sistema inspira muy poca seguridad para el gobierno del mundo. La inquietud, el descontento, y la ilegalidad brotan por todas partes, y nadie puede decir cuándo comenzará otra gran guerra. Los estadistas están perplejos y aturdidos. Los corazones de los hombres están "secándose a causa del temor y expectación de las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra" (Lucas 21:26). ¿Dan a entender estas cosas que *Dios* lo dirija todo?

Empero concentremos nuestra atención en la esfera religiosa. Después de diecinueve siglos de predicación del Evangelio, Cristo es aún "despreciado y desechado entre los hombres". Peor aun, muy pocos son los que proclaman y engrandecen al Cristo de la Escritura. En la mayoría de los púlpitos modernos se le deshonra y niega. A pesar de los frenéticos esfuerzos que se hacen para atraer a las multitudes, la mayoría de las iglesias tienden a vaciarse en vez de llenarse. ¿Y qué diremos de las grandes masas que no asisten a la igle-

sia? A la luz de la Escritura nos vemos obligados a creer que los "muchos" están en el camino espacioso que lleva a la perdición, y que "pocos" son los que están en el camino angosto que lleva a la vida. Muchos afirman que el cristianismo es un fracaso, y la desesperación embarga multitud de corazones. No pocos de los que son del pueblo del Señor están perplejos, y su fe se halla sometida a seria prueba. *¿Y qué decir de Dios?* ¿Ve y oye? ¿Es impotente o indiferente? Algunos de los considerados como líderes del pensamiento cristiano nos han dicho que Dios no pudo evitar que viniera la terrible segunda guerra, como *tampoco* acelerar su terminación. Se decía, y abiertamente, que la situación estaba *más allá* de Su control. ¿Dan estas cosas la impresión de que fuera Dios quien estaba dirigiendo el mundo?

¿Quién gobierna las cosas de la tierra actualmente? ¿Dios, o el diablo? ¿Cuál es la impresión que sacan los hombres del mundo que a veces asisten a un culto evangélico? ¿Cuáles son los conceptos que se forman aun los que oyen a predicadores considerados como "ortodoxos"? ¿Acaso esta impresión no es la de que los cristianos creen en un Dios *decepcionado?* Si oímos lo que dice el típico evangelista de nuestros días, ¿no está *obligado* cualquier oyente reflexivo a concluir que el tal profesa representar a un Dios lleno de intenciones benévolas, pero incapaz de llevarlas a cabo; que está deseando de veras bendecir a los hombres, mas éstos no se lo permiten? Si es así, ¿no debe, acaso, el oyente ordinario deducir que el diablo ha sacado ventaja, y que Dios es más digno de compasión que de culto?

¿No es cierto, pues, que todo parece indicar que el diablo tiene, en efecto, mucho más que ver con los negocios de la tierra que Dios? ¡Ah! Todo depende de si andamos por fe o por vista. Lector: ¿están basados tus pensamientos sobre este mundo y la relación de Dios con el mismo, en lo que *ves*? Enfréntate seria y honradamente con esta pregunta. Y si eres cristiano, muy probablemente tendrás motivos para agachar la cabeza avergonzado y reconocer que efectivamente es así. Es lamentable que en realidad andemos tan poco "por fe". Pero, ¿qué significa "andar por fe"? Significa que nuestros pensamientos son formados, nuestras acciones reguladas, y nuestras vidas moldeadas por las Sagradas Escrituras, pues "la fe es por el oír, y el oír *por la Palabra de Dios*" (Romanos 10:17). Es en la Palabra de Verdad, y sólo en ella, que podemos aprender cuál es la relación de *Dios* con este mundo.

¿Quién está dirigiendo los asuntos de esta tierra hoy? ¿Dios, o el diablo? *¿Qué dice la Escritura?* Antes de pasar a considerar la respuesta directa a esta pregunta, conste que las Escrituras *predijeron* exactamente lo que ahora vemos y oímos. La profecía de Judas se está cumpliendo. Ampliar plenamente esta aseveración nos apartaría demasiado de la cuestión que nos ocupa, pero lo que tenemos particularmente en mente es lo que nos dice el versículo 8 de dicha epístola: "De la misma manera también estos soñadores amancillan la carne, y *menosprecian la potestad, y vituperan las potestades superiores.*" Sí, "vituperan" a la Potestad suprema, al "solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de señores." La irreverencia es el sello caracte-

rístico de nuestra época, y como resultado, el espíritu de desobediencia, que no conoce freno y que arroja de sí todo lo que impide el libre curso del propio albedrío, está invadiendo la tierra arrollándolo todo como un gigantesco aguaje. Los miembros de la nueva generación son los transgresores más flagrantes, y en la decadencia y desaparición de la autoridad de los padres sobre los hijos tenemos un precursor seguro del derrumbamiento de la autoridad cívica. Por tanto, en vista de la creciente falta de respeto por las leyes humanas y de la negativa a "pagar honra a quien se debe honra", no debemos sorprendernos de que el reconocimiento de la majestad, la autoridad y la soberanía del Omnipotente Legislador quede relegado cada vez más a segundo término, y que las masas tengan cada vez menos paciencia para con los que insisten en tales cosas.

¿Quién ordena actualmente todo cuanto ocurre aquí abajo? ¿Dios, o el diablo? ¿Qué dicen las Escrituras? Si creemos en sus declaraciones claras y positivas, no hay lugar para la incertidumbre. Afirman una y otra vez que Dios se sienta en el trono del universo; que el cetro está en sus manos; que El lo dirige todo "según el consejo de su voluntad". Nos lo presentan, no sólo como el Hacedor de todo lo creado, sino también como el Gobernante y Rey de las obras de sus manos. Afirman que Dios es el "Todopoderoso", que su voluntad es irrevocable, que es soberano absoluto en todas las esferas de sus vastos dominios. E indudablemente *es preciso* que así sea. Sólo hay dos alternativas posibles: que Dios dirija o que sea dirigido; que domine o que sea dominado; que haga su propia voluntad o que

sus criaturas se lo impidan. Si admitimos el hecho de que El es el "Altísimo", el solo Poderoso y Rey de reyes, revestido de perfecta sabiduría y poder ilimitado la conclusión de que ha de ser Dios *de hecho,* tanto como de nombre, es ineludible.

A tenor de todo cuanto hemos referido brevemente, hemos de decir que la situación actual exige perentoriamente nuevo examen y nueva presentación de la omnipotencia, suficiencia y soberanía de Dios. Es preciso que desde todos los púlpitos se predique a gran voz que Dios vive todavía, y que todavía ve y reina. La fe está actualmente en el crisol, sometida a la prueba del fuego, y no hay lugar alguno de reposo firme y suficiente para el corazón y la mente sino en *el Trono de Dios.* Lo que ahora se necesita, como nunca anteriormente, es un énfasis pleno, positivo y constructivo en el hecho de que Dios es Dios. A grandes males grandes remedios. Las congregaciones están hartas de palabras huecas y meras generalizaciones; es necesario que se les dé algo concreto y específico. El jarabe tranquilizante quizá pueda servir para los niños de carácter nervioso; pero los adultos necesitan un tónico de hierro, y no conocemos nada mejor para infundir vigor espiritual en nuestro ánimo que una comprensión espiritual del pleno carácter de Dios. Está escrito: "El pueblo que *conoce a su Dios,* se esforzará, y hará" (Daniel 11:32).

No cabe duda de que está a punto de producirse una crisis mundial, y la alarma se apodera por doquier de los hombres. ¡Empero no de Dios! *A El* nunca se le toma por sorpresa. No tiene que habérselas con una

emergencia inesperada, pues El es quien "hace todas las cosas según el consejo de su voluntad (Efesios 1: 11). Por eso, aunque el mundo esté sobrecogido por el terror, la palabra para el creyente es "no temas". "Todas las cosas" están sujetas a Su control directo; "todas las cosas" se desarrollan conforme a su eterno propósito, y, por tanto, "todas las cosas" "ayudan a *bien* a los que a Dios aman, a los que conforme al propósito son llamados". *Es preciso* que sea así, pues "de El, y por El, y en El son *todas las cosas*" (Romanos 11:36). Sin embargo, ¡cuán poco se comprende esto hoy, incluso por los del pueblo de Dios! Muchos suponen que El es poco más que un espectador observando desde lejos sin tomar parte directa en los asuntos de la tierra. Es cierto que el hombre tiene voluntad, pero también la tiene Dios. Es cierto que el hombre está dotado de poderes, pero Dios es todopoderoso. Es cierto que, hablando en general, el mundo material está regido por leyes; pero tras esas leyes está el Legislador y Ejecutor. El hombre no es más que una criatura. Dios es el creador, y siglos incontables antes que el hombre viera la luz por primera vez, "el Dios fuerte" (Isaías 9:6) existía ya; y antes que el mundo fuera fundado trazó Sus planes. Siendo infinito en poder —el hombre sólo finito— su propósito y designio no pueden ser resistidos u obstaculizados por las criaturas de sus manos.

Reconocemos sin contradicción que la vida es un problema profundo, y que por todas partes nos rodea el misterio; pero no somos como las bestias del campo, ignorantes de su origen e inconscientes de lo que está ante ellas. No; "*tenemos* también la palabra profética

más permanente", de la que se dice: "A la cual hacéis bien de estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro hasta que el día esclarezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (II Pedro 1:19). Y es a esta Palabra de Profecía que hacemos ciertamente bien "de estar atentos", a esta Palabra que no tuvo su origen en la mente del hombre sino en la de Dios; porque "la profecía no fue en los tiempos pasados traída por voluntad humana, sino los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo". De nuevo decimos que es a *esta "Palabra"* que hacemos bien de estar atentos. Al volvernos a esta Palabra y ser instruidos por ella, descubrimos un principio fundamental que es preciso sea aplicado a todos los problemas: en vez de empezar con el hombre y su mundo y retroceder hasta Dios, es necesario que empecemos con Dios y descendamos luego hasta el hombre... "¡En el principio... *Dios!*" Aplíquese este principio a la situación actual. Comiéncese con el mundo tal como está hoy, trátese de retroceder hasta Dios, y todo parecerá demostrar que el supremo Hacedor no tiene relación alguna con el mundo. Pero empiécese con Dios, sígase después hacia abajo, y la luz, luz en abundancia, iluminará el problema. Debido a que Dios es *santo,* su ira se enciende contra el pecado; debido a que Dios es *justo,* sus juicios descienden sobre los que contra El se rebelan; debido a que Dios es *fiel,* se cumplen las solemnes amenazas de su Palabra; debido a que Dios es *omnipotente,* ninguno puede resistirse a El con éxito, y menos aun destruir su consejo; y debido a que Dios es *omnisciente,* no hay problema que escape a su conocimiento ni dificultad

que confunda su sabiduría. Es precisamente porque Dios es quien es y lo que es, que ahora contemplamos lo que está ocurriendo en la tierra: el principio del derramamiento de sus juicios. Conociendo su inflexible justicia e inmaculada santidad, no podíamos esperar otra cosa que lo que hoy se ofrece a nuestros ojos.

Empero conviene decir muy enfáticamente que el corazón sólo puede hallar solaz y gozo en la bendita verdad de la soberanía absoluta de Dios en tanto que *se ejercite la fe*. La fe se ocupa continuamente de *Dios*. Ese es su carácter; eso es lo que la diferencia de la teología intelectual. La fe *se sostiene* "como viendo al Invisible" (Hebreos 11:27); soporta los desengaños, las dificultades, y todos los pesares de la vida, reconociendo que todo viene de la mano de Aquél que es infinitamente sabio para errar e infinitamente amante para ser cruel. Si atribuimos lo que ocurre a cualquier otra causa que no sea Dios mismo, no habrá reposo para el corazón ni paz para el espíritu. Mas si recibimos todo cuanto afecta a nuestras vidas como de *su* mano, entonces, sean cuales fueren las circunstancias o lo que nos rodea, tanto si estamos en una choza como encerrados en una mazmorra o en la hoguerra del martirio, nos será dado poder para decir: "Las cuerdas me cayeron en *lugares deleitosos*" (Salmo 16:6). He aquí el lenguaje de *la fe*, y no el de la vista ni el de los sentidos.

Sin embargo, si en vez de someternos al testimonio de la Sagrada Escritura, si en vez de andar por fe, andamos en pos de la evidencia de nuestros ojos, y *razonanamos* sobre esta base, caeremos en el cenagal de un ateísmo tácito. Asimismo, nuestra paz se acabará si so-

mos guiados por las opiniones y los puntos de vista de otros. Aun admitiendo que *hay* muchas cosas en este mundo de pecado y sufrimiento que nos desaniman y entristecen; aun admitiendo que muchos aspectos de la providencia de Dios nos sobrecogen y aturden, no es razón suficiente para que nos unamos al incrédulo y al hombre del mundo que dice: "Si yo fuera Dios, no permitiría esto ni toleraría aquello". Es mucho mejor, en presencia del misterio que nos deja perplejos, decir con el salmista: "Enmudecí, no abrí mi boca; porque Tú lo hiciste" (Salmo 39:9). La Escritura nos dice que los juicios de Dios son "incomprensibles", y sus caminos "inescrutables" (Romanos 11:33). Así debe ser si la fe ha de ser probada, si la confianza en Su sabiduría y justicia ha de ser fortalecida, y la sumisión a Su santa voluntad ha de ser fomentada.

Esta es la diferencia fundamental entre el hombre de fe y el incrédulo. Este es "del mundo", todo lo mide por la vara de lo mundano, considera la vida desde el punto de vista del tiempo y los sentidos, y todo lo pesa en la balanza de su propio entendimiento carnal. Mas el hombre de fe tiene la mente de Dios, todo lo mira desde *Su* punto de vista, valora las cosas según la medida espiritual, y considera la vida a la luz de la eternidad. De esta forma, acepta todo como proviniente de la mano de Dios, su corazón vive tranquilo en medio de la tormenta, y se goza en la esperanza de la gloria del Altísimo.

Sabemos perfectamente que lo que acabamos de escribir está en abierta oposición a la mayor parte de lo que normalmente se enseña hoy día tanto en la li-

teratura religiosa como en los púlpitos representantivos. Admitimos gustosamente que el postulado de la Soberanía de Dios, con todo su corolario, contradice en forma directa las opiniones y pensamientos del hombre natural. En verdad, la mente carnal es completamente incapaz de pensar en estas cosas; no está capacitada para evaluar debidamente el carácter y los caminos de Dios, y es por esto que Dios nos ha dado una revelación de *Su* mente, una revelación con toda claridad: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Isaías 55:8,9). A la luz de este texto, sólo cabe esperar que gran parte del contenido de la Biblia *choque* con el sentir de la mente carnal, que es enemistad contra Dios. Por consiguiente, no apelamos a las creencias hoy día populares, ni a los credos de las iglesias, sino a la Ley y al Testimonio de Jehová: Todo lo que pedimos es un examen imparcial y atento de lo que hemos escrito, y que esto se haga en oración, a la luz de la Lámpara de la Verdad. Que el lector esté atento a la admonición divina: "Examinadlo todo; retened lo bueno" (I Tesalonicenses 5:21).

DEFINICION DE LA SOBERANIA DE DIOS

> "Tuya es, oh Jehová, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y la altura sobre todos los que están por cabeza" (I Crónicas 29:11).

"La Soberanía de Dios" es una expresión en otros tiempos generalmente entendida. Era una expresión usada comúnmente en la literatura religiosa. Era un tema frecuentemente expuesto en el púlpito. Era una verdad que consolaba a muchos corazones, y daba virilidad y estabilidad al carácter cristiano. Mas, actualmente, mencionar la soberanía de Dios es en muchos sectores hablar en lengua desconocida. Si anunciáramos desde el púlpito típico de hoy que el tema de nuestro mensaje iba a ser la soberanía de Dios, nuestro anuncio sonaría como algo totalmente ininteligible, como si hubiésemos sacado la frase de una de las lenguas muertas. Es lamentable que sea así. Es lamentable que la doctrina que es llave de la historia, intérprete de la providencia, trama y urdimbre de la Escritura, y fundamento de la teología cristiana, sea tan poco entendida, y tan tristemente descuidada.

¡La soberanía de Dios! ¿Qué queremos decir con esta expresión? Queremos decir la supremacía de Dios, que Dios *es* Rey, que Dios *es* Dios. Decir que Dios es soberano es declarar que es el Altísimo, el que hace todo conforme a su voluntad en las huestes de los cie-

los y entre los habitantes de la tierra, de modo que nadie puede detener Su mano ni decirle: ¿Qué haces? (Daniel 4:35). Decir que Dios es soberano es declarar que es el Omnipotente, el Poseedor de toda potestad en los cielos y en la tierra, de modo que nadie puede frustrar Sus consejos, impedir Sus propósitos, ni resistir Su voluntad (Salmo 115:3). Decir que Dios es soberano es declarar que "se enseñoreará de las gentes" (Salmo 22:28), levantando reinos, derrumbando imperios y determinando el curso de las dinastías según le agrada. Decir que Dios es soberano es declarar que es el "solo Poderoso", Rey de reyes, y Señor de señores" (I Timoteo 6:15). Tal es el Dios de la Biblia.

¡Cuán diferente es el Dios de la Biblia del Dios de la moderna cristiandad! El concepto de la Deidad que hoy día predomina más ampliamente, aun entre los que profesan estar atentos a las Escrituras, es una pobre caricatura, una patética parodia de la Verdad. El Dios del siglo veinte es un ser impotente, frágil, que no inspira respeto a nadie que tenga dos dedos de frente. El Dios del sentir popular es creación de un sentimentalismo lacrimoso. El Dios de muchos púlpitos de la actualidad es más digno de compasión que de temor reverente (1). Decir que Dios Padre se ha propuesto la salvación de toda la humanidad, que Dios Hijo murió con la intención expresa de salvar a toda la raza humana, y que Dios Espíritu Santo está ahora procurando

(1) Años atrás, un predicador "evangélico" de reputación nacional visitó la ciudad en que estábamos entonces, y oímos cómo en el transcurso de su mensaje repetía incesantemente. "¡Pobre Dios! ¡Pobre Dios!" Ciertamente, ¡él era el que estaba necesitado de lástima y compasión!

ganar el mundo para Cristo, cuando, según puede observarse comúnmente, es obvio que la gran mayoría de nuestros semejantes está muriendo en pecado y pasando a una eternidad sin esperanza, equivale a decir que Dios Padre ha sido *decepcionado,* que Dios Hijo ha quedado *insatisfecho,* y que Dios Espíritu Santo está *derrotado.* Quizá hayamos planteado la cuestión crudamente, pero la conclusión es inevitable. Argumentar diciendo que Dios está "haciendo todo lo que puede" para salvar a la humanidad entera, pero que la mayoría de los hombres no le deja que lo haga, equivale a decir que la voluntad del Creador es impotente, y que la voluntad de la criatura es omnipotente. Echar la culpa al diablo, como muchos hacen, no resuelve la dificultad, pues si Satanás está frustrando el propósito de Dios, es que Satanás es todopoderoso y Dios ya no es el Ser Supremo.

Declarar que el plan original del Creador ha sido frustrado por el pecado, es *destronar* a Dios. Sugerir que Dios fue tomado por sorpresa en el Edén y que ahora está tratando de remediar una calamidad imprevista, es *degradar* al Altísimo al nivel de un mortal finito y falible. Argumentar diciendo que el hombre es el que determina exclusivamente su propio destino, y que por tanto tiene poder para contrarrestar a su Hacedor, es *despojar* a Dios del atributo de la omnipotencia. Decir que la criatura ha rebasado los límites impuestos por su Creador, y que Dios es ahora prácticamente un impotente espectador del pecado y el sufrimiento acarreados por la caída de Adam, es *repudiar* la declaración expresa de la Sagrada Escritura: "Cierta-

mente la ira del hombre te acarreará alabanza: *tú reprimirás* el resto de las iras" (Salmo 76:10). Resumiendo: negar la soberanía de Dios es entrar en un sendero que, de seguirse hasta su conclusión lógica, lleva al puro ateísmo.

La soberanía del Dios de la Escritura es absoluta, irresistible, infinita. Cuando decimos que Dios es soberano, afirmamos su derecho a gobernar el universo, que ha hecho para su propia gloria, según le agrade. Afirmamos que *su derecho* es el derecho del Alfarero sobre el barro: El puede moldear ese barro en la forma que quiera, haciendo de *la misma masa* un vaso para honra y otro para vergüenza. Afirmamos que El no está sujeto a norma ni ley alguna fuera de su propia voluntad y naturaleza, *que Dios es ley a sí mismo*, y que no tiene obligación alguna de dar cuenta a nadie de sus asuntos.

La soberanía caracteriza a todo el Ser de Dios. El es soberano en todos sus atributos. *Es soberano en el ejercicio de su poder.* Lo ejerce *según* quiere, *cuando* quiere y *donde* quiere. Este hecho está probado en cada página de la Escritura. Durante largo tiempo ese poder parece estar dormido. pero de repente surge con potencia irresistible. Faraón se atrevió a poner impedimentos a que Israel saliese a adorar a Jehová en el desierto, y, ¿qué ocurrió? Dios ejerció Su poder, Su pueblo fue liberado, y sus crueles capataces muertos. Pero poco después los amalecitas osaron atacar a estos mismos israelitas en el desierto; y, ¿qué ocurrió entonces? ¿Interpuso Dios su poder en esta ocasión y extendió su mano como había hecho en el Mar Rojo? ¿Fue-

ron estos enemigos de Su pueblo prontamente abatidos y destruidos? No, antes al contrario, Jehová juró que tendría "guerra con Amalec de *generación en generación*" (Exodo 17:16). Asimismo, cuando Israel entró en tierra de Canaán, el poder de Dios fue desplegado nuevamente de manera memorable. La ciudad de Jericó impedía el avance de los suyos; ¿qué sucedió? Israel no tendió un solo arco ni asestó un solo golpe: Jehová alzó Su mano y los muros cayeron a plomo. ¡Mas este milagro no se repitió jamás! *Ninguna otra ciudad cayó de forma semejante.* ¡Todas las demás tuvieron que ser tomadas a espada!

Podrían aducirse otros muchos ejemplos para ilustrar el ejercicio soberano del poder de Dios. Dios interpuso su poder y David fue librado del gigante Goliat; las bocas de los leones fueron tapadas y Daniel escapó ileso; los tres jóvenes hebreos fueron echados en el horno de fuego y salieron sin daño ni quemadura. *Pero este poder de Dios no siempre se interpuso para liberación de su pueblo,* pues leemos: "Otros experimentaron vituperios y azotes; y a más de esto prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados" (Hebreos 11:36,37). Pero, ¿por qué? ¿Por qué estos hombres de fe no fueron librados como los demás? ¿Por qué a aquéllos se les permitió seguir viviendo y a éstos no? ¿Por qué había de interponerse el poder de Dios, y rescatar a unos y no a otros? ¿Por qué permitió El que Esteban fuese apedreado hasta la muerte, y luego libró a Pedro de la cárcel?

Dios es soberano en la delegación de su poder a otros. ¿Por qué dotó a Matusalem con una vitalidad que le permitió sobrevivir a todos sus contemporáneos? ¿Por qué concedió a Samsón tal fuerza que nadie jamás ha podido igualar? Porque está escrito: "Antes acuérdate de Jehová tu Dios: porque *El te da el poder* para hacer riquezas" (Deuteronomio 8:18). Pero es evidente que Dios no derrama este poder por igual sobre todas las criaturas. ¿Por qué no? ¿Por qué lo ha otorgado a hombres como Carnegie y Rockefeller? He aquí la única y suficiente respuesta a estas preguntas: Porque Dios es soberano y, siéndolo, hace según le place.

Dios es soberano en el ejercicio de su misericordia. Necesario es que sea así, pues la misericordia está regida por la *voluntad* de Aquél que es misericordioso. La misericordia no es un *derecho* del hombre. La misericordia es el adorable atributo de Dios por medio del cual muestra compasión y socorro hacia los infelices. Empero bajo el justo gobierno de Dios nadie es infeliz sin *merecerlo.* La misericordia se derrama, por tanto sobre los desgraciados, siendo la desgracia el resultado del *pecado;* luego los desgraciados merecen castigo, y no misericordia. Hablar de *merecer misericordia* es una contradicción de términos.

El ejercicio soberano de la misericordia de Dios, la compasión demostrada hacia los desventurados, se mostró cuando Jehová se hizo carne y habitó entre los hombres. Tomemos una ilustración. Durante una de las fiestas de los judíos, el Señor Jesús subió a Jerusalem. Llegó al estanque de Betesda, donde yacían "*multitud* de enfermos, ciegos, cojos, secos, que estaban es-

perando el movimiento del agua". Entre esta "multitud" estaba "un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo". ¿Qué sucedió? "Como Jesús vio *a éste* echado, y entendió que ya había mucho tiempo, *dícele*: ¿Quieres ser sano?" Y este hombre, impotente para moverse, le respondió: "Señor, no tengo hombre que me meta en el estanque cuando el agua fuere revuelta; porque entretanto que yo vengo, otro antes de mí ha descendido. Dícele Jesús: Levántate, toma tu lecho y anda. Y luego aquel hombre fue sano, y tomó su lecho, e íbase" (Juan 5:1-9). ¿Por qué este hombre fue escogido entre todos los demás? No se nos dice que clamara: "Señor, ten misericordia de mí". No hay ni una sola palabra en este relato que sugiera que este hombre poseía algo que le diese derecho a recibir favor especial. Se trataba, pues, de un caso del ejercicio soberano de la misericordia divina, pues a Cristo le era exactamente igual de fácil curar a toda aquella "multitud", como a este "un hombre". Pero no lo hizo. Mostró su poder aliviando la desventura de este infortunado en particular; y por alguna razón, sólo por El conocida, se abstuvo de hacer lo mismo por los demás.

Dios es soberano en el ejercicio de su gracia. Es necesario que sea así, pues gracia es el favor mostrado hacia *el que nada merece*, más aún, al que merece el infierno. La gracia es la antítesis de la justicia. Esta exige que la ley sea aplicada imparcialmente. Exige que cada uno reciba lo que legítimamente merece, ni más ni menos. La justicia no concede favores ni hace acepción de personas. La justicia, como tal, no muestra compasión ni conoce misericordia. Empero la gracia

divina no se ejerce a expensas de la justicia, antes bien "la gracia reina por la justicia" (Romanos 5:21); y si la gracia "reina", es que es gracia soberana.

La gracia ha sido definida como favor inmerecido de Dios (1); y si es inmerecido, nadie puede reclamarlo como *derecho* inalienable. Si la gracia no se gana ni se merece, es que nadie tiene *derecho* a ella. Si la gracia es un don, es que nadie puede *exigirla.* Por consiguiente, puesto que la salvación es por gracia, don gratuito de Dios, El la concede a quien quiere. Ni aun el más grande de los pecadores escapa al alcance de la misericordia divina. Así pues, la jactancia es excluida y toda la gloria es de Dios.

El soberano ejercicio de la gracia se ilustra en casi todas las páginas de la Escritura. Se permite que los gentiles anden en sus propios caminos, mientras que Israel se convierte en el pueblo del pacto de Jehová. Ismael, el primogénito, es desechado relativamente sin bendición, mientras que Isaac, hijo de la vejez de sus padres, es hecho hijo de la promesa. Se niega la bendición al generoso Esaú, mientras que el gusano Jacob recibe la herencia y es formado en vaso para honra. Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento. La verdad divina está oculta a los sabios y prudentes, pero es revelada a los niños. Se permite que los fariseos y sadu-

(1) Un querido amigo que tuvo la bondad de leer todo el manuscrito del presente libro, y a quien debemos muchas excelentes sugerencias, apuntó que la gracia es algo más que un "favor inmerecido". Dar de comer al pordiosero que llama a mi puerta es, ciertamente, un "favor inmerecido", pero difícilmente se le puede dar el nombre de **gracia. Mas**

ceos vayan por sus propios caminos, mientras los publicanos y las rameras son atraídos por las cuerdas del amor.

La gracia divina obró de manera notable en tiempos del nacimiento del Salvador. La encarnación del Hijo de Dios fue uno de los más grandes acontecimientos de la historia del universo, y, sin embargo, el hecho y el momento del suceso no fueron dados a conocer a toda la humanidad; en cambio, fueron especialmente revelados a los pastores de Belén y a los magos de oriente. Todos estos detalles tenían un sello profético que apuntaba al carácter de esta dispensación, pues aún hoy Cristo no es dado a conocer a todos. Habría sido cosa fácil para Dios enviar una legión de ángeles a *toda nación* a anunciar el nacimiento de Su Hijo. Pero no lo hizo. Dios pudo fácilmente haber atraído la atención de toda la humanidad hacia la "estrella"; pero tampoco lo hizo. ¿Por qué? Porque Dios es soberano y concede sus favores como le agrada. Obsérvense particularmente las dos clases de personas a quienes *se dió* a conocer el nacimiento del Salvador –las clases más *inapropiadas*–: pastores y gentiles de un país lejano. ¡Ningún ángel se presentó ante el Sanedrín a anunciar el advenimiento del Mesías de Israel! ¡Ninguna estrella se apareció a los escribas y doctores de la ley cuando éstos, en su orgullo y propia justicia, escudriñaban las

supongamos que el darle de comer fuera después de que ese vagabundo hambriento hubiese robado mi casa; ¡ah!, **eso sí** que sería "gracia". La gracia, pues, es favor mostrado cuando hay un **desmerecimiento positivo por parte de quien lo** recibe.

Escrituras! Escudriñaron diligentemente para descubrir dónde había de nacer, y sin embargo no *les fue dado* a conocer que El ya había venido. ¡Qué demostración de la soberanía divina! ¡Humildes pastores escogidos para un honor peculiar, mientras los eruditos y eminentes son pasados por alto! ¿Y por qué el nacimiento del Salvador fue revelado a estos magos extranjeros, y no a aquéllos en medio de los cuales había nacido? Ved en esto una maravillosa prefiguración del proceder de Dios con nuestra raza a través de toda la dispensación cristiana: soberano en el ejercicio de su gracia, otorgando sus favores a quien El quiere; a menudo, a los más inapropiados e indignos.

LA SOBERANIA DE DIOS EN LA CREACION

> **"Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud: porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron creadas"** (Apocalipsis 4:11).

Habiendo visto que la soberanía caracteriza el Ser entero de Dios, observemos ahora cómo este carácter soberano imprime su sello sobre todos sus caminos y su proceder.

En el gran espacio de la eternidad, que se extiende más allá de Génesis 1:1, el universo no había nacido aún y la creación existía tan sólo en la mente del Gran Creador. En su majestad soberana, Dios vivía solo. Nos referimos a aquel período, tan distante, antes de la creación de los cielos y la tierra. Pero aun en aquel tiempo, si tiempo puede llamarse, Dios era soberano. Podía crear o no crear *conforme a su buena voluntad*. Podía crear en este sentido o en aquél; podía crear un mundo o un millón de mundos, ¿y quién había de resistir su voluntad? Podía llamar a la existencia a un millón de criaturas diferentes y colocarlas en *absoluta igualdad*, dotándolas de las mismas facultades y colocándolas en el mismo ambiente; o podía crear un millón de criaturas, todas *diferentes* entre sí, sin más característica común que su carácter de criaturas; ¿y quién había de discutir su derecho a hacerlo? Si quería, podía tanto llamar a la existencia a un mundo tan inmenso que sus dimensiones escaparan por completo al alcance del cálculo finito, como crear

un organismo tan pequeño que ni aun el más poderoso microscopio hubiera podido revelar su existencia al ojo humano. Quedaba dentro de la esfera de su derecho soberano tanto el crear al exaltado serafín para que brillara en torno a Su trono, como al diminuto insecto que muere en la misma hora en que nace. Si el Dios poderoso, *en lugar de una uniformidad completa,* decidía crear *una vasta graduación* en su universo, desde el más sublime serafín al reptil que se arrastra silencioso, desde los mundos que giran en torno a sus ejes a los átomos que flotan en el espacio, del macrocosmos al microcosmos, ¿quién había de disputar su soberana voluntad?

Considerad, pues, la acción de la soberanía divina mucho antes de que el hombre viera la luz. ¿Con quién consultó Dios en la creación y disposición de sus criaturas? Ved los pájaros volando por el aire, las bestias vagando por la tierra, los peces nadando en el mar, y luego preguntad: ¿Quién los hizo diferir así? ¿No fue su Creador el que *soberanamente* les asignó sus diversos lugares y adaptaciones?

Levantad los ojos al cielo y observad los misterios de la soberanía divina que allí se enfrentan con el observador pensativo: "Otra es la gloria del sol, y otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella es *diferente de otra* en gloria" (I Corintios 15:41). Pero, ¿por qué? ¿Por qué había de ser el sol más glorioso que los planetas que giran en torno a él? ¿Por qué había de haber estrellas de primera magnitud y otras de décima? ¿Por qué tan sorprendentes *desigualdades?* Y, ¿por qué había de haber "estre-

llas fugaces", "exhalaciones", "estrellas erráticas" (Judas 13), en resumen, estrellas *arruinadas*? La única respuesta posible es ésta: "Por tu voluntad tienen ser y fueron creadas". (Apocalipsis 4:11).

Bajad ahora vuestros ojos a nuestro propio planeta. ¿Por qué dos tercios de su superficie habían de estar cubiertos de agua, y por qué tan enorme extensión del tercio restante había de ser inadecuada para el cultivo o la vivienda? ¿Por qué había de haber vastas porciones de pantanos, desiertos y bancos de hielo? ¿Por qué un país había de ser tan inferior topográficamente a otro? ¿Por qué uno había de ser fértil y otro casi estéril? ¿Por qué uno había de ser rico en minerales y otro no producir ninguno? ¿Por qué el clima de uno había de ser grato y saludable, y el de otro todo lo contrario? ¿Por qué había de abundar el uno en ríos y lagos, y otro estar casi desprovisto de ellos? ¿Por qué uno había de estar constantemente sacudido por terremotos, y otro casi no conocerlos? ¿Por qué? Porque así agradó al Creador y Sustentador de todas las cosas.

Contemplad el reino animal y observad la maravillosa variedad del mismo. ¿Es posible comparar entre el león y el cordero, el oso y el cabrito, el elefante y el ratón? Algunos, como el caballo y el perro, están dotados de gran inteligencia; mientras otros, como las ovejas y los cerdos, casi carecen de ella. ¿Por qué? Algunos están destinados a ser bestias de carga, mientras otros disfrutan una vida de libertad. ¿Por qué la mula y el asno habían de estar encadenados a una vida de afanoso trabajo, mientras se permite que el león y el tigre vaguen por la selva a su gusto? Algunos sirven

de alimento al hombre, otros no; algunos son hermosos, otros feos; algunos están dotados de gran fortaleza, otros parecen ser completamente impotentes; algunos son ligeros en el andar, otros apenas pueden arrastrarse —por ejemplo, la liebre y la tortuga—; algunos son útiles al hombre, otros parecen carecer de todo valor; unos viven años y años, otros, como mucho, unos cuantos meses; unos son mansos, otros feroces. Y, ¿por qué todas estas variaciones y diferencias?

Cuanto hemos dicho sobre los animales cuadrúpedos, se puede aplicar igualmente a las aves y peces. Mas considerad ahora el *reino vegetal.* ¿Por qué las rosas habían de tener espinas, mientras los lirios no las tienen? ¿Por qué una flor había de exhalar aroma fragante y otra no tener ninguno? ¿Por qué un árbol había de llevar fruto comestible y otro venenoso? ¿Por qué una planta había de poder resistir la helada, y otra marchitarse con ella? ¿Por qué un manzano había de ir cargado de manzanas y otro árbol de la misma edad y en el mismo huerto ser casi estéril? ¿Por qué una planta había de florecer doce veces al año y otra sólo una vez cada siglo? Verdaderamente, "*todo lo que quiso Jehová, ha hecho* en los cielos y en la tierra, en las mares y en todos los abismos" (Salmo 135:6).

Considerad las huestes angélicas. Era de creer que aquí hallaríamos uniformidad; pero no ese así. Como en otros campos, también en éste se muestra la misma voluntad soberana del Creador. Algunos de estos seres tienen más elevado rango que otros; son más poderosos, y están más cerca de Dios. La Escritura revela una gradación concreta y bien definida en las filas an-

gélicas. De arcángel, pasando por serafín y querubín, llegamos a los "principados y potestades" (Efesios 3:10), y de los principados y potestades a los "gobernadores" (Efesios 6:12), y luego a los propios ángeles, y aun entre ellos leemos de "los ángeles *escogidos*" (I Timoteo 5:21). De nuevo preguntamos: ¿Por qué esta *desigualdad*, esta diferencia en rangos y orden? Y todo cuanto podemos decir es: "Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho" (Salmo 115:3).

Por tanto, si vemos la soberanía de Dios desplegada en toda la creación, ¿por qué ha de considerarse cosa extraña si la contemplamos operando en medio de la *familia humana*? ¿Por qué ha de tenerse por extraño que Dios se complazca en dar cinco talentos a uno, y a otro solamente uno? ¿Por qué ha de tenerse por cosa extraña si uno nace con una constitución robusta, y otro hijo de los mismos padres es endeble y enfermizo? ¿Por qué ha de tenerse por cosa extraña que Abel sea cortado en la flor de su juventud, mientras se permite que Caín siga viviendo durante años? ¿Por qué ha de considerarse extraño que unos nazcan negros y otros blancos; unos idiotas y otros con elevadas dotes intelectuales; unos constitucionalmente letárgicos y otros rebosantes de dinamismo; unos con temperamento egoísta, rebelde, ambicioso, y otros abnegados, sumisos y desprendidos? ¿por qué ha de tenerse por extraño que la naturaleza dote a algunos para dirigir y gobernar, mientras otros son solamente aptos para seguir y servir? La herencia y el medio ambiente no pueden explicar todas estas variaciones y desigualdades. No; es *Dios* quien hace la diferencia. ¿Por qué? "Así, Padre, pues

que así agradó en tus ojos"(Mateo 11:26), ha de ser nuestra respuesta.

Aprended, pues, esta verdad básica: el Creador es soberano absoluto, ejecuta su propia voluntad, efectúa lo que le agrada, y no considera sino su propia gloria. "Todas las cosas ha hecho Jehová POR SI MISMO" (Proverbios 16:4). ¿Y acaso no tenía perfecto *derecho* a hacerlo? Puesto que Dios es Dios, ¿quien osará disputar Su prerrogativa? Murmurar contra El es pura rebelión. Discutir sus caminos es impugnar su sabiduría. Criticarle es pecado de la peor especie. ¿Hemos olvidado quién es El? He aquí, "como nada son todas las gentes delante de El; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿ A qué pues haréis semejante a Dios?" (Isaías 40:17,18).

LA SOBERANIA DE DIOS EN SU PROVIDENCIA

> **"Jehová afirmó en los cielos su trono; y su reino domina sobre todos"** (Salmo 103:19).

Ante todo, una palabra referente a la *necesidad* de que Dios gobierna *el mundo material.* Supongamos lo contrario por un momento. Supongamos que Dios creó el mundo, designó y estableció ciertas leyes (que los hombres denominan "las leyes de la naturaleza"), y que, habiéndolo creado, *se retiró,* abandonándolo a su suerte y al juego de estas leyes. Si así fuera, tendríamos un mundo sobre el cual no habría ningún Administrador inteligente que lo presidiera, un mundo controlado solamente por leyes *impersonales,* concepto digno del materialismo burdo y el ateísmo puro. Empero, digo, supongámoslo por un momento; y a la luz de tal suposición, ponderemos con detenimiento la siguiente pregunta: ¿Qué garantía tenemos de que un día, puede ser mañana, el mundo no será destruido? "El viento de donde quiere sopla" (de donde le agrada), lo cual significa que el hombre no puede sujetarlo ni obstaculizarlo. A veces sopla con gran furor, y bien podría aumentar repentinamente en volumen e intensidad, hasta convertirse en un huracán de proporciones mundiales. Si no hay otras leyes que las de la naturaleza para regular el viento, quizá mañana pueda producirse un tornado tremendo que barra y destruya todo lo que existe sobre la superficie de la tierra. ¿Qué garantía tenemos contra semejante calamidad? En los

últimos años hemos oído y leído mucho sobre nubes que se descargan e inundan comarcas enteras, causando espantosos estragos en vidas y haciendas. Si el hombre es impotente ante estas cosas, si la ciencia no *puede* poner remedio alguno a que ésto ocurra, ¿cómo sabemos que estas nubes no van a multiplicarse indefinidamente y que la tierra toda no será inundada por el torrente? De todas formas no sería nada nuevo; ¿por qué no habría de repetirse el diluvio de los tiempos de Noé? ¿Y qué decir de los terremotos? Cada cierto número de años, alguna isla o alguna gran ciudad es barrida de la faz de la tierra por uno de ellos; y ¿qué puede el hombre hacer? ¿Dónde está la garantía de que dentro de poco un terremoto de colosales proporciones no va a destruir el mundo entero? Confiamos en que todo lector comprenda lo que estamos procurando demostrar: Niéguese que Dios está *gobernando* la materia, niéguese que El está "sustentando todas las cosas con la palabra de su potencia" (Hebreos 1:3), *¡y desaparecerá todo sentido de seguridad!*

Sigamos un razonamiento similar en lo que respecta a la *raza humana.* ¿Está Dios gobernando este mundo nuestro? ¿Está El rigiendo los destinos de las naciones, controlando la marcha de los imperios, determinando la duración de las dinastías? ¿Ha prescrito El los límites de los malhechores, diciendo: Hasta aquí llegarás y basta? Supongamos por un momento lo contrario Supongamos que Dios ha dejado el timón en mano de sus criaturas, y veamos a dónde nos conduce tal suposición. Supongamos que todo hombre viene a este mundo dotado de una voluntad completamente libre, y

que es *imposible* controlarlo sin *destruir* su libertad. Mas, si así fuera, no tendríamos garantía alguna de que la raza humana no cometería un suicidio moral. Si se eliminaran todos los frenos divinos y el hombre quedara absolutamente libre para hacer lo que gustase, todas las distinciones éticas pronto desaparecerían, la barbarie predominaría universalmente, y un caos infernal señorearía sobre la tierra. ¿Por qué no? Si una nación depone a sus gobernantes y repudia su constitución, ¿qué impide que todas las naciones hagan lo mismo? Si hace poco más de cien años la sangre de los revoltosos corría por las calles de París, ¿qué certeza tenemos de que antes de terminar el presente siglo cada ciudad de este mundo no va a presenciar un espectáculo similar? ¿Qué impide que el desorden y la anarquía lleguen a ser universales? Y es debido a estos interrogantes que nos hemos propuesto demostrar la *necesidad,* la perentoria necesidad, de que Dios ocupe el trono, tome el principado sobre su hombro, y controle las actividades y destinos de sus criaturas.

Habiendo mostrado de manera resumida la necesidad imperiosa de que Dios reine sobre este mundo, observemos ahora, además, el *hecho* de que Dios *efectivamente* gobierna; y que su dominio se extiende a todas las cosas y todas las criaturas, y es ejercido sobre ellas.

1. *Dios gobierna la materia inanimada*

El hecho de que Dios gobierna la materia inanimada, y que esta materia cumple Su deseo y lleva a cabo Sus decretos, se demuestra claramente en el propio frontispicio de la revelación divina. Dios dijo: "Sea la luz",

y *"fue la luz"*. Dios dijo: "Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca: y *fue así"*. Y de nuevo "dijo Dios: Produzca la tierra hierva verde, hierba que dé simiente; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su simiente esté en él", sobre la tierra: y *fue así"*. Como declara el salmista: "Porque El dijo, y fue hecho: El mandó, y existió".

Lo que se declara en el primer capítulo del Génesis, se ilustra después en toda la Biblia. Cuando las iniquidades de los antediluvianos habían alcanzado su plenitud, Dios dijo: "*Y Yo, he aquí que Yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra*, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá"; y en cumplimiento de esto leemos: "El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a diecisiete días del mes, aquél día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas; y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches" (Génesis 6:17 y 7:11,12).

Obsérvese el control absoluto (*y soberano*) de Dios sobre la materia inanimada en las plagas de Egipto. A su mandato, la luz fue convertida en tinieblas, y un río en sangre; cayó granizo, y la muerte se cebó sobre el impío país del Nilo, hasta que incluso su altivo monarca se vio obligado a clamar pidiendo liberación. Nótese particularmente cómo el texto inspirado hace énfasis aquí en el control absoluto de Dios sobre los elementos: "Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y *Jehová hizo* tronar y granizar, y el fuego discurría por la tierra; y *llovió Jehová* granizo sobre la tierra de Egip-

to. Hubo pues granizo, y fuego mezclado con el granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada. Y aquel granizo hirió en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como bestias; asimismo hirió el granizo toda la hierba del campo, y desgajó todos los árboles del país. *Solamente en la tierra de Gosén, donde los hijos de Israel estaban,* no hubo granizo" (Exodo 9:23-26). La misma distinción se observa en relación con la novena plaga: "Y Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tales que cualquiera las palpe. Y extendió Moisés su mano hacia el cielo, y hubo densas tinieblas tres días por toda la tierra de Egipto. Ninguno vió a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; *mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones*" (Exodo 10:21-23).

Los mencionados ejemplos no son en modo alguno casos *aislados.* Ante el decreto de Dios, el fuego y el azufre descendieron del cielo y las ciudades del llano fueron destruídas, al tiempo que un fértil valle quedaba convertido en un nauseabundo mar de muerte. A su mandato, las aguas del Mar Rojo se dividieron para que los israelitas pasaran en seco, y a Su palabra se volvieron a juntar destruyendo a los egipcios que los perseguían. Una palabra Suya, y la tierra abrió sus fauces para tragarse a Coré y a su grupo de rebeldes. El horno de Nabucodonosor fue encendido "siete veces tanto" su temperatura normal, y en él fueron echados tres hijos de Dios; pero el fuego ni siquiera chamuscó sus ro-

pas, aunque mató a los hombres que se habían acercado a echarlos en él.

¡Qué formidable demostración del poderoso gobierno del Creador sobre los elementos nos fue ofrecida cuando, hecho carne, habitó entre los hombres! Vedle dormido en la barca. Se levanta la tormenta. El viento ruge y las olas azotan con furor. Los discípulos que están con El, temerosos de que su pequeña embarcación zozobre, despiertan a su Señor, diciendo: "¿No tienes cuidado que perecemos?" Y entonces leemos: "Y levantándose, increpó al viento, y dijo a la mar: Calla, enmudece. *Y cesó el viento, y fue hecha grande bonanza*" (Marcos 4:39). Obsérvese también cómo el mar, ante la voluntad de su Creador, lo sostuvo sobre sus olas. A su palabra la higuera se secó; a su contacto la enfermedad huía instantáneamente.

Las grandes luminarias celestes son también gobernadas por su Hacedor y acatan Su voluntad soberana. Tomemos dos ilustraciones. Al mandato de Dios el sol retrocedió diez grados en el reloj de Acaz para ayudar a la débil fe de Ezequías. En tiempos del Nuevo Testamento, Dios hizo que una estrella anunciara la encarnación de su Hijo: la estrella que se apareció a los magos de oriente, de la cual se nos dice que *"iba delante de ellos,* hasta que llegando, se puso sobre donde estaba el niño" (Mateo 2:9).

¡Cuán descriptiva declaración la que sigue!: "El envía su palabra a la tierra; muy presto corre su palabra. *El da* la nieve como lana, *derrama* la escarcha como ceniza. *El echa* su hielo como pedazos; delante de *su frío,* ¿quién estará? Enviará su palabra, y los derretirá:

soplará su viento, y fluirán *las aguas*" (Salmo 147:15-18). Las mutaciones de los elementos están sujetas al control soberano de Dios. Es *Dios* quien retiene la lluvia, y es *Dios* quien la da cuando quiere, como quiere y a quien quiere. Los observatorios meteorológicos se atreven a predecir el tiempo, pero ¡cuán frecuentemente se burla Dios de sus cálculos! Las "manchas" solares, las actividades cambiantes de los planetas, la aparición y desaparición de los cometas (a los cuales se atribuye a veces el tiempo anormal), las perturbaciones atmosféricas, son simples causas secundarias, pues tras ellas está Dios mismo. Hable su Palabra una vez más: "Y también Yo os detuve la lluvia tres meses antes de la siega, e hice llover sobre una ciudad, y sobre otra ciudad no hice llover; sobre una parte llovió; la parte sobre la cual no llovió, secóse. Y venían dos o tres ciudades a una ciudad para beber agua, y no se hartaban: con todo no os tornasteis a mí, dice Jehová. Os herí con viento solano y oruga; vuestros muchos huertos y vuestras viñas, y vuestros higuerales y vuestros olivares comió la langosta: pero nunca os tornasteis a mí, dice Jehová. Envié entre vosotros mortandad al modo que en Egipto; maté a cuchillo vuestros mancebos, con cautiverio de vuestros caballos, e hice subir el hedor de vuestros reales hasta vuestras narices: empero no os tornasteis a mí, dice Jehová" (Amós 4:7-10).

He aquí pues, que Dios gobierna verdaderamente la materia inanimada. La tierra y el aire, el fuego y el agua, el granizo y la nieve, los vientos tormentosos y los mares alborotados. Todos cumplen la palabra de Su potencia y realizan Su voluntad soberana. Por con-

siguiente, cuando nos quejamos del tiempo, estamos en realidad murmurando contra Dios.

2 *Dios gobierna las criaturas irracionales*

¡Qué ilustración tan sorprendente del gobierno de Dios sobre el reino animal encontramos en Génesis 2:19! "Formó, pues, Jehová Dios de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, *y trájolas a Adam*, para que viese cómo las había de llamar: y todo lo que Adam llamó a los animales vivientes, ése es su nombre." Si se objetara que esto ocurrió en el Edén, y antes de la caída de Adam y la maldición consiguiente sobre toda criatura, acudiríamos al hecho histórico del Diluvio, donde otra vez Dios mostró evidentemente su gobierno soberano sobre los animales. Obsérvese en este texto cómo Dios hizo que viniera a Noé toda suerte de criaturas vivientes: "De todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida contigo; macho y hembra serán. De las aves según su especie... de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada especie *entrarán contigo*" (Génesis 6:19-20). Todos estaban bajo el control soberano de Dios. El león de la selva, el elefante del bosque, el oso polar; la terrible pantera, el lobo indomable, el tigre sanguinario, el águila de altísimo vuelo, y el cocodrilo que se arrastra, todos, con su ferocidad nativa, ¡se someten dócilmente a la voluntad de su Creador, y vienen al arca de dos en dos!

Nos hemos referido a las plagas enviadas sobre Egipto como ilustración del control del Creador sobre la materia inanimada; pero volvamos de nuevo a ellas

para ver cómo nos hablan del perfecto dominio de Dios sobre las criaturas irracionales. A Su palabra el río produjo ranas en abundancia que penetraron en el palacio de Faraón y en las casas de sus siervos; y, contrariamente a sus instintos naturales, se introdujeron en las camas, en los hornos y en las artesas (Exodo 8:3). Enjambres de moscas invadieron la tierra de Egipto, ¡mas sin embargo no las hubo en tierra de Gosén! (Exodo 8:22). Después, el ganado enfermó repentinamente, y leemos: *"He aquí la mano de Jehová* será sobre tus ganados que están en el campo, caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas, con pestilencia gravísima; y Jehová hará separación entre los ganados de Israel y los de Egipto, de modo que nada muera de todo lo de los hijos de Israel. Y Jehová señaló tiempo, diciendo: Mañana hará Jehová esta cosa en la tierra. Y el día siguiente Jehová hizo aquello, y murió todo el ganado de Egipto; mas del ganado de los hijos de Israel *no murió uno"* (Exodo 9:3-6). De manera semejante Dios envió nubes de langostas para plagar a Faraón y a su tierra, designando el tiempo de su visitación, determinando su marcha destructora, y marcando los límites de sus estragos.

No son los ángeles los únicos que obedecen los mandatos de Dios, sino que también las bestias hacen según El quiere. He aquí que el arca sagrada, el arca del pacto, está en el país de los filisteos. ¿Cómo ha de ser devuelta a su tierra? Nótense los medios de que Dios se valió, y cuán completamente estaban bajo su control: "Entonces los filisteos, llamando a los sacerdotes y adivinos, preguntaron: ¿Qué haremos del arca

de Jehová? Declaradnos cómo la hemos de tornar a enviar a su lugar. Y ellos dijeron... Haced pues ahora un carro nuevo, y tomad luego dos vacas que críen, a las cuales no haya sido puesto yugo, y uncid las vacas al carro, y haced tornar de detrás de ellas sus becerros a casa. Tomaréis luego el arca de Jehová, y la pondréis sobre el carro; y poned en una caja al lado de ella las halajas de oro que le pagáis en expiación; y la dejaréis que se vaya. Y mirad: si sube por el camino de su término a Bet-semes, El nos ha hecho este mal tan grande; y si no, seremos ciertos que su mano no nos hirió, nos ha sido accidente". ¿Y qué ocurrió? ¡Cuán sorprendente es lo que sigue! "Y las vacas *se encaminaron por el camino de Bet-semes,* e iban por un mismo camino andando y bramando, *sin apartarse ni a diestra ni a siniestra*" (I Samuel 6). Igualmente sorprendente es el caso de Elías: "Y fue a él palabra de Jehová diciendo: Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit, que está delante del Jordán; y beberás del arroyo; *y Yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer* (I Reyes 17:2-4). El instinto natural de estas aves de presa fue reprimido, y en vez de comerse los alimentos, los llevaron al siervo de Jehová en su solitario retiro.

¿Son necesarias más pruebas? No hay que ir lejos para encontrarlas. Dios hace que un mudo asno reprenda la locura del profeta. Envía dos osas de los bosques a devorar a cuarenta y dos de los atormentadores de Eliseo. En cumplimiento de Su palabra, hace que los perros coman la carne de la impía Jezabel. Sella las bocas de los leones de Babilonia cuando Daniel

es echado en el foso, aunque más tarde hace que devoren a los acusadores del profeta. Prepara un gran pez para que trague al desobediente Jonás, y cuando suena la hora ordenada, le obliga a vomitarlo *en tierra seca.* A Su mandato, y en cumplimiento de Su palabra, otro pez lleva a Pedro una moneda para el tributo. Así vemos que Dios reina sobre las criaturas irracionales bestias del campo, aves del aire, y peces del mar obedecen su *mandato* soberano.

3. *Dios dirige a los hijos de los hombres*

Nos damos perfecta cuenta de que ésta es la parte más difícil de nuestro tema, y, por consiguiente, nos ocuparemos de ella más extensamente en las páginas que siguen; pero de momento, y antes de entrar en detalles, vamos a considerar el hecho del gobierno de Dios sobre los hombres en general.

Nos vemos confrontados con ciertas alternativas entre las cuales hemos de escoger: o Dios gobierna, o es gobernado; o Dios dirige, o es dirigido; o Dios hace lo que quiere, o lo hacen los hombres. ¿Y es difícil escoger entre estas dos alternativas? ¿Diremos que el hombre es un ser tan rebelde que *escapa* al control de Dios? ¿Diremos que el pecado ha *enajenado* al pecador, apartándolo del Dios tres veces Santo de tal forma que ahora se halla *fuera* del ámbito de Su jurisdicción? ¿O diremos que por haber sido el hombre dotado de responsabilidad moral, Dios ha de dejarlo enteramente sin control, por lo menos durante el período de su examen? ¿Se desprende necesariamente, por el hecho de que el hombre natural es un proscrito enemigo del cielo y un faccioso que se opone al gobierno divino, que Dios es

impotente para cumplir Sus propósitos por medio de él? Lo que queremos decir es, no solamente que El puede *encaminar a bien* los efectos de las acciones de los malhechores, ni que traerá a los impíos ante su tribunal para que se pronuncie contra ellos sentencia condenatoria (pues esto lo creen también muchas personas que no son cristianas); sino que cada uno de los actos del más desobediente de Sus súbditos está enteramente bajo Su control. Más aún, que el tal, sin saberlo, está llevando a cabo los designios secretos del Altísimo. ¿No fue así en el caso de Judas? ¿Y es posible escoger un caso más extremo? Por tanto, si aquel archirrebelde estaba efectuando el consejo de Dios, ¿no hemos de pensar lo mismo de todos los demás?

Nuestro objeto aquí no es llevar a cabo una encuesta filosófica ni llegar a una casuística de tipo metafísico, sino cerciorarnos de las enseñanzas de la Escritura sobre este profundo tema. ¡A la Ley y al Testimonio!, pues sólo allí podemos aprender del gobierno divino: su carácter, su designio, su *modus operandi,* su alcance. ¿Qué es, pues, lo que ha agradado a Dios revelarnos en su bendita Palabra referente a su control sobre las obras de sus manos, y particularmente sobre aquella que, en su origen, fue hecha a Su propia imagen y semejanza?

"En El vivimos, *y nos movemos,* y somos" (Hechos 17:28). ¡Qué afirmación tan demoledora! Nótese que estas palabras no iban dirigidas a una de las iglesias de Dios, ni a un grupo de santos que hubiera alcanzado un plano de elevada espiritualidad, sino a un público pagano, a los que adoraban al "Dios no conocido" y que se "burlaban" cuando oían hablar de la resurrección de

los muertos. Y no obstante, el apóstol Pablo no vaciló en declarar enfáticamente a los filósofos atenienses, a los epicúreos y a los estoicos, que vivían, se movían y tenían su ser en Dios, lo cual no sólo significaba que debían su existencia y preservación a Aquél que hizo el mundo y todo lo que en él hay, sino también que sus mismas acciones estaban bajo la administración y control del Dios de cielos y tierra (véase Daniel 5:23. última cláusula).

"Del hombre son las *disposiciones* del corazón, mas de Jehová la respuesta de la lengua" (Proverbios 16:1). Obsérvese que esta declaración tiene una aplicación general: se refiere a todo "hombre", no simplemente a los creyentes. "El corazón del hombre piensa su camino, *mas Jehová endereza sus pasos* (Proverbios 16:9). Y si Jehová endereza los pasos del hombre, ¿no es prueba de que éste está siendo controlado o gobernado por Dios? Asimismo: "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre, *mas el consejo de Jehová permanecerá*" (Proverbios 19:21). ¿Puede esto significar otra cosa sino que, sea lo que sea lo que el hombre desee o planee, es la voluntad de Su hacedor lo que acaece? Tómese como ilustración el caso del "necio rico". Se nos dan a conocer los "pensamientos" de su corazón: "Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo donde juntar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis alfolíes, y los edificaré mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años; repósate, come, bebe, huélgate". Tales eran los "pensamientos" de su corazón; pero fue "el consejo de Jehová"

lo que permaneció. Los "haré" del hombre rico quedaron en nada, pues "díjole Dios: Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma" (Lucas 12:16-21)

"Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová: *a todo lo que quiere lo inclina*" (Proverbios 21:1). ¿Hay algo que pueda ser más explícito? Del corazón "mana la vida" (Proverbios 4:23), pues "cual es su pensamiento en su alma, tal es él" (Proverbios 23:7). Luego si el corazón está en manos de Jehová, y si El "a todo lo que quiere lo inclina", ¿no es evidente que los hombres, más aún, los gobernantes y dirigentes, y por tanto *todos los hombres,* están por completo bajo el control gubernamental del Todopoderoso?

La declaración que acabamos de hacer no admite limitaciones. Insistir en que *algunos* hombres *ponen* impedimentos efectivos a la voluntad de Dios y trastornan Sus consejos, es repudiar otros textos de las Escrituras igualmente explícitos. Pondérese bien lo que sigue: "Empero si El se determina en una cosa, ¿quién lo apartará? Su alma deseó, *e hizo*" (Job 23:13). "El consejo de Jehová *permanecerá para siempre;* los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Salmo 33:11). "No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová" (Proverbios 21:30). "Porque Jehová de los ejércitos ha determinado, *¿y quién invalidará?* Y su mano extendida, ¿quién la hará tornar?" (Isaías 14:27). "Acordaos de las cosas pasadas desde el siglo; porque yo soy Dios, y no hay más Dios, y nada hay a mí semejante; que anuncio lo por venir desde el principio, y desde antiguo lo que aún no era he-

cho; que digo: *Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quisiere*" (Isaías 46:9,10). No hay la menor ambigüedad en estos pasajes. Afirman, en los términos más inequívocos e incondicionales, la imposibilidad de que el propósito de Jehová quede en nada.

En vano leemos las Escrituras si no descubrimos que los actos de los hombres, tanto de los malos como de los buenos, están gobernados por Jehová Dios. Nimrod y sus compañeros determinaron erigir la torre de Babel, pero antes de que su obra fuese acabada Dios frustró sus planes. Jacob era el hijo a quien se había prometido la herencia, y aunque Isaac trató de alterar el decreto de Jehová y otorgar la bendición a Esaú, sus esfuerzos quedaron en nada. Esaú juró vengarse de Jacob, pero cuando se encontraron después de la separación, en vez de pelear llenos de odio, se abrazaron con lágrimas de gozo. Los hermanos de José planearon su destrucción, pero sus malos consejos fueron frustrados. Faraón pereció en el Mar Rojo al intentar oponerse a que Israel cumpliera las instrucciones de Jehová. Balac alquiló a Balaam para que maldijese a los israelitas, pero Dios le *obligó* a bendecirlos. Amán erigió una horca para Mardoqueo, pero fue él quien fue colgado en ella. Jonás resistió la voluntad revelada de Dios, pero ¿en qué pararon sus esfuerzos?

¡Ah, los paganos podrán "amotinarse", enojarse, y el pueblo pensar "vanidad"! ¡Los reyes de la tierra podrán "estar", y los príncipes "consultar" unidos *contra* Jehová y contra su ungido, diciendo: "Rompamos sus coyundas, y echemos de nosotros sus cuerdas" (Salmo 2:1-3)! Pero, ¿acaso el gran Dios es perturbado o es-

torbado por la rebelión de sus mezquinas criaturas? No por cierto: "El que mora en los cielos *se reirá,* el Señor *se burlará* de ellos" (v. 4). El está infinitamente exaltado por encima de todos, y las más grandes confederaciones de los "peones" de la tierra, y los preparativos más vastos y enérgicos para derrotar Su propósito son, a Sus ojos, como un juego de niños. El mira tan fútiles esfuerzos no solamente sin alarma, sino "riéndose" de la locura de ellos; trata su impotencia "ridiculizándola". Sabe que puede aplastarlos como polillas cuando guste, o consumirlos en un momento con el aliento de Su boca. ¡Ah, qué "vanidad" es que los "tiestos" de la tierra luchen contra la gloriosa Majestad del Cielo! Tal es nuestro Dios; adoradle.

4. *Dios gobierna los ángeles, tanto los buenos como los malignos.*

Los ángeles son siervos de Dios, mensajeros suyos, sus carros. Escuchan siempre la voz de su boca y cumplen sus mandamientos. "Y *envió* Jehová el ángel a Jerusalem para destruirla; pero estando él destruyendo, miró Jehová, y arrepintióse de aquel mal, y dijo al ángel que destruía: Basta ya; detén tu mano... Y como Jehová habló al ángel, *él volvió su espalda* a la vaina" (I Crónicas 21:15-28). Podrían citarse otros textos de las Escrituras para mostrar que los ángeles están en sujeción a la voluntad de su Creador y hacen lo que El les manda: "Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor *ha enviado su ángel,* y me ha librado de la mano de Herodes" (Hechos 12:11). "Y el Señor Dios de los santos profetas *ha enviado su ángel,* para mostrar a sus siervos las co-

sas que es necesario que sean hechas presto" (Apocalipsis 22:6). Así ocurrirá cuando nuestro Señor vuelva: "Enviará el Hijo del hombre *sus ángeles*, y cogerán de su reino todos los escándalos, y los que hacen iniquidad (Mateo 13:41). Asimismo leemos: "Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro" (Mateo 24:31).

Lo mismo puede decirse de los espíritus *malignos*: también ellos cumplen los decretos soberanos de Dios. Un espíritu malo fue enviado por Dios para provocar la rebelión en el campamento de Abimelec (Jueces 9: 23); otro para ser espíritu mentiroso en boca de los profetas de Acab: "Y ahora, he aquí Jehová *ha puesto* espíritu de mentira en la boca de todos estos tus profetas, y Jehová ha decretado el mal acerca de ti" (I Reyes 22:23); y aun otro para atormentar a Saúl: "Y el espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y atormentábale el espíritu malo *de parte de Jehová*" (I Samuel 16:14). Así también en el Nuevo Testamento: una legión entera de demonios no salió de su víctima hasta que el Señor la dejó entrar en el hato de puercos.

Por consiguiente, la Escritura aclara que los ángeles, buenos y malos, están bajo el control de Dios, y qué, voluntaria o involuntariamente, llevan a cabo Su propósito. Sí, el propio SATANAS está absolutamente sujeto al control de Dios. Acusado en el Edén, escuchó la terrible sentencia sin pronunciar palabra. *No pudo* tocar a Job hasta que Dios le concedió autorización. También tuvo que esperar el consentimiento de nuestro Señor antes de "zarandear" a Pedro. Cuando Cristo le

mandó partir, diciéndole: "Vete, Satanás", leemos: "El diablo entonces le dejó" (Mateo 4:11). Y como acto final, sabemos que será echado al lago de fuego que ha sido preparado para él y sus ángeles.

El Señor omnipotente reina. Su gobierno se ejerce sobre la materia inanimada, sobre las bestias, sobre los hijos de los hombres, sobre los ángeles buenos y malos, y sobre Satanás mismo. Ningún planeta gira, ninguna estrella brilla, ni hay tormenta, ni movimiento de criatura, ni acto de un hombre, ni hecho de un ángel, ni acción del diablo, *ni nada puede ocurrir en todo el vasto universo de forma diferente a como Dios ha determinado desde la eternidad.* He aquí un auténtico fundamento para la fe. He aquí un verdadero lugar de reposo para el intelecto. He aquí un ancla para el alma, segura y firme. No se trata del destino ciego, del mal desencadenado, del hombre o del diablo, sino que es Dios mismo el que está gobernando el mundo, dirigiéndolo según Su propia voluntad y para Su propia gloria eterna.

Diez mil centurias antes que los cielos
fuesen en sus cimientos afirmados,
los mundos por venir, los luengos siglos
estaban ya en Su mente planeados.
El vil gusano, el ave pasajera,
los tronos con sus reyes coronados,
el fin de dinastías, pueblos, eras:
todo estaba en Su mente decretado.

(Isaac Watts)

LA SOBERANIA DE DIOS EN LA SALVACION

> "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33).

"LA SALVACION pertenece a Jehová" (Jonás 2:10), pero el Señor no salva a todos. ¿Por qué no? Salva, sí, a algunos; y si salva a algunos, ¿por qué no a otros? Quizá porque son demasiado pecadores y depravados? No; pues el apóstol escribió: "Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, *de los cuales yo soy el primero*" (I Timoteo 1:15). Por tanto, si Dios salvó al "primero" de los pecadores, no hay razón para que ninguno sea excluido por causa de su depravación. ¿Por qué, pues, no salva Dios a todos? ¿Quizá porque algunos tienen el corazón demasiado duro para ser ganados? No; porque aun de aquellos que tienen el corazón más roqueño, se ha escrito que Dios "quitará el corazón de piedra de su carne, y les dará corazón de carne" (Ezequiel 11:19). Entonces, ¿será porque son tan obstinados, tan intratables, tan retadores, que Dios *no puede* atraerlos a Sí? Antes de responder a esta pregunta formulemos otra; apelemos a la experiencia de algunos, por lo menos, de los que forman el pueblo de Dios.

Amigo, ¿no es cierto que hubo un tiempo en que andabas en consejo de malos, estabas en camino de pe-

cadores, te sentabas en silla de escarnecedores, y con ellos decías: *"No queremos* que éste reine sobre nosotros" (Lucas 19:14)? ¿Acaso no hubo un tiempo en que tú "no querías venir a Cristo para tener vida" (Juan 5:40)? Es más, ¿acaso no hubo un tiempo en que unías *tu* voz a la de los que decían a Dios: "Apártate de nosotros, que no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y de qué nos aprovechará que oremos a El?" (Job 21:14,15) Avergonzado, tienes que confesar que *lo hubo.* Pero, ¿cómo es posible que ahora todo haya cambiado? ¿Qué fue lo que te trajo de tu altiva propia suficiencia a ser un humilde suplicante, de ser uno que estaba en enemistad con Dios a uno que está en paz con El, de la desobediencia a la sujeción, del odio al amor? Como "nacido del Espíritu", responderás con presteza: *"Por la gracia de Dios* soy lo que soy" (I Corintios 15:10). Entonces, ¿no comprendes que el que otros rebeldes no sean salvos también no se debe a falta de poder por parte de Dios, ni a Su negativa a forzar al hombre? Si Dios pudo someter *tu* voluntad y conquistar *tu* corazón, y eso además *sin* interferir tu responsabilidad moral, ¿no puede hacer lo mismo con otros? Ciertamente que sí. Entonces, ¡cuán inconsecuente, cuán ilógico, cuán necio es por tu parte intentar *explicar* el actual proceder de los impíos y su destino final, argumentar que Dios *no puede* salvarlos, *que ellos no le dejan!* ¿Acaso dices: "Pero llegó un momento en que *yo quise,* estuve dispuesto a recibir a Cristo como mi salvador"? Cierto que así ocurrió, pero fue *el Señor* quien te *hizo* querer (Salmo 110:3; Filipenses 2:

13). ¿Por qué pues –dirás– no hace que *todos* los pecadores quieran? Pues, ¿por qué ha de ser, sino por el hecho de que El es soberano y hace lo que le agrada? Pero volvamos a la encuesta inicial.

¿Por qué no todos son salvos, particularmente todos los que oyen el Evangelio? ¿Respondes aún: Porque la mayoría rehusa creer? Bien, es cierto, pero eso es solamente una parte de la verdad. Es la verdad vista *desde el aspecto humano.* Pero hay también un aspecto divino, aspecto que requiere ser tenido muy en cuenta, pues de lo contrario Dios sería despojado de la gloria que se le debe. Los no salvos se pierden porque rehusan creer, mientras los demás se salvan porque creen. Bien, pero, *¿por qué* creen? ¿Qué es lo que hace que unos pongan su confianza en Cristo y otros no? ¿Quizá porque los que se salvan son más inteligentes que sus semejantes, y más rápidos en discernir la necesidad de su salvación? Desechemos tal pensamiento, pues, "*¿quién te distingue?* ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no hubieras recibido?" (I Corintios 4:7). Es Dios mismo quien hace distinción entre el escogido y el no escogido, pues el mismo ha mandado escribir: "Empero sabemos que el Hijo de Dios es venido, *y nos ha dado entendimiento* para conocer al que es verdadero (I Juan 5:20).

La fe es un *don* de Dios, y "no es de todos la fe" (II Tesalonicenses 3:2); por lo tanto, vemos que Dios no otorga este don a todos. ¿A quiénes, pues, concede El este favor salvador? A Sus elegidos: "Creyeron todos los que estaban ordenados para la vida eterna" (He-

chos 13:48). Por esto leemos de "la fe de los escogidos de Dios" (Tito 1:1). Pero, ¿es Dios soberano en la distribución de sus favores? *¿Acaso no tiene derecho a serlo?* ¿Hay aún quien "murmura contra el padre de la familia"? Valgan, entonces, sus propias palabras como respuesta: "¿No me es lícito a mí *hacer lo que quiero con lo mío?*" (Mateo 20:15). Dios es soberano en la concesión de su dones, tanto en la esfera natural como en la espiritual. Hasta aquí, una declaración general de los hechos; pasemos ahora a particularizar.

1. *La soberanía de Dios Padre en la salvación.*

Quizá el pasaje de la Escritura que más enfáticamente afirma la soberanía absoluta de Dios respecto a la determinación del destino de sus criaturas, es el capítulo nueve de Romanos. No vamos a tratar de repasar aquí el capítulo entero, sino que nos limitaremos a los versículos 21-23: "¿O no tiene potestad el alfarero para hacer de la misma masa un vaso para honra, v otro para vergüenza? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar la ira y hacer notoria su potencia, soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira preparados para muerte, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, mostrólas para con los vasos de misericordia que El ha preparado para gloria?" Estos versículos presentan a la humanidad caída tan inerte y tan impotente como una masa de barro sin vida. Este texto bíblico es rico en contenido. Demuestra que "no hay diferencia" intrínseca entre los escogidos y los no escogidos: son barro de "la misma masa", lo cual concuerda con Efesios 2:3, donde se nos dice que todos por naturaleza somos "hijas de ira". Nos enseña que el destino final de todo

individuo lo decide la voluntad de Dios, y bienaventurada cosa es que así sea, pues si se dejara a *nuestra voluntad,* acabaríamos en el lago de fuego. Declara que Dios mismo *hace* una distinción en los destinos respectivos que dedica a cada una de sus criaturas, pues un vaso es hecho "*para* honra y otro *para* vergüenza"; algunos son "vasos de ira preparados para muerte", otros son "vasos de misericordia, que El ha preparado para gloria".

Admitimos francamente la humillación que supone para el orgulloso corazón de la criatura el contemplar a la humanidad entera en manos de Dios como barro en manos del alfarero; pero así es precisamente como las Escrituras de la Verdad presentan el caso. En esta época de jactancia humana, orgullo intelectual y deificación del hombre, es necesario insistir en que el alfarero hace sus vasos para sí. Que luche el hombre con su Hacedor cuanto quiera, que no por eso dejará de ser otra cosa sino barro en manos del Alfarero celestial; y El forma sus vasos para sus propios fines y conforme le agrada, aunque sabemos que procederá justamente con sus criaturas, que el juez de toda la tierra *ha de hacer lo que es justo.* Dios afirma que tiene derecho indiscutible de hacer lo que quiera con lo que es suyo.

No solamente tiene Dios derecho a hacer lo que quiera con las criaturas salidas de sus propias manos, sino que en realidad *lo hace,* según vemos, más evidentemente que en cualquier otra parte, en la gracia de la predestinación. Antes de la fundación del mundo Dios hizo una selección, una elección. Ante sus ojos omniscientes estaba toda la raza de Adam, y de ella escogió

un pueblo y lo predestinó "para la adopción de hijos" lo predestinó "para ser conforme a la imagen de Su Hijo", lo "ordenó" para vida eterna. Muchos son los textos bíblicos que ponen de relieve esta bendita verdad, siete de los cuales van a ocupar nuestra atención.

"Creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna" (Hechos 13:48). Se han empleado todos los artificios del ingenio humano para restar poder al agudo filo de este texto y descartar con explicaciones fáciles el sentido evidente de estas palabras; pero todo ha sido en vano, ya que nada podrá jamás reconciliar este pasaje y otros semejantes con la mente del hombre natural. "Creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna". Aprendemos aquí cuatro cosas: Primeramente, que creer es consecuencia y *no causa* del decreto de Dios. En segundo lugar, que sólo un número limitado ha sido "ordenado para vida eterna", pues si todos los hombres sin excepción hubieran sido así ordenados por Dios, entonces las palabras "todos los que" constituyen una especificación carente de significado. En tercer lugar, que esta "ordenación" de Dios no consiste en meros privilegios externos, sino que es para "vida eterna"; no es ordenación para un servicio, sino para la salvación misma. En cuarto lugar, "todos los que" —ni uno menos— así han sido ordenados por Dios para vida eterna creerán con toda certeza.

El comentario que el amado hermano C. H. Spurgeon hizo sobre el pasaje anteriormente citado, merece toda nuestra consideración. Dice así: "Se han hecho ciertas tentativas para demostrar que estas palabras no enseñan la predestinación, pero tales tentativas fuerzan

el lenguaje tan claramente, que no voy a malgastar el tiempo en replicar a ellas... Leo así: 'Creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna', y no he de retorcer el texto, sino glorificar la gracia de Dios, atribuyéndole todos los casos de personas que creen... ¿No es Dios quien da disposición para creer? Si hay hombres dispuestos a poseer la vida eterna, ¿no es El en todos los casos quien los dispone? ¿Es injusto que Dios dé gracia? Si es justo que la dé, ¿es injusto que se haya *propuesto* darla? ¿Quisieras que la diese por accidente? Si es justo que tenga el propósito de dar gracia hoy, era justo que se lo propusiera antes de esta fecha, y por tanto, dado que El no muda, desde la eternidad".

"Así también, aun en este tiempo han quedado reliquias *por la elección de gracia.* Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por las obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra" (Romanos 11:5,6). Las palabras "así también", al principio de esta cita, nos remiten al versículo anterior donde se nos dice: "He dejado para mí siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal". Nótese particularmente la palabra "dejado". En los días de Elías había siete mil (una pequeñita minoría) que habían sido divinamente preservados de la idolatría y traídos al conocimiento del verdadero Dios. Esta preservación e iluminación no provenía de ningún mérito que hubiera en ellos, sino exclusivamente de la especial influencia e intervención de Dios. ¡Cuán altamente favorecidas fueron tales personas al ser así "dejadas" para Dios! Ahora bien, dice el apóstol, de la manera que había "reliquias" en los

días de Elías, "dejadas para Dios", también las hay en la actual dispensación.

"Reliquias por la elección de gracia." Aquí se sigue la *causa* de la elección hasta su misma fuente. La base sobre la cual Dios escogió a estas "reliquias" no era la fe prevista en ellos, porque una elección fundada en la previsión de buenas obras estaría exactamente tan basada en las *obras* como cualquier otra, y en tal caso no sería *"de gracia"*; pues, según dice el apóstol, "si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia". Todo lo cual significa que la gracia y las obras son antagónicas, que no tienen nada en común, y que, como el aceite y el agua, jamás podrán mezclarse. De esta manera, la idea de bondad inherente prevista en los escogidos, o de cualquier cosa meritoria efectuada por ellos, queda rigurosamente excluida. "Reliquias por la elección *de gracia*", significa una elección incondicional, resultado del favor soberano de Dios. En resumen, es una elección absolutamente *gratuita*.

"Porque mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios, para avergonzar lo fuerte; y lo vil del mundo, y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es: para que ninguna carne se jacte en su presencia" (I Corintios 1:26-29). Por tres veces en este pasaje se hace referencia a la *elección de Dios,* y elección supone necesariamente selección, es decir, tomar a unos y dejar a otros. Quien escoge aquí es Dios mismo. Se da una definición del número esco-

gido: "*no muchos* sabios según la carne, *no muchos* poderosos, *no muchos* nobles, son llamados". Esto en cuanto al *hecho* de la elección de Dios; a continuación obsérvense los *objetos* de su elección.

Aquéllos de quienes se ha hablado como escogidos de Dios son "lo flaco del mundo, lo vil del mundo, y lo menospreciado". Pero, ¿por qué? Para demostrar y engrandecer Su gracia. Tanto los *caminos* de Dios como sus pensamientos están en absoluta contraposición a los del hombre. La mente carnal hubiera supuesto que la selección habría de hacerse de entre las filas de los opulentos e influyentes, los afables y cultos, de modo que el cristianismo ganara la aprobación y el aplauso del mundo por su pompa y su gloria carnal. Pero, ¡ah!, "lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lucas 16:15). Dios escoge lo "vil". Así lo hizo en tiempos del Antiguo Testamento. La nación que escogió para ser depositaria de Sus sagrados oráculos y canal por el cual vendría la Simiente prometida, no fue el antiguo Egipto, ni la imponente Babilonia, ni la altamente civilizada y culta Grecia. No; el pueblo sobre el que Jehová puso su amor y consideró como "la niña de Su ojo" fue el de los despreciados he breos. Así lo hizo también cuando nuestro Señor habitó entre los hombres. Aquellos a quienes recibió en su deleitosa intimidad y encargó salieran como embajadores Suyos, eran, en su mayor parte, pescadores "ignorantes". Así ha sido siempre desde entonces. Y el propósito de la elección de Dios, *la razón de ser* de la selección, es "que ninguna carne se gloríe en Su presencia". No habiendo nada remunerable en los objetos

que El eligió, toda la alabanza ha de ser tributada libremente a las riquezas abundantes de Su infinita gracia.

"Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo: *según nos escogió en El antes de la fundación del mundo,* para que fuésemos santos y sin mancha delante de El en amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a sí mismo, según el puro afecto de su voluntad... en quien asimismo tuvimos suerte, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad" (Efesios 1:3-5,11). Aquí se nos dice de nuevo en qué punto del tiempo (si tiempo puede llamarse) escogió Dios a aquellos que habían de ser hijos suyos por Jesucristo. No fue después que Adam hubo caído, sumergiendo a su raza en el pecado y la infelicidad cuando Dios nos escogió en Cristo, sino mucho antes de que Adam viera la luz, aun antes de la propia fundación del mundo. También aprendemos aquí el *propósito* que Dios tuvo ante Sí en relación con sus propios escogidos: fue para que fuesen "santos y sin mancha delante de El"; "para ser adoptados hijos"; para que "tuvieran suerte" (Efesios 1:11). Asimismo descubrimos aquí el *motivo* que le indujo. Fue "*por amor* que nos predestinó para la adopción de hijos por Jesucristo a sí mismo"; declaración que refuta la frecuente e impía acusación de que es tiránico e injusto que Dios decida el destino eterno de sus criaturas antes de que nazcan. Finalmente, se nos informa aquí que en cuanto a esto no tuvo consejo con nadie.

sino que somos "predestinados según el puro afecto de su voluntad".

"Mas nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, *de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación,* por la santificación del Espíritu y fe de la verdad" (II Tesalonicenses 2:13). Hay aquí tres cosas que merecen especial atención. Primeramente, el hecho de que se nos dice explícitamente que los elegidos de Dios son "escogidos para salvación". No podría darse un lenguaje más explícito. ¡Cuán sumariamente eliminan estas palabras los sofismas y equívocos de los que pretenden que la elección se refiere solamente a privilegios externos o categoría en el servicio! Es para "salvación" que Dios nos ha escogido. En segundo lugar, se nos advierte aquí que la elección para salvación no menosprecia el empleo de los medios apropiados: la salvación se alcanza por medio de la "santificación del Espíritu y fe de la verdad". No es cierto que, porque Dios ha escogido a uno para salvación, éste sea salvo a la fuerza, tanto si cree como si no: en ninguna parte lo representan así las Escrituras. El mismo Dios que predestinó el fin, designó también los medios; el mismo Dios que "escogió para salvación", decretó que su propósito había de realizarse a través de la obra del Espíritu y la fe de la verdad. En tercer lugar, que Dios nos haya escogido para salvación, es causa profunda de fervientes alabanzas. Nótese cuán enérgicamente lo expresa el apóstol: "Debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación". En

lugar de retroceder horrorizado ante la doctrina de la predestinación, el creyente, cuando ve esta bendita verdad según se muestra en la Palabra, descubre un motivo sin par de gratitud y acción de gracias, sólo superado por el don inefable de la bendita Persona del Redentor.

"Que nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, mas según el intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos" (II Timoteo 1:9). ¡Cuán claro y preciso es el lenguaje de la Sagrada Escritura! Es el hombre quien, con sus palabras, oscurece el consejo. Es imposible presentar el caso más claramente, o más enérgicamente que como se manifiesta aquí. Nuestra salvación no es "conforme a *nuestras* obras"; es decir, no es debida a nada que haya en nosotros, ni recompensa de algo que nosotros hayamos hecho, sino que es el resultado del propio "intento y gracia" de Dios, gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de la fundación del mundo. Es por *gracia* que somos salvos, y en el propósito de Dios esta gracia nos fue otorgada, no solamente antes de que viéramos la luz, o de que Adam cayera, sino aun antes de aquel lejano "principio" de Génesis 1:1. Y en esto estriba el consuelo inexpugnable del pueblo de Dios. ¡Si Su elección ha sido desde la eternidad durará hasta la eternidad!

"Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (I Pedro 1:2). Nuevamente vemos aquí que la elección del Padre precede a la obra del Espíritu Santo en los que son salvos, y a su

obediencia por fe. De esta forma, apoyándose en el soberano afecto del Todopoderoso, la elección es preservada por completo de todo intento humano. La "presciencia de Dios Padre" no se refiere aquí a su presciencia de todas las cosas, sino a que en la mente de Dios todos los santos estaban eternamente presentes en Cristo. Dios no "previó" que ciertas personas cuando oyeran el Evangelio lo creerían *independientemente del hecho de haberlas "ordenado" para vida eterna.* Lo que la "presciencia" de Dios vio en todos los hombres fue amor al pecado y odio hacia El. La "presciencia" de Dios *está basada en sus propios decretos,* según se desprende claramente de Hechos 2:23. "A éste, entregado por determinado consejo y providencia de Dios, prendisteis y matasteis por manos de los inicuos, crucificándole"; nótese el orden aquí: primeramente el "determinado consejo de Dios" (su decreto), y en segundo lugar su "presciencia". De nuevo en Romanos 8:28,29: "Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo"; la primera palabra aquí, "porque", nos remite al versículo precedente, que en su última cláusula dice: "a los que conforme al propósito son llamados"; éstos son los que "antes conoció y predestinó". Finalmente, es necesario indicar que, cuando leemos en la Escritura que Dios "conoce" a ciertas personas, esta palabra se usa en el sentido de conocer con aprobación y amor: "Mas si alguno ama a Dios, el tal es *conocido* de El" (I Corintios 8:3). A los hipócritas, Cristo dirá un día: "Nunca os conocí"; nunca los amó. "Elegidos según la presciencia de Dios Padre" significa, pues, escogidos por El como objeto especial de su aprobación y amor.

Resumiendo las enseñanzas de estos siete pasajes aprendemos: Que Dios ha "ordenado para vida eterna" a ciertas personas; y que, como consecuencia de Su ordenación, ellos, a su debido tiempo, "creen". Que la ordenación para salvación que Dios hace de sus elegidos no se debe a nada bueno ni a mérito alguno en ellos, sino exclusivamente a Su "gracia". Que Dios ha escogido a propósito los objetos más *inadecuados* para ser los recipientes de sus favores especiales, a fin de "que ninguna carne se jacte en su presencia". Que Dios escogió a su pueblo en Cristo antes de la fundación del mundo, no porque fueran santos, sino para que "*fuesen* santos y sin mancha ante El". Que habiendo elegido a muchos para salvación, decretó también los medios por los cuales su eterno consejo había de prevalecer. Que la propia "gracia" por la cual somos salvos nos fue "dada en Cristo Jesús antes de la fundación del mundo" en el propósito de Dios. Que mucho antes de ser efectivamente creados, los elegidos de Dios estaban presentes en su mente, y eran "ya conocidos" por El, es decir, eran objeto definido de su eterno amor.

Antes de pasar a la siguiente división de este capítulo, es conveniente que digamos unas palabras más respecto a las *personas objeto* de la gracia de la predestinación. Volvemos a este terreno, porque es en este punto donde la doctrina de la soberanía de Dios en la predestinación de ciertos individuos para salvación es más frecuentemente atacada. Los que pervierten esta verdad procuran invariablemente hallar alguna causa *aparte* de la voluntad de Dios que lo *mueva* a conceder la salvación a los pecadores. Se atribuye a la

criatura una cosa u otra que le dé derecho a recibir misericordia de manos del Creador. Volvemos entonces a la pregunta: ¿Por qué escogió Dios a quienes escogió?

¿Qué había en los propios elegidos para que atrajeran a ellos el corazón de Dios? ¿Fue porque poseían ciertas virtudes?, ¿porque tenían corazones generosos, temperamento apacible, hablar sincero? Resumiendo, ¿los escogió Dios porque eran "buenos"? No; pues nuestro Señor dijo: "Ninguno es bueno sino uno, es a saber, Dios" (Mateo 19:17). ¿Fue a causa de alguna buena obra que hubiesen hecho? No; pues está escrito: "No hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno" (Romanos 3:12). ¿Fue porque demostraron interés y celo en buscar a Dios? No; pues también está escrito: "No hay quien busque a Dios" (Romanos 3:11). ¿Fue porque Dios previó que creerían? No; pues ¿cómo pueden creer en Cristo los que están "muertos en delitos y pecados"? ¿Cómo podía Dios conocer previamente que algunos hombres serían creyentes, cuando la fe era imposible para ellos? La Escritura declara que "creemos *por la gracia*" (Hechos 18:27, versión revisada del año 1960). La fe es el don de Dios, y fuera de este don nadie creería. La *causa* de Su elección, pues, estriba en El y no en los objetos elegidos. Escogió a quienes escogió simplemente porque decidió escogerlos.

"Hijos somos por divina elección,
Los que en Cristo Jesús salvados fuimos;
Por eterno designio e intención
La gracia soberana recibimos.
¡Tu amor, Señor, y tu misericordia
Otorgan a la vez favor y gloria!"

(De *The Gospel Magazine*, 1777)

2. *La soberanía de Dios Hijo en la salvación.*

¿Por quién murió Cristo? Seguramente no hace falta argumentar sobre el hecho de que el Padre tenía un propósito concreto al entregarlo a la muerte, o que Dios Hijo tenía un designio definido ante El al poner su vida: "Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras "(Hechos 15:18). ¿Cuál era, pues, el propósito del Padre y el designio del Hijo? Respondemos: Cristo murió por "los escogidos de Dios".

No olvidemos el hecho de que el *designio limitado* en la muerte de Cristo ha sido tema de muchas controversias —¿hay alguna gran verdad revelada en la Escritura que no lo haya sido?—. Ni olvidemos tampoco que todo lo que está relacionado con la persona y la obra de nuestro bendito Señor ha de ser tratado con la máxima reverencia, y que un "Así dice Jehová" ha de ser usado en apoyo de todas las afirmaciones que hagamos. Nuestra apelación será a la Ley y al Testimonio.

¿Por quién murió Cristo? ¿Quiénes eran aquellos a quienes se propuso redimir con el derramamiento de Su sangre? No hay duda de que el Señor Jesús tenía un *designio absoluto* ante El cuando fue a la cruz. Si lo tenía, se deduce por necesidad que el *alcance abarcado* por dicho propósito tenía un *límite,* pues una *determinación* o propósito absoluto de Dios *es preciso que se cumpla.* Si la determinación absoluta de Cristo abarcara a toda la humanidad, entonces toda la humanidad ciertamente se salvaría. Para escapar a esta inevitable conclusión, muchos han afirmado que no había tal determinación absoluta ante Cristo, que en su

muerte se hizo una mera *provisión condicional* de salvación para toda la humanidad. La refutación de semejante aseveración se halla en las *promesas* hechas por el Padre a su Hijo *antes* que El fuera a la cruz, más aun, antes de su encarnación. Las Escrituras del Antiguo Testamento presentan al Padre prometiendo al Hijo cierta *recompensa* por sus sufrimientos en sustitución por los pecadores. Al llegar a este punto nos limitaremos a una o dos declaraciones registradas en el conocidísimo capítulo cincuenta y tres de Isaías. Allí encontramos que la Palabra dice: "Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje"; "del trabajo de su alma verá y será saciado"; y "justificará mi siervo justo a muchos" (vs. 10 y 11). Empero aquí debemos detenernos y preguntar: ¿Cómo podría ser *cierto* que Cristo "*vería* linaje", y que "del trabajo de su alma vería y sería *saciado*", a menos que la salvación de ciertos miembros de la raza humana hubiera sido *divinamente decretada* y por tanto fuera segura? ¿Cómo podría ser *cierto* que Cristo "*justificaría* a muchos", si no había una provisión *efectiva* de que *algunos* le recibirían como su Salvador? Por otro lado, insistir en que el Señor Jesús se propuso *realmente* la salvación de *toda la humanidad*, es acusarle de aquello que ningún ser humano inteligente debe cometer, a saber, *proponerse* algo que en virtud de su omnisciencia *sabía que nunca ocurriría*. Por ello, la única alternativa que nos queda es que, en lo referente al propósito predeterminado de su muerte, Cristo murió solamente por los elegidos. Resumiéndolo en una frase, que esperamos será inteligible para todo lector. dire-

mos que Cristo no murió para *hacer posible* la salvación de toda la humanidad, sino para *hacer segura* la salvación de todos los que el Padre le ha dado. Cristo murió, no simplemente para hacer que los pecados fuesen perdonables, sino para *"deshacimiento del pecado* se presentó por el sacrificio de sí mismo" (Hebreos 9:26).

1.— El *designio* limitado de la expiación se desprende, necesariamente, de la elección eterna de ciertos individuos para salvación hecha por el Padre. Las Escrituras nos cuentan que, antes que el Señor se encarnara, dijo: "Heme aquí para que haga, oh Dios, tu voluntad" (Hebreos 10:7), y después de haberse encarnado declaró: "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió" (Juan 6:38). Por tanto, si Dios desde el principio había escogido a ciertas personas para salvación, se deduce que, por estar la voluntad de Cristo de perfecto acuerdo con la voluntad del Padre, no procuraría ampliar su elección. Lo que acabamos de decir no es meramente una deducción plausible nuestra, sino que está en estrecha armonía con las enseñanzas explícitas de la Palabra. Una y otra vez nuestro Señor se refirió a aquellos que el Padre le había "dado", y por los cuales tenía especial interés. Así dijo: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera... Y ésta es la voluntad del que me envió, del Padre: Que todo lo que me diere, no pierda de ello, sino que lo resucite en el día postrero" (Juan 6:37,39). Y asimismo: "Estas cosas habló Jesús, y levantados los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a tí; como

le has dado la potestad de toda carne, para que dé vida eterna *a todos los que le diste...* He manifestado tu *nombre a los hombres que del mundo me diste;* tuyos eran, y me los diste, y guardaron tu palabra... Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, *sino por los que me diste; porque tuyos son...* Padre, *aquellos que me has dado,* quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo; para que vean mi gloria que me has dado; por cuanto me has amado desde antes de la constitución del mundo" (Juan 17:1,2,6,9,24). Antes de la constitución del mundo, el Padre predestinó un pueblo para ser hecho conforme a la imagen de su Hijo, y la muerte y resurrección del Señor Jesús tuvo por objeto llevar a cabo el propósito divino.

2.– La propia *naturaleza* de la expiación demuestra que, en su aplicación a los pecadores, estaba *limitada* en el *propósito* de Dios. La expiación de Cristo puede considerarse desde dos puntos de vista principales: para con Dios y para con el hombre. Para con Dios, la obra de Cristo en la cruz fue una *propiciación,* un aplacamiento de la ira divina, una satisfacción dada a la justicia y a la santidad divinas. Para con el hombre, fue una *sustitución,* por la que el inocente tomó el lugar del culpable, por la que el justo murió por el injusto. Empero una estricta sustitución por la que una persona ocupa el lugar de otras y recibe voluntariamente el castigo entraña, por parte del sustituto y por parte de aquel que ha de ser propiciado, el *reconocimiento concreto de las personas por las que dicho sustituto obra,* cuyos pecados lleva, y cuyas obligaciones legales cumple. Y si el legislador acepta la satisfacción que el

sustituto hace, aquellos en cuyo lugar el sustituto actúa, cuyo lugar él ocupa, han de ser necesariamente absueltos. Si estoy en deuda y no puedo pagarla, y otro se presenta y paga a mi acreedor todo el importe, y se le entrega un recibo que así lo declara, a ojos de la ley mi acreedor ya no tiene derecho alguno sobre mí. En la cruz, el Señor Jesús se dio en rescate, y la tumba vacía tres días después dio testimonio de que este rescate había sido aceptado por Dios. La cuestión que deseamos plantear aquí es: ¿Por quién fue ofrecido este rescate? Si fue ofrecido por toda la humanidad, la deuda en que todo hombre ha incurrido ha quedado saldada. Si Cristo llevó en su propio cuerpo en el madero los pecados de todos los hombres sin excepción, ninguno perecerá. Si Cristo fue "hecho maldición" por toda la raza de Adam, ninguno será finalmente condenado. "Dios no puede exigir el pago dos veces, primero de la mano de mi Sustituto agonizante, y más tarde de la mía". Pero Cristo *no* satisfizo la deuda de todos los hombres sin excepción; hay algunos que serán "echados en prisión" (comp. I Pedro 3:19 (1), donde aparece la misma palabra griega para "prisión"), y "no saldrán de allí hasta que paguen el último cuadrante", lo cual jamás ocurrirá. Cristo *no* llevó los pecados de toda la humanidad, pues hay algunos que "mueren en sus pecados" (Juan 8:21), y cuyo "pecado permanece" (Juan 9:41). Cristo *no fue* "hecho maldición" por toda la raza de Adam, pues hay algunos a quienes dirá: "Apar-

(1) En la versión inglesa King James se traduce correctamente el original griego, que dice "en prisión" en lugar de "encarcelados" (N. del E.).

taos de mí, *malditos*" (Mateo 25:41). Decir que Cristo murió por todos sin excepción, decir que se hizo Sustituto y Fiador de toda la raza humana, decir que padeció en lugar de toda la humanidad y en favor de ella, es decir que "llevó la maldición de muchos que ahora la llevan personalmente; que padeció el castigo por muchos que ahora levantan sus ojos en el infierno, estando en tormentos; que pagó el precio de la redención por muchos que, sin embargo, aún pagarán en su propia angustia eterna 'la paga del pecado, que es muerte'" (G. S. Bishop). Mas decir, como dice la Escritura, que Cristo fue herido por las transgresiones *del pueblo de Dios,* decir que dió su vida *por las ovejas,* que dio su vida en rescate por *muchos,* es decir que El realizó una expiación que expía *plenamente;* que pagó un precio que rescata eficazmente; que fue puesto como propiciación que realmente propicia; y que es un Salvador que en verdad salva.

3.– Intimamente relacionada con lo que acabamos de decir, y en confirmación de ello, está la enseñanza de la Escritura referente al *sacerdocio* de nuestro Señor. Sabemos que Cristo intercede ahora como gran Sumo Sacerdote. Pero ¿*por quién* intercede?; ¿por toda la raza humana, o solamente por su propio pueblo? La respuesta que el Nuevo Testamento da a esta pregunta es tan clara como un rayo de sol. Nuestro Salvador ha entrado en el cielo personalmente "para presentarse ahora *por nosotros* en la presencia de Dios" (Hebreos 9:24), es decir, por los que son "participantes de la vocación celestial" (Hebreos 3:1). Y asimismo está escrito: "Por lo cual puede también salvar eterna-

mente a los que por El se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder *por ellos*" (Hebreos 7:25). Esto concuerda estrictamente con el tipo del Antiguo Testamento. Después de dar muerte al animal del sacrificio, Aarón entraba en el lugar santísimo como representante del pueblo de Dios: eran los nombres de las tribus de *Israel* los que estaban grabados en su pectoral, y era representando los intereses *de ellos* que aparecía delante de Dios. Con ésto concuerdan las palabras de nuestro Señor en Juan 17:9: "Yo ruego por ellos, *no ruego por el mundo,* sino por los que me diste, porque tuyos son". Otro texto que merece cuidadosa atención en este aspecto se halla en Romanos 8. En el versículo 33 se formula la siguiente pregunta: "¿Quién *acusará a los escogidos de Dios?;* y a continuación sigue la respuesta inspirada: "Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede *por nosotros*". ¡Nótese particularmente que la muerte e intercesión de Cristo tienen un mismo objeto! Como fue en el tipo, también es en el antitipo: la expiación y la súplica son *coextensivas.* Por tanto, si Cristo intercede sólo por los escogidos, y "no por el mundo", es que murió solamente por ellos.

4.– El número de los que comparten los beneficios de la muerte de Cristo está determinado, no solamente por la *naturaleza* de la expiación y el *sacerdocio* de Cristo, sino también por su *poder.* Si se reconoce que Aquél que murió en la cruz era Dios manifestado en carne, se desprende de modo inevitable que Cristo

llevará a cabo su intento; que lo que se propuso logrará; que conseguirá aquello en que puso su voluntad y ánimo. Si el Señor Jesús posee toda potestad en los cielos y en la tierra, nadie puede entonces resistir eficazmente a Su voluntad. Quizá se diga: Esto es cierto en sentido abstracto, pero Cristo se niega a ejercer este poder, ya que jamás *forzará* a nadie a recibirle como Salvador. En cierto sentido esto es verdad, pero en otro es positivamente falso. La salvación de cualquier pecador *entra,* a pesar de todo, dentro de la esfera del poder divino. Por naturaleza, el pecador está enemistado con Dios, y nada sino el poder divino obrando en él puede *vencer* esta enemistad; por esto está escrito: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le *trajere*" (Juan 6:44). Es el poder divino venciendo la enemistad innata del pecador lo que hace que éste *quiera venir* a Cristo para tener vida. Mas esta enemistad no es vencida en todos; ¿por qué? ¿Es acaso porque la enemistad es *demasiado contumaz* para ser superada? ¿Hay quizá corazones tan endurecidos contra Cristo, que El *es incapaz* de forzar la entrada? Responder en sentido afirmativo sería *negar Su omnipotencia.* En último análisis, no es cuestión de que el pecador quiera o no quiera, pues por naturaleza *ninguno quiere.* El querer venir a Cristo es el resultado final del poder divino obrando en el corazón y la voluntad del hombre, y venciendo la "enemistad" humana inherente y crónica, como estó escrito: "Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de *tu poder*" (Salmo 110:3). Decir que Cristo *no puede* ganar para sí a los que no quieren es negar que le ha sido dada

toda potestad en los cielos y en la tierra. Decir que Cristo no puede usar su poder sin destruir la responsabilidad del hombre, es dar por sentado lo discutible, pues El *ha* usado este poder suyo y ha hecho que quisieran los que *han* venido a El. Y si hizo esto sin destruir *su* responsabilidad, ¿por qué "no puede" hacerlo con otros? Si puede ganar el corazón de un pecador para Sí, ¿por qué no el de otro? Decir, como suele hacerse, que los otros *no le dejan* es poner en tela de juicio Su suficiencia. Todo esto es cuestión de *Su* voluntad. Si el Señor Jesús ha decretado, deseado, resuelto la salvación de toda la humanidad, es que toda la raza humana *será salva,* pues de lo contrario, carecería del poder suficiente para hacer que se cumpliesen Sus propósitos; y en tal caso, nunca podría decirse "del trabajo de su alma *verá* y será *saciado*". La cuestión que se debate afecta a la deidad misma del Salvador, pues un Salvador *derrotado* no puede ser Dios.

Habiendo repasado algunos de los principios generales que exigen que creamos que la muerte de Cristo fue *limitada* en su designio, pasamos ahora a considerar algunas de las declaraciones explícitas de la Escritura que lo afirman de modo expreso. En aquel maravilloso e incomparable capítulo cincuenta y tres de Isaías, Dios nos dice tocante a Su Hijo: "De la cárcel y del juicio fue quitado; y su generación ¿quién la contará? Porque cortado fue de la tierra de los vivientes; *por la rebelión de mi pueblo fue herido*" (v. 8). En perfecta armonía con esto fue la palabra del ángel a José: "Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará *a su pueblo* de sus pecados (Mateo 1:21), es decir, no

meramente a Israel, sino a todos los que el Padre le había "dado". Nuestro Señor declaró: "El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate *por muchos*" (Mateo 20:28). Pero ¿por qué se dice "por muchos", si *todos sin excepción* están redimidos? Fue a "Su pueblo" a quien "redimió" (Lucas 1:68). Fue por "las ovejas", y no por los "cabritos", que el Buen Pastor dio Su vida (Juan 10: 11). Fue la "Iglesia de Dios" lo que compró con Su propia sangre (Hechos 20:28).

Si hay un texto en que especialmente desearíamos basar esta posición es el de Juan 11:49-52. Se nos dice que "Caifás, uno de ellos, sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda. Mas esto no lo dijo de sí mismo; sino que, como era el sumo pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por aquella nación, mas también para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban derramados". Se nos dice aquí que Caifás "*no* lo dijo de *sí mismo*" —es decir, como en tiempos del Antiguo Testamento (véase II Pedro 1:21)—, su profecía no tenía su origen en él, sino que habló siendo movido del Espíritu Santo; de esta manera, el valor de lo que dijo queda cuidadosamente preservado, y garantizada la procedencia divina de esta revelación. Además, se nos declara aquí concretamente que Cristo murió por "aquella nación", es decir, Israel, y también por el Un Cuerpo, Su Iglesia, pues es en la Iglesia que los hijos de Dios ("derramados" entre las naciones) están

siendo ahora "juntados en uno". ¿Y no es notable que los miembros de la Iglesia sean aquí llamados "hijos de Dios" aun antes que Cristo muriese, y por tanto antes de que comenzara a edificar Su Iglesia? La inmensa mayoría de ellos aún no habían nacido, pero eran considerados como "hijos de Dios"; hijos de Dios porque habían sido escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, y por tanto "predestinados *para ser adoptados* hijos por Jesucristo a sí mismo" (Efesios 1:4,5). De manera semejante, Cristo dijo: "*Tengo* (no dice "tendré") otras ovejas que no son de este redil" (Juan 10:16).

Si hubo un momento en que el verdadero designio de la Cruz llenaba de manera suprema el corazón y las palabras de nuestro bendito Salvador, fue durante la última semana de su ministerio en la tierra. ¿Qué dicen, pues, los textos que tratan de *esta* porción de su ministerio en relación con lo que estamos estudiando? Dicen: "Sabiendo Jesús que su hora había venido para que pasase de este mundo al Padre, *como había amado a los suyos* que estaban en el mundo, *amólos* hasta el fin" (Juan 13:1). "Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad" (Juan 17:19); lo cual significa que, por causa de los suyos, los que el Padre le había "dado", se separó para la muerte en la cruz. Uno desea preguntar: ¿Por qué tal distinción de términos si Cristo murió por todos los hombres sin discriminación?

Antes de concluir esta sección del presente capítulo consideraremos brevemente unos cuantos de aquellos pasajes que más enérgicamente *parecen* enseñar un de-

signio *ilimitado* en la muerte de Cristo. En II Corintios 5:14 leemos: "Uno murió *por todos*". Pero esto no es todo lo que esta porción afirma. Si se examina cuidadosamente el versículo y todo el pasaje de donde se citan estas palabras, se descubrirá que, en vez de enseñar una expiación ilimitada, constituye un enfático argumento de que hay un designio limitado en la muerte de Cristo. El versículo entero dice: "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: Que si uno murió por todos, luego todos son muertos". Conviene indicar que en el texto griego hay un artículo determinado antes del último "todos", y que el verbo aquí está en tiempo aoristo y por tanto debe decir: "Pensando esto: "Que si uno murió por todos, luego los todos murieron". El apóstol está aquí sacando una conclusión, según se desprende de las palabras "pensando esto: Que si... luego todos..." Lo que quiere decir es que aquellos por quienes uno murió son considerados, *judicialmente,* como habiendo muerto también. El versículo siguiente prosigue diciendo: "Y por todos murió, *para que* los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó *por ellos*". No solamente murió, sino que "resucitó", cosa que también hicieron "todos" aquellos por quienes murió, pues aquí se dice que "viven". Aquellos en lugar de quienes un sustituto actúa son considerados legalmente como si actuasen ellos en persona. Ante la ley, el sustituto y aquellos a quienes representa son una misma cosa. Así es a los ojos de Dios. Cristo fue identificado *con su pueblo* y su pueblo fue identificado con El; por lo cual, cuando El murió, ellos murieron (judicialmente), y cuando

resucitó, ellos resucitaron también. Pero además se nos dice en este pasaje (v. 17) que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; ha recibido una nueva vida, no sólo ante los ojos de la ley, sino también efectivamente; por lo cual, los "todos" por quienes Cristo murió reciben aquí el mandato de vivir en adelante no ya para sí, "mas para aquel que murió y resucitó por ellos". Dicho de otro modo, los que pertenecen a este "todos" por quienes Cristo murió, son exhortados aquí a manifestar prácticamente en sus vidas diarias lo que ahora son ante la ley: han de vivir "para Cristo que murió *por ellos*". Así se nos define el "uno murió *por todos*". Los "todos" por quienes Cristo murió son "los que viven", y a quienes aquí se manda que vivan "para El". Este pasaje enseña, pues, tres verdades importantes que, para mejor mostrar su alcance, mencionaremos en orden inverso: se exhorta aquí a ciertas personas a no vivir ya para ellas sino para Cristo. Aquellos a quienes va dirigida esta admonición son "los que viven", es decir, viven espiritualmente, o sea a los hijos de Dios, pues únicamente ellos de entre toda la humanidad poseen vida espiritual, estando los demás *muertos* en delitos y pecados. Los que *en verdad* así viven son aquellos, los "todos", por quienes Cristo murió y resucitó. Este pasaje enseña, por tanto, que Cristo murió por *todo Su pueblo,* los escogidos, los que el Padre le dio. Que como resultado de Su muerte (y resurrección "*por* ellos"), "viven" (siendo los escogidos los *únicos* que "viven" realmente de esta manera); y que esta vida que ya tienen a través de Cristo ha de ser vivida "para El"; el *amor* de Cristo debe ahora "constreñirles".

"Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres (no dice "el hombre", pues esto habría sido un término genérico y significado la humanidad. ¡Qué precisión la de la Sagrada Escritura!), Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo en *precio del rescate por todos,* para testimonio en sus tiempos" (I Timoteo, 2:5,6). Lo que quisiéramos comentar ahora son las palabras "el cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos". En la Biblia la palabra "todos" (cuando se aplica a la humanidad) se emplea en dos sentidos: absoluto y relativo. En algunos pasajes significa *todos sin excepción;* en otros significa *todos sin distinción.* El contexto y la comparación con textos paralelos son los que han de decidir cuál de estos significados tiene en un pasaje dado. El hecho de que la palabra "todos" *se usa* en un sentido *relativo y restringido,* y en tal caso significa todos sin distinción y *no* todos sin excepción, *se desprende* claramente de cierto número de textos, entre los cuales escogemos dos o tres como muestra. "Y salía a él toda la provincia de Judea, y los de Jerusalem; y eran todos bautizados por él en el río de Jordán, confesando sus pecados" (Marcos 1:5). ¿Significa esto que *todo hombre, mujer y niño* de "toda la provincia de Judea, y los de Jerusalem" eran bautizados por Juan en el Jordán? Claro que no. Lucas 7:30 dice claramente: "Mas los fariseos y los sabios de la ley, desecharon el consejo de Dios contra sí mismos, *no siendo bautizados de él*". Entonces, ¿qué significa "y eran todos bautizados por él"? Respondemos que *no significa todos* sin excepción, *sino* todos sin distinción, es decir, toda clase de hombres. La misma explicación

se aplica a Lucas 3:21. Leemos ahora: "Y por la mañana volvió al templo, y *todo el pueblo* vino a El; y sentado El, los enseñaba" (Juan 8:2) ¿hemos de entender esta expresión absoluta o relativamente? ¿Significa "todo el pueblo" todos sin excepción, o todos sin distinción, es decir, toda clase de personas? Evidentemente lo segundo, ya que el templo no podía acomodar a *todos* los que estaban en Jerusalem en aquel momento, o sea en la Fiesta de los Tabernáculos. Asimismo leemos en Hechos 22:15: "Porque has de ser testigo suyo *a todos los hombres*, de lo que has visto y oído". Evidentemente "todos los hombres" no significa aquí todos los miembros de la raza humana. Afirmemos, pues, que las palabras "el cual se dio a sí mismo en precio del rescate *por todos*" en I Timoteo 2:6 significan todos sin distinción, y *no* todos sin excepción. El se dio a sí mismo en precio del rescate por todas las nacionalidades, de todas las generaciones, de todas las clases; en resumen, por todos los elegidos, según leemos en Apocalipsis 5:9: "Porque Tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, *de todo* linaje y lengua y pueblo y nación". El hecho de que esto no es una definición *arbitraria del* "todos" de nuestro pasaje se demuestra en Mateo 20:28, donde leemos: "El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida *en rescate por muchos*", limitación que carecería por completo de significado si El se hubiera dado a sí mismo en precio del rescate por todos sin excepción. Además, han de tenerse en cuenta aquí las palabras limitativas "para testimonio en sus tiempos". Si Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por

toda la raza humana, ¿en qué sentido será esto *"testimonio* en sus tiempos", si multitud de hombres se perderán, de cierto, eternamente? Pero si nuestro texto significa que Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por los escogidos de Dios, por todos sin distinción de nacionalidad, posición social, moralidad, edad o sexo, entonces, el significado de estas palabras calificativas es perfectamente inteligible, pues en "sus tiempos" esto *será* "testimonio" en la salvación real y efectiva de *cada uno de ellos.*

"Empero vemos coronado de gloria y de honra, por el padecimiento de muerte, a aquel Jesús que es hecho un poco menor que los ángeles, para que por gracia de Dios *gustase la muerte por todos*" (Hebreos 2:9). Este pasaje no ha de detenernos mucho tiempo. En el texto griego, la frase está expresada en forma abstracta; "todos" no quiere decir "todos los hombres", pues no hay ninguna palabra que corresponda a "hombre". Algunos suponen que debería decir "todas las cosas" ("gustó la muerte por todas las cosas"), pero consideramos que esto sería una equivocación. Nuestra opinión es que las palabras que siguen a continuación explican nuestro texto: *"Porque* convenía que aquel por cuya causa son todas las cosas, y por el cual todas las cosas subsisten, habiendo de llevar a la gloria a muchos hijos, hiciese consumado por aflicciones al autor de la salud de ellos". Aquí el apóstol habla de *"hijos"*, y nosotros sugerimos la *elipsis* de la palabra "hijos" de la siguiente manera: "Gustó la muerte por todos", añadiéndose a continuación *los hijos* en bastardilla. Así, en vez de enseñar el designio ilimitado en la muerte de

Cristo, Hebreos 2:9-10 está en perfecto acuerdo con las demás porciones que hemos citado, y que ponen de relieve el propósito *restringido* de la expiación: fue por los "hijos" y no por la raza humana que nuestro Señor "gustó la muerte".

Al terminar esta sección del presente capítulo, digamos que la única limitación en la expiación por la cual hemos contendido, es la limitación que procede de la *soberanía* pura, una limitación, no de valor y virtud, sino de *designio* y *aplicación*. Pasemos ahora a considerar...

3. *La soberanía de Dios Espíritu Santo en la salvación*

Dado que el Espíritu Santo es una de las tres Personas de la bendita Trinidad, se infiere necesariamente que simpatiza plenamente con la voluntad y el designio de las otras Personas de la Divinidad. El *propósito* eterno del Padre en la elección, el *designio limitado* en la muerte del Hijo, y el *alcance* restringido de las operaciones del Espíritu Santo, concuerdan perfectamente. Si el Padre escogió a ciertas personas antes de la fundación del mundo y las dio a su Hijo, y si fue por ellas precisamente que Cristo se dio a sí mismo en precio de rescate, el Espíritu Santo no va a estar ahora obrando para "traer el mundo a Cristo". La misión del Espíritu Santo *en* el mundo hoy es *aplicar* los beneficios del sacrificio redentor de Cristo. La cuestión que ahora va a ocuparnos no es la *extensión* del *poder* del Espíritu Santo (sobre este punto no puede caber la menor duda de que es infinito); lo que procuraremos demostrar es que su poder y operaciones son *dirigidos* por la sabiduría y la soberanía divinas.

Acabamos de decir que el poder y las operaciones del Espíritu Santo son dirigidos por la sabiduría divina y su soberanía indiscutible. En prueba de esta afirmación, apelamos primeramente a las palabras de nuestro Señor a Nicodemo en Juan 3:8. "El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a donde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu." Se hace aquí una comparación entre el viento y el Espíritu. La comparación es *doble*: primeramente, ambos son *soberanos en sus acciones;* y en en segundo lugar, ambos son *misteriosos en sus operaciones.* La comparación se indica en la palabra "así". El primer punto de analogía se observa en las palabras "donde quiere" o "gusta"; y el segundo se halla en las palabras "no sabes". Como este último no es el que ahora nos interesa, pasaremos inmediatamente a considerar el primero.

"El viento *de donde quiere* sopla... *así* es todo aquel que es nacido *del Espíritu*". El viento es un elemento que el hombre no puede sujetar ni detener. El viento no consulta la voluntad del hombre ni puede ser regulado por sus inventos. El viento sopla cuando quiere, donde quiere y como quiere. El viento es controlado por la sabiduría divina, pero, en lo que afecta al hombre, es absolutamente *soberano* en sus operaciones. Así sucede con el Espíritu. A veces el viento sopla tan suavemente que apenas mueve una hoja, mientras en otras ocasiones lo hace con tal violencia que su rugido puede oírse en la lejanía. Lo mismo ocurre con el nuevo nacimiento: en algunos casos el Espíritu Santo procede tan apaciblemente, que su obra es imperceptible para

los espectadores humanos; en otros, su acción es tan poderosa, radical y revolucionaria, que sus operaciones son manifiestas a muchos. A veces el viento es puramente local en su alcance; en otras ocasiones su fuerza azota vastas áreas. Así es con el Espíritu: hoy actúa en una o dos almas, mañana, como en Pentecostés, puede compungir el corazón de toda una multitud.. Pero ya obre en pocos o en muchos, no consulta a hombre alguno. Actúa *como gusta.* El nuevo nacimiento es debido a la *voluntad soberana* del Espíritu.

Cada una de las tres Personas de la bendita Trinidad tiene que ver con nuestra salvación: con el Padre, la predestinación; con el Hijo, la propiciación; con el Espíritu, la regeneración. El Padre nos escogió; el Hijo murió por nosotros; el Espíritu nos da vida. El Padre pensó *en* nosotros; el Hijo derramó su sangre *por* nosotros, el Espíritu efectúa su obra *dentro* de nosotros. Es de la obra del Espíritu que nos estamos ocupando ahora; de su obra en el nuevo nacimiento, y particularmente de sus *operaciones soberanas* en este hecho. El Padre quiso nuestro nuevo nacimiento; el Hijo lo hizo posible (por su "trabajo"); pero es el Espíritu quien lo *llevó a cabo* para que "sea nacido *del Espíritu*" (Juan 3:6).

El nuevo nacimiento es exclusivamente obra de Dios Espíritu, y el hombre no tiene arte ni parte en su acaecimiento. Esto se debe a la misma naturaleza del caso. El nacimiento excluye totalmente la idea de un esfuerzo o trabajo por parte del que nace.. Personalmente no tenemos que ver con nuestro nacimiento espiritual mucho más que lo que tuvimos con el natural.

El nuevo nacimiento es una resurrección espiritual, un "pasar de muerte a vida" (Juan 5:24), y, evidentemente, la resurrección está totalmente *fuera* del dominio del hombre. Un cadáver no puede reanimarse a sí mismo, por lo cual está escrito: "El Espíritu (1) es el que da vida; la carne *nada* aprovecha" (Juan 6:63). Pero el Espíritu no "da vida" a todo el mundo; ¿por qué? La respuesta que suele darse a esta pregunta es: Porque no todo el mundo pone su confianza en Cristo. Se da por sentado que el Espíritu Santo da vida solamente a los que creen. Pero esto es poner el carro antes que el caballo. La fe no es la causa del nuevo nacimiento, sino la consecuencia del mismo. Esto no debiera precisar de argumentaciones. La fe (en Dios) es una planta exótica, algo que no se da en el corazón del hombre. Si la fe *fuese* producto natural del corazón, ejercicio de un principio común a la naturaleza humana, jamás se habría escrito "No es de todos la fe" (II Tesalonicenses 3:2). La fe es una gracia espiritual, fruto de la naturaleza espiritual, y puesto que los no regenerados están espiritualmente muertos, "muertos en delitos y pecados", se sigue la imposibilidad de que la fe proceda de ellos, pues un hombre muerto no puede creer nada. "Así que, los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:8); pero *podrían*, si fuera posible que la carne creyera. Con este texto que acabamos de citar compárese Hebreos 11:6. "Empero sin fe es imposible agradar a Dios." ¿Puede Dios "agradarse" o estar satisfecho con algo que no tenga su origen en Sí mismo?

(1) Con mayúscula en el inglés (N. del E.).

El hecho de que la obra del Espíritu Santo *precede* a nuestra fe lo determina sin que podamos llamarnos a engaño II Tesalonicenses 2:13: "Dios os haya escogido desde el principio para salud, por la santificación del Espíritu y fe de la verdad". Nótese que "santificación del Espíritu" viene primero y hace posible la "fe de la verdad". ¿Qué es, pues, la "santificación del Espíritu"? Respondemos: El *nuevo nacimiento*. En la Escritura, la "santificación" significa *siempre* "separación", separación de algo y hacia algo o hacia alguien. Ampliemos ahora nuestra afirmación de que la "santificación del Espíritu" corresponde al nuevo nacimiento e indica el efecto de éste en cuanto a la posición de uno.

He aquí un siervo de Dios que predica el Evangelio a una congregación en la que hay un centenar de personas no salvas. Les presenta su estado de ruina y perdición según lo declara la Escritura; les habla de Dios, de Su carácter y de Sus justas exigencias; les explica que Cristo las satisface, que el Justo muere por el injusto, y les declara que por "este Hombre" se predica ahora el perdón de los pecados. Termina instando a los perdidos a que crean lo que Dios ha dicho en Su Palabra y reciban a Su Hijo como único y suficiente Salvador. Ya acabó la reunión; la congregación se dispersa; noventa y nueve de los no salvos han rehusado venir a Cristo para que tengan vida, y salen hacia la noche sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero uno de los inconversos, el que hace cien, ha oído la Palabra de vida; la simiente sembrada ha caído en terreno que había sido preparado por Dios; cree las Buenas Nuevas, y va a su casa gozándose en que su nombre es-

tá escrito en los cielos. Ha "nacido de nuevo", y exactamente como un bebé recién nacido en el mundo natural, empieza su vida agarrándose instintivamente, en su impotencia, a su madre; así, esta alma recién nacida se ha aferrado a Cristo. De la misma manera que leemos: "Abrió el Señor" el corazón de Lidia "*para* que estuviese atenta a lo que Pablo decía" (Hechos 16:14), así, en el caso que hemos supuesto, el Espíritu Santo dio vida a este pecador antes de que creyera el mensaje del Evangelio (1). He aquí, pues, la "santificación del Espíritu": esta alma que ha nacido de nuevo, en virtud de su nuevo nacimiento ha sido *separada* de las otras noventa y nueve. Los nacidos de nuevo son *apartados* por el Espíritu de los que están muertos en delitos y pecados.

Pero continuemos con II Tesalonicenses 2:13: "Mas nosotros debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salud, por la santifica-

(1) La prioridad que se defiende arriba es más de orden natural que cronológico, de la misma manera que es preciso que el efecto sea precedido por la causa. Es preciso que los ojos del ciego sean abiertos antes de que pueda ver, y sin embargo no hay ningún intervalo de tiempo entre lo uno y lo otro. Tan pronto como sus ojos han sido abiertos, ve. Así también el hombre debe nacer de nuevo antes de que pueda "ver el reino de Dios" (Juan 3:3). Es necesario ver al Hijo para creer en El. La incredulidad se atribuye a la ceguera espiritual; los que no creyeron el "anuncio" del Evangelio, fue porque "no vieron hermosura" en Cristo para que le desearan. La obra del Espíritu, al "vivificar" al que está muerto en pecados, precede a la fe en Cristo, de la misma manera que la causa precede siempre al efecto. Pero tan pronto el corazón es vuelto hacia Cristo por el Espíritu, el pecador abraza al Salvador.

ción del Espíritu y fe de la verdad". El *orden* que siguen aquí los pensamientos es importantísimo y muy instructivo. Primeramente, la elección eterna de Dios; en segundo lugar, la santificación del Espíritu; y en tercer lugar, fe de la verdad. Precisamente se hallan en el mismo orden que en I Pedro 1:2: "Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo". Damos por sentado que la "obediencia" aquí es la "obediencia de la fe" (Romanos 1:5), que se apropia las virtudes de la sangre derramada del Señor Jesús. Vemos, pues, que *antes* de la "obediencia" (de la fe, véase Hebreos 5:9), viene la obra del Espíritu que nos aparta, y antes aún, y como origen, la elección de Dios Padre. Los "santificados del Espíritu" serán, pues, aquellos a quienes "Dios haya escogido desde el principio para salud" (II Tesalonicenses 2:13), los "elegidos según la presciencia de Dios Padre" (I Pedro 1:2).

El Espíritu Santo es soberano en sus operaciones, y su misión salvadora se limita a los escogidos de Dios: éstos son a quienes El "consuela", "sella", guía a toda verdad, y a quienes muestra las cosas que han de venir (1). La obra del Espíritu es *necesaria* para el cumplimiento total del propósito eterno de Dios. Hablando hipotéticamente, pero con reverencia, si Dios no hubiese hecho más que entregar a Cristo a la muerte por los

(1) Esto no es negar que el Espíritu obra, sin duda, y en cierto sentido, sobre aquellos que persisten en la incredulidad y finalmente perecen. El Espíritu puede "contender" con los impenitentes (Génesis 6:3), y los hombres pueden resistir a Sus operaciones (Hechos 7:51,52). Hay una obra

pecadores, ni uno solo se salvaría jamás. Para que un pecador vea la necesidad que tiene de un Salvador y quiera *recibir* al Salvador que necesita, se precisa indispensablemente, sobre él y en él, la obra del Espíritu Santo. Si Dios no hubiera hecho más que entregar a Cristo a la muerte por los pecadores, y luego enviar a sus siervos a proclamar la salvación por Cristo, dejando que los pecadores de por sí la aceptaran o rechazaran según *ellos* quisieran, *todos* la habrían *rechazado;* porque en lo íntimo todos los hombres odian a Dios y están en enemistad con El (Romanos 8:7). Por consiguiente, es necesario que haya una obra del Espíritu Santo para traer al pecador a Cristo, para vencer su oposición innata, y para inducirle a aceptar la provisión que Dios ha hecho. Por naturaleza, los elegidos de Dios son hijos de ira *como los demás* (Efesios 2:3), y como tales, sus corazones están enemistados con Dios. Pero esta "enemistad" de ellos es vencida por el Espíritu, y como consecuencia de Su obra regeneradora creen en Cristo. ¿No es, pues, evidente que la razón de que *otros* sean dejados fuera del reino de Dios no es solamente porque no quieren entrar, sino también porque el Espíritu Santo no ha procedido así con ellos? ¿No es manifiesto que el Espíritu Santo es *soberano* en el ejer-

---

general del Espíritu Santo sobre los que oyen la verdad, y que en algunos casos parece ser salvadora (Véase Mateo 13: 5,6,20,21), y sin embargo, debido a que la enemistad del corazón natural no ha sido quitada, esta obra no es eficaz. Y de la manera que todos los hombres están en enemistad con Dios, la obra del Espíritu sería ineficaz en todos si El no obrara de manera especial y regeneradora en los escogidos, capacitándoles para creer las verdades salvadoras que "el hombre animal no percibe" (I Corintios 2:14). (N. del E.).

cicio de su poder, y que así como el viento *"de donde quiere* sopla", también el Espíritu Santo *opera donde quiere?*

En resumen: Hemos procurado demostrar la perfecta armonía de los caminos de Dios: que cada una de las Personas de la Divinidad obra de acuerdo con las Demás. Dios Padre eligió a unos para salvación, Dios Hijo murió por los escogidos, y Dios Espíritu los vivifica. Bien podemos cantar:

"Load a Dios que derrama bendición a raudales;
loadle tierra toda, alzad un canto;
loadle todas huestes celestiales;
load al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

LA SOBERANIA DE DIOS EN OPERACION

"Porque de El, y por El, y en El, son todas las cosas. A El sea gloria por siglos. Amén" (Romanos 11:36).

¿Ha preordinado Dios todo lo que acaece? ¿Ha decretado El que lo que es, es lo que había de ser? Bien mirado, esto es sólo otra manera de preguntar: ¿Está Dios ahora *gobernando* el mundo, y a todos, y a todo lo que en él hay? Si, en efecto, es así, ¿lo gobierna de acuerdo con un propósito concreto, o lo hace sin objetivo y al azar? Y si lo gobierna conforme a un propósito, ¿cuándo fue formado ese propósito? ¿Está Dios cambiando continuamente su propósito y formando uno nuevo cada día, o estaba ya formado desde el principio? ¿Son las acciones de Dios como las nuestras, a tenor de las circunstancias, o son el resultado de su propósito eterno? Si Dios se formó un propósito antes de que el hombre fuese creado, ¿va a ejecutarse este propósito conforme a sus designios originales?, ¿obra El ahora con ese fin? ¿Qué dice la Escritura? Habla de Dios como Aquel "que hace *todas las cosas* según el consejo de su voluntad" (Efesios 1:11).

Es probable que pocos de los que lean este libro pongan en duda la afirmación de que Dios tiene conocimiento y presciencia de *todas las cosas*, pero quizá habría muchos que vacilarían en ir más lejos. Y sin embargo, ¿no se demuestra por sí mismo el hecho de que, si Dios *tiene presciencia* de todas las cosas, es que El ha *preordinado* también todas las cosas? ¿No es evi-

dente que Dios sabe por anticipado lo que será *porque El ha decretado lo que ha de ser?* La presciencia de Dios no es la *causa* de los acontecimientos, sino más bien los acontecimientos son el efecto de su propósito eterno. Cuando Dios ha decretado que algo *ha de ser, El sabe que será.* En la naturaleza de las cosas no puede haber nada conocido como lo que ha de ser, a menos que haya de ser *con seguridad;* y no hay nada que haya de ser *con seguridad* a menos que Dios haya *ordenado* que lo sea. Ilústrese esto por medio de la crucifixión. En este punto la enseñanza de la Escritura es tan luminosa como un rayo de sol. Cristo, como Cordero cuya sangre había de ser derramada, fue "ya ordenado de antes de la fundación del mundo" (I Pedro 1:20). Habiendo pues "ordenado" que el Cordero fuese inmolado, Dios sabía que El sería "llevado al matadero", y por consiguiente lo dio a conocer así por medio del profeta Isaías. El Señor Jesús no fue "entregado" porque Dios lo sabía anticipadamente, sino porque era su inmutable consejo y preordinación (Hechos 2:23). El conocimiento anticipado de los acontecimientos futuros está pues fundado en los decretos de Dios, por lo cual si Dios tiene presciencia de todo lo que ha de ser, es porque ha determinado en Sí mismo desde toda la eternidad todo lo que será: "Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras" (Hechos 15:18); lo cual demuestra que Dios *tiene un plan,* que Dios no empezó su obra impensadamente ni sin tener conocimiento de cómo se desarrollarían sus previsiones.

Dios creó todas las cosas. Nadie que acepte el testimonio de la Sagrada Escritura lo discutirá, ni se sen-

tirá inclinado a sostener que la obra de la creación fue una obra *accidental.* Dios formó primeramente el propósito de crear, y luego realizó el acto creativo en cumplimiento de dicho propósito. Todos los verdaderos cristianos harán suyas de buena gana las palabras del salmista, diciendo: "¡Cuán muchas son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con *sabiduría*". ¿Habrá quien acepte lo que acabamos de decir y niegue que Dios se propuso *gobernar* el mundo que creó? Evidentemente la creación del mundo no era el propósito final de Dios con respecto al mismo. Es obvio que El no se propuso simplemente crear el mundo y colocar al hombre en él, para luego abandonar a ambos a su suerte. Es preciso que se vea claramente que Dios tiene alguna gran finalidad o finalidades en su propósito, según corresponde a Sus infinitas perfecciones, y que El está actualmente gobernando el mundo con objeto de realizar estos fines. "El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Salmo 33:11).

"Acordaos de las cosas pasadas desde el siglo; porque yo soy Dios, y no hay más Dios, y nada hay a mí semejante; que anuncio lo por venir desde el principio, y desde antiguo lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quisiere" (Isaías 46:9,10). Podrían aducirse otros muchos pasajes para demostrar que Dios tiene muchos consejos con respecto a este mundo y respecto al hombre, y que estos consejos se realizarán sin lugar a dudas. Solamente cuando se consideran así podemos apreciar de modo inteligente las profecías de la Escritura. En la profecía,

el Dios poderoso ha condescendido a introducirnos en el recinto secreto de sus consejos eternos, dándonos a conocer lo que se ha propuesto hacer en el futuro. Los centenares de profecías que se hallan en el Antiguo y Nuevo Testamento no son tanto predicciones de lo que *va* a ocurrir como *revelaciones para nosotros de lo que Dios se ha propuesto que ha de acaecer.* ¿Sabemos por la profecía que la época actual, como todas las anteriores, va a terminar con la plena demostración del fracaso del hombre? ¿Sabemos que va a haber una universal apostasía de la verdad, una apostasía general? ¿Sabemos que el Anticristo ha de ser manifestado, y que logrará engañar al mundo entero? ¿Sabemos que la carrera del Anticristo será cortada, y que se pondrá fin a los desgraciados intentos del hombre para gobernarse a sí mismo, y que esto será por medio del regreso del Hijo de Dios? Si lo sabemos es porque todas estas cosas y centenares de ellas más forman parte de los decretos eternos de Dios que ahora nos son dados a conocer en la Palabra Profética más permanente, y porque es infaliblemente cierto que *todo* lo que Dios se ha propuesto ha de acontecer de forma inevitable.

¿Con qué gran propósito, pues, fueron creados este mundo y la raza humana? La respuesta de la Escritura es: "Todas las cosas ha hecho Jehová *por sí (para sí) mismo*" (Proverbios 16:64). Y también: "Tú creaste todas las cosas, y *por tu voluntad (para tu agrado)* tienen ser y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11). El fin supremo de la creación fue la manifestación de la gloria de Dios. Los cielos cuentan la gloria de Dios y la expansión denuncia la obra de sus manos, pero era por me-

dio del *hombre,* originalmente hecho a Su imagen y semejanza, que Dios se propuso primordialmente manifestar Su gloria. Pero, ¿cómo había de ser glorificado por el hombre el gran Creador? Antes de su creación, Dios previó la caída de Adam y la consiguiente ruina de su raza; por tanto, no podía haberse propuesto que el hombre le glorificaría persistiendo en estado de inocencia. Se nos enseña, pues, que Cristo fue "preordinado antes de la fundación del mundo" para ser el Salvador del hombre caído. La redención de los pecadores por medio de Cristo no fue una mera solución que Dios ideó, ni fue el medio de remediar una calamidad imprevista. No; fue una *pro-visión* divina, y, por tanto, cuando el hombre cayó, encontró la misericordia unida a la justicia.

Desde toda la eternidad, Dios se propuso que nuestro mundo fuese el escenario en que El desplegaría Su gracia y sabiduría multiformes en la redención de los pecadores perdidos: "Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme *a la determinación eterna,* que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor" (Efesios 3:10,11). Para la realización de este glorioso designio, Dios ha gobernado el mundo desde el principio, y seguirá haciéndolo hasta el fin. Como muy bien se ha dicho: "Jamás podremos entender la providencia de Dios sobre este mundo, a menos que la consideremos como una complicada máquina compuesta de diez mil piezas, dirigida en todas sus operaciones hacia un solo fin glorioso: *la demostración de la infinita sabiduría de Dios en la salvación de la Iglesia*", es decir,

los "llamados afuera". Todo lo demás en este mundo está subordinado a este propósito central. Captando esta verdad básica, el apostol, movido por el Espíritu Santo, fue llevado a escribir: "Por tanto, todo lo sufro por amor de los escogidos, para que ellos también consigan la salud que es en Cristo Jesús con gloria eterna" (II Timoteo 2:10). Lo que ahora deseamos considerar es la operación de la soberanía de Dios en el gobierno de este mundo.

Con respecto a la operación del gobierno de Dios sobre el mundo *material*, poco se precisa añadir. En capítulos anteriores hemos demostrado que la materia inanimada y todas las criaturas irracionales están absolutamente sometidas a la voluntad de su Creador. Si bien admitimos francamente que el mundo material parece estar gobernado por leyes que son estables y más o menos uniformes en sus operaciones, la Escritura, la historia y la observación nos obligan a reconocer el hecho de que Dios suspende estas leyes, y que actúa al margen de ellas cuando así le place hacerlo. Al enviar sus bendiciones o sus juicios sobre sus criaturas puede hacer que el mismo sol se detenga (Josué 10: 12-13), y que las estrellas en su curso luchen por su pueblo (Jueces 5:20); El puede enviar o retener "la lluvia temprana y la tardía" conforme a los dictados de su propia sabiduría infinita; puede herir con plaga o bendecir con salud. En resumen siendo Dios y Soberano absoluto no hay ninguna ley de la naturaleza que le limite, sino que gobierna el mundo material según mejor le parece.

Pero, ¿qué diremos del gobierno de Dios sobre *la familia humana*? ¿Qué revela la Escritura respecto al

modus operandi de su administración gubernamental sobre la humanidad? ¿Hasta qué punto y por medio de qué influencias controla Dios a los hijos de los hombres? Dividiremos nuestra respuesta a esta pregunta en dos partes, y consideraremos primeramente el método de Dios en su proceder para con los justos, sus elegidos; y luego su método en el proceder para con los impíos.

EL METODO DE DIOS EN SU PROCEDER PARA CON LOS JUSTOS

1. Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder *vivificante.*

Por naturaleza, ellos están espiritualmente muertos, muertos en delitos y pecados, y su necesidad primordial es la vida espiritual, pues "el que no naciere otra vez, no *puede ver* el reino de Dios" (Juan 3:3). En el nuevo nacimiento, Dios nos pasa de muerte a vida (Juan 5:24). Nos imparte su propia naturaleza (II Pedro 1:4). Nos libra del poder de las tinieblas y nos traslada al reino de Su amado Hijo (Colosenses 1:13). Ahora bien, porque es evidente que esto no lo podemos hacer por nosotros mismos, pues somos "flacos" (Romanos 5:6), está escrito: "Somos *hechura suya,* creados en Cristo Jesús" (Efesios 2:10).

En el nuevo nacimiento somos hechos participantes de la naturaleza divina: nos es comunicado un principio, una "semilla', una vida que es "nacida del Espíritu", y que por lo tanto "es espíritu"; y que por ser nacida del Espíritu Santo, *es santa.* Sin esta naturaleza divina y santa que se nos imparte en el nuevo naci-

miento, es absolutamente imposible para el hombre el producir un impulso espiritual, el formar un concepto espiritual, el tener un pensamiento espiritual, el entender las cosas espirituales, y mucho menos el ocuparse en obras espirituales. "Sin santidad nadie verá al Señor", pero el hombre natural no tiene ni siente deseo alguno de santidad, ni quiere la provisión que Dios ha hecho. ¿Orará, procurará, contenderá, pues, por aquello que le desagrada? Desde luego que no. Por tanto, si un hombre "sigue" verdaderamente lo que por naturaleza detesta de todo corazón, si ama ahora a Aquel a quien en otro tiempo odiaba, es porque en él ha tenido lugar un cambio milagroso; en él ha obrado un poder externo a sí mismo, le ha sido impartida una naturaleza totalmente distinta de la que tenía; por lo cual está escrito: "De modo que si alguno está en Cristo, *nueva criatura es*: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (II Corintios 5:17). Esta persona que acabamos de describir ha pasado de muerte a vida, ha sido vuelta de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios (Hechos 26:18). No hay otra manera de explicar el gran cambio.

El nuevo nacimiento es muchísimo más que derramar simplemente unas cuantas lágrimas debido un remordimiento temporal por el pecado. Es mucho más que cambiar nuestra manera de vivir, abandonar malos hábitos y adquirirlos buenos. No es la mera afición y práctica de los ideales nobles. Es algo mucho más hondo que dar un paso al frente para estrechar la mano de algún evangelista popular, firmar una tarjeta de testimonio o aceptación, o "unirse a la iglesia". El nuevo

nacimiento no consiste meramente en volver la página, sino en la incepción y recepción de nueva vida. No es mera reforma, sino transformación completa. En resumen, el nuevo nacimiento es un milagro, resultado de la operación sobrenatural de Dios. Es radical, revolucionario, duradero.

He aquí, pues, lo primero que a su tiempo hace Dios en sus escogidos: Toma a los que están espiritualmente muertos y los resucita a novedad de vida. Toma a uno que había sido concebido en pecado y formado en iniquidad, y lo hace conforme a la imagen de su Hijo. Toma un cautivo del Diablo y hace de él un miembro de la casa de la fe. Recoge un mendigo y lo hace coheredero con Cristo. Se allega a uno que está lleno de enemistad contra El y le da un nuevo corazón que está lleno de amor por El. Se inclina hasta uno que es por naturaleza rebelde y obra en él el querer y el hacer por Su buena voluntad. Por Su poder irresistible transforma un pecador en un santo, un enemigo en un amigo, un esclavo del Diablo en un hijo de Dios. No es extraño que nos sintamos movidos a decir:

"Cuando mi alma naciente reconoce
la grandeza de tu misericordia,
absorto ante su vista, se deshace
en darte todo amor, honor y gloria".

2. Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder *fortalecedor.*

El apóstol oró a Dios por los santos de Efeso para que los ojos de su entendimiento fuesen iluminados, para que, entre otras cosas, pudiesen conocer cuál era

"aquella supereminente grandeza de su poder *para con nosotros los que creemos*" (Efesios 1:19), y para que pudiesen ser "corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu" (3:16). De esta manera, los hijos de Dios son capacitados para pelear la buena batalla de la fe, y para contender con las fuerzas adversarias que constantemente les hostigan. Ellos de por sí no tienen fuerza alguna: no son más que "ovejas". La oveja es uno de los animales más indefensos que existen; pero la promesa es firme: "El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas." (Isaías 40:29).

Es este poder fortalecedor que Dios ejerce sobre y en los justos el que les permite servirle aceptablemente. Como dijo el profeta de la antigüedad: "Yo empero estoy lleno de fuerza *del Espíritu de Jehová*" (Miqueas 3:8). Y nuestro Señor dijo a sus apóstoles: "*Recibiréis el poder* del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros" (Hechos 1:8); y así fue, pues de estos mismos hombres leemos luego: "Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder; y gran gracia era en todos ellos" (Hechos 4:33). Así ocurrió también con el apóstol Pablo: "Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y de poder" (I Corintios 2:4). Pero el alcance de este poder no se limita solamente al servicio, pues leemos en II Pedro 1:3: "Como *todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad* nos sean dadas de su divina potencia, por el conocimiento de aquel que nos ha llamado por su gloria y virtud". He aquí, pues, que las di-

versas gracias del carácter cristiano, "caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza", al ser llamadas "el fruto *del Espíritu*" (Gálatas 5:22), son atribuidas directamente al mismo Dios. Compárese II Corintios 8:16.

3. Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder *directivo.*

Antaño condujo a su pueblo a través del desierto, dirigiendo sus pasos, de día por medio de una columna de nube, y de noche por una columna de fuego; y en nuestros días, Dios continúa dirigiendo a sus santos, si bien actualmente esta dirección es más interna que externa. "Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; El nos *guiará* aun más allá de la muerte" (Salmo 48:14), y nos "guiará" obrando en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. Que Dios nos guía en la forma indicada se desprende claramente de las palabras del apóstol en Efesios 2:10: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, *las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas*". Así, toda ocasión de jactancia desaparece, y Dios obtiene toda la gloria, pues hemos de decir con el profeta: "Jehová, Tú nos depararás paz; *porque también obraste en nosotros todas nuestras obras*" (Isaías 26:12). Cuán verdadero es, pues, que "el corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová *endereza sus pasos*" (Proverbios 16:9). Compárese Salmo 65:4, y Ezequiel 36:27.

4. Dios ejerce sobre sus escogidos una influencia o poder *preservador.*

Muchos son los textos que ponen de relieve esta bendita verdad. "Guarda El las almas de sus santos, de mano de los impíos los libra" (Salmo 97:10). "Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara sus santos: *para siempre serán guardados;* mas la simiente de los impíos será extirpada" (Salmo 37:28). "Jehová guarda a *todos* los que le aman; empero destruirá a todos los impíos" (Salmo 145: 20). Es innecesario multiplicar los textos o argumentar en este punto en cuanto a la responsabilidad y la fidelidad del creyente: no podemos "perseverar" *sin que* Dios nos preserve, como tampoco podemos respirar cuando Dios cesa de darnos aliento. *Somos "guardados en la virtud de Dios* por fe, para alcanzar la salvación que está aparejada para ser manifestada en el postrimero tiempo" (I Pedro 1:5). Véase I Crónicas 18:6. Nos falta ahora considerar

EL METODO DE DIOS EN SU PROCEDER PARA CON LOS IMPIOS

Al considerar el proceder gubernamental de Dios para con los no escogidos, hallamos que ejerce sobre ellos una cuádruple influencia o poder, en cuya exposición adoptaremos las bien definidas divisiones sugeridas por el doctor Rice:

1. Dios ejerce, a veces, sobre los impíos una influencia *restrictiva* por la cual les *impide* ejecutar lo que por naturaleza se sienten inclinados a hacer.

Un ejemplo notable de esto lo tenemos en Abimelec, rey de Gerar. Abraham descendió a Gerar, y temeroso de que lo matasen por causa de su esposa, le dio

instrucciones para que se hiciera pasar por hermana suya. Creyendo que no era casada, Abimelec envió y tomó a Sara; y entonces se nos dice cómo Dios empleó Su poder para proteger el honor de ella: "Y díjole Dios en sueños: Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto; y *Yo también te detuve de pecar contra mí,* y así *no te permití que la tocases*" (Génesis 20:6). De no haberse interpuesto Dios, Abimelec habría deshonrado gravemente a Sara, pero el Señor lo detuvo y no permitió que llevase a cabo los intentos de su corazón.

Un ejemplo similar lo hallamos en el caso de José y en la forma en que sus hermanos lo trataron. Debido a la preferencia que Jacob sentía por él, sus hermanos "le odiaban", y cuando creyeron tenerlo en su poder "proyectaron contra él para *matarlo*" (Génesis 37: 18). Pero Dios no permitió que llevaran a cabo sus malos propósitos. Primeramente movió a Rubén a librarlo de las manos de ellos, y luego hizo que Judá sugiriera venderlo como esclavo a los ismaelitas que pasaban, quienes lo llevaron a Egipto. El hecho de que fue Dios quien abortó aquellos malvados planes es evidente por las palabras del propio José, cuando unos años más tarde se dio a conocer a sus hermanos: "Así pues, no me enviasteis vosotros acá, *sino Dios*" (Génesis 45: 8).

La influencia restrictiva que Dios ejerce sobre los impíos fue notablemente ejemplificada en la persona de Balaam, el profeta pagado por Balac para maldecir a los israelitas. No se puede leer el relato inspirado sin descubrir que, de haber sido dejado a su intento, Ba-

laam hubiera aceptado sin vacilar y con toda seguridad la oferta de Balac. Hasta qué punto Dios restringió los impulsos de su corazón se aprecia en sus propias palabras: "¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Y por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado? ... He aquí, yo he tomado bendición; y El bendijo, y no podré revocarla" (Números 23:8,20).

No solamente ejerce Dios una influencia restrictiva sobre los impíos individualmente, sino que también lo hace sobre pueblos enteros. En Exodo 34:24 se halla una notable ilustración de lo que acabamos de decir: "Porque yo arrojaré las gentes de tu presencia, y ensancharé tu término; *y ninguno codiciará tu tierra,* cuando tú subieres para ser visto delante de Jehová tu Dios tres veces en el año". Todo varón israelita, por mandamiento de Dios, abandonaba su hogar y su heredad, y tres veces al año efectuaba un viaje a Jerusalem, para guardar las Fiestas de Jehová. Y en el texto citado se nos enseña que El les prometió guardar sus hogares indefensos *restringiendo* los designios y deseos codiciosos de sus vecinos paganos mientras ellos estuviesen en Jerusalem.

2. Dios ejerce a veces sobre los impíos una influencia *suavizadora* que los inclina, en contra de su propensión natural, a obrar para fomentar *Su* causa.

Nos hemos referido antes a la historia de José como ilustración del hecho de que Dios ejerce una influencia *restrictiva* sobre los impíos; pero observemos ahora sus experiencias en Egipto como ejemplo de nuestra afirmación de que Dios ejerce también una influencia *suavizadora* sobre los injustos. Se nos dice que mien-

tras estaba en casa de Potifar "Jehová fue con José". Su amo vio que Jehová era con él, por lo cual, "halló José gracia en sus ojos y él le hizo mayordomo de su casa" (Génesis 39:2,4). Más tarde, cuando José fue injustamente echado en la cárcel, se nos dice: "Mas Jehová fue con José, y extendió a él su misericordia, y *diόle gracia en ojos del principal de la casa de la cárcel*" (Génesis 39:21), por lo cual, el principal de la casa de la cárcel le mostró mucha bondad y honra. Finalmente, después de salir de la prisión, se nos enseña en Hechos 7:10 que Jehová *"le dio gracia y sabiduría en la presencia* de Faraón, rey de Egipto; el cual le puso por gobernador sobre Egipto, y sobre toda su casa".

En la manera en que la hija de Faraón trató al niño Moisés se aprecia una prueba igualmente sorprendente del poder de Dios para derretir los corazones de sus enemigos. El incidente es bien conocido. Faraón había publicado un edicto ordenando el exterminio de todo hijo varón de los israelitas. A cierto levita le había nacido un hijo que durante tres meses fue ocultado por su madre. No pudiendo ya seguir escondiendo al niño Moisés, lo puso en una arquilla de juncos, y lo dejó en la orilla del río. La arquilla fue descubierta nada menos que por la hija del rey, la cual había descendido al río para bañarse; pero en vez de hacer caso del impío decreto de su padre y echar el niño al río, se nos dice ¡que *"tuvo compasión de él"!* (Exodo 2:6). Por tanto, aquella joven vida quedó a salvo, y más tarde Moisés llegó a ser el hijo adoptivo de esta princesa.

Dios tiene acceso a los corazones de todos los hombres y puede ablandarlos conforme a Su propósito so-

berano. El profano Esaú juró vengarse de su hermano por el engaño que había cometido con su padre, pero cuando volvió a verse con Jacob, en vez de matarlo, Esaú "echóse sobre su cuello, y le besó" (Génesis 33:4). Acab, el débil e impío consorte de Jezabel, se airó locamente contra el profeta Elías, a cuyas palabras los cielos habíanse cerrado por tres años y medio; tan enojado estaba contra aquel a quien consideraba como enemigo, que lo buscó por toda nación y reino, y cuando no pudo ser hallado, "conjuró" (I Reyes 18:10). Pero cuando estuvieron frente a frente, en vez de matar al profeta, Acab obedeció a Elías y "envió a todos los hijos de Israel, y juntó los profetas en el monte de Carmelo" (v. 20). Asimismo, Ester la judía, a punto de entrar en la cámara del augusto monarca medopersa, dijo que aquello "no era conforme a la ley" (Ester 4:16). Entró esperando "perecer", mas se nos dice que *obtuvo gracia en sus ojos;* y el rey extendió a Ester el centro de oro" (5:2). Otro caso lo tenemos en el joven Daniel cautivo en una corte extranjera. El rey "asignó" una ración diaria de comida y bebida para él y sus compañeros. Pero Daniel se propuso en su corazón no contaminarse con aquella comida, decisión que hizo saber a su señor, el príncipe de los eunucos. ¿Qué ocurrió? Aquel príncipe era pagano, y "temía" al rey. ¿Se opuso, por tanto, a Daniel y exigió airadamente que sus órdenes fuesen prontamente ejecutadas? No; pues leemos: *"Y puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el príncipe de los eunucos"* (Daniel 1:9).

"Como los repartimientos de las aguas, así está el

corazón del rey en la mano de Jehová: a todo lo que quiere lo inclina" (Proverbios 21:1). En Ciro, el rey pagano de Persia, tenemos una notable ilustración de esta gran verdad. El pueblo de Dios estaba cautivo, pero el plazo predicho de su cautividad estaba casi expirando. Desde hacía mucho tiempo, el templo de Jerusalem yacía en ruinas, y los judíos estaban deportados en un país lejano. ¿Qué esperanza había, pues, de que la casa del Señor fuese reconstruida? Obsérvese ahora lo que Dios hizo: "En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, *excitó Jehová el espíritu de Ciro* rey de Persia, el cual hizo pasar pregón por todo su reino, y también por escrito, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalem, que está en Judá" (Esdras 1:1,2). Recuérdese que Ciro era pagano, y según testimonio de la historia secular hombre muy impío; pero el Señor lo movió a publicar este edicto para que Su Palabra, dada por medio de Jeremías setenta años atrás, pudiera cumplirse. En Esdras 7:27 se halla una ilustración similar, cuando Esdras, al terminar y adornar la casa que Ciro había mandado erigir, da gracias por lo que Dios ha hecho que el rey Artajerjes hiciera. "Bendito Jehová, Dios de nuestros padres, que puso tal cosa en el corazón del rey, para honrar la casa de Jehová que está en Jerusalem" (Esdras 7:27).

3. Dios ejerce a veces sobre los impíos una influencia *encauzadora,* logrando que del mal que intentaban hacer resulte el bien. Una vez más volvemos a

la historia de José como caso explicativo. Al vender a José a los ismaelitas, sus hermanos estaban movidos por motivos crueles y despiadados. Su objeto era deshacerse de él, y el paso de estos mercaderes viajeros les ofreció una manera fácil de llevarlo a cabo. Para ellos aquel asunto no significaba otra cosa que ganar unas cuantas monedas con la venta de aquel noble jovencito. Pero obsérvese cómo Dios estaba secretamente obrando y dirigiendo a bien sus acciones impías. La providencia ordenó que estos ismaelitas pasaran en el momento preciso para impedir que José fuese asesinado por sus hermanos quienes ya habían deliberado juntos para matarlo. Además, se dirigían hacia Egipto, que era precisamente el país al que Dios se había propuesto enviar a José, a quien ellos compraron, exactamente cuando lo hicieron, *por orden* de Dios. El hecho de que la mano del Todopoderoso estaba en este incidente, que el desarrollo de los sucesos era algo más que una mera coincidencia afortunada, es evidente por las palabras que José dirigió a sus hermanos tiempo después: "*Dios me envió* delante de vosotros, para que vosotros quedaseis en la tierra, y para daros vida por medio de grande salvamento" (Génesis 45:7).

Otra ilustración igualmente notable de que *Dios dirige a los impíos* se halla en Isaías 10:5-7. "Oh Asiria, vara y bastón de mi furor: en su mano he puesto mi ira. *Mandarélo* contra una gente fementida, y sobre el pueblo de mi ira lo enviaré, para que quite despojos, y arrebate presa, y que lo ponga a ser hollado como lodo de las calles. *Aunque él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera;* sino que su pensa-

miento será desarraigar y cortar gentes no pocas". El rey de Asiria había decidido ser un conquistador del mundo, "cortar gentes no pocas". Pero Dios *dirigió y controló* su codicia y ambición guerrera, e hizo que su atención se concentrara en aquel tiempo en la conquista de la insignificante nación de Israel. Semejante tarea no era lo que ocupaba el corazón del orgulloso rey, "el no lo pensará así", pero *Dios* le dio este encargo y no pudo hacer otra cosa que cumplirlo. Véase también Jueces 7:22.

El ejemplo supremo de la influencia controladora y encauzadora que Dios ejerce sobre los impíos, es *la cruz de Cristo* con todas las circunstancias que la acompañan. Si hay una ocasión en que de modo supremo pudo presenciarse la providencia *directiva* de Dios, fue aquella. Desde toda la eternidad Dios había predestinado cada uno de los detalles de aquel evento de eventos. Nada se dejó a la suerte ni al capricho del hombre. Dios había decretado cuándo, dónde y cómo su bendito Hijo había de morir. Gran parte de lo que se había propuesto tocante a la crucifixión había sido dado a conocer a través de los profetas del Antiguo Testamento, y en el *cumplimiento* exacto y literal de estas profecías tenemos pruebas evidentes y demostración plena de la influencia ordenadora y encauzadora que Dios ejerce sobre los impíos. Nada ocurrió fuera de como Dios lo había ordenado, y *todo* cuanto había ordenado sucedió exactamente como El lo había propuesto. ¿Había sido decretado (y dado a conocer en la Escritura) que el Salvador sería traicionado por uno de sus propios discípulos, por el "hombre de su paz"? (Véase

Salmo 41:9 y Mateo 26:50). He aquí que fue Judas el discípulo quien lo vendió. ¿Habíase decretado que el traidor recibiría por su horrible perfidia treinta piezas de plata? He aquí que los principales de los sacerdotes fueron movidos a ofrecerle precisamente esta suma. ¿Habíase decretado que esta paga de la traición sería empleada con un fin particular, a saber, la compra del campo del alfarero? He aquí que la mano de Dios dirigió a Judas a devolver el dinero a los príncipes de los sacerdotes, y guió su "consejo" (Mateo 27:7), de tal manera que fue esto precisamente lo que hicieron. ¿Habíase decretado que habría quienes serían "testigos falsos" contra nuestro Señor? (Salmo 35:11). He aquí que los tales se levantaron. ¿Habíase decretado que el Señor de gloria sería blanco de "injurias y esputos"? (Isaías 50:6). He aquí, no faltaron quienes fueron lo suficientemente viles como para hacerlo. ¿Habíase decretado que el Salvador sería "contado con los transgresores"? He aquí que Pilatos, sin saberlo, y dirigido por Dios, dio órdenes para que fuese crucificado junto a dos ladrones. ¿Habíase decretado que le sería dado a beber vinagre estando colgado en la cruz? He aquí que este decreto de Dios fue cumplido al pie de la letra. ¿Habíase decretado que los soldados despiadados echarían suertes sobre sus vestidos? He aquí que eso fue lo que hicieron. ¿Habíase decretado que ninguno de sus huesos sería quebrantado? (Exodo 12:46; Números 9:12). He aquí que la mano ordenadora de Dios que permitió que los soldados romanos rompieran las piernas de los ladrones, les impidió hacerlo con nuestro Señor. ¡Ah!, no había suficientes soldados en todas las

legiones romanas, ni suficientes demonios en todas las huestes de Satanás, para quebrantar un solo hueso del cuerpo de Cristo. ¿Por qué? Porque el Soberano Todopoderoso había decretado que ningún hueso *había de serle* roto. ¿Es necesario continuar este párrafo? ¿Acaso el cumplimiento exacto y literal de todo lo que la Escritura había predicho en relación con la crucifixión no demuestra por encima de toda controversia que un poder omnipotente estaba *dirigiendo* y *supervisando* todo lo que se hizo en aquel Día entre los días?

4. Asimismo, Dios *endurece* los corazones de los impíos y *ciega* sus mentes.

"¡Que *Dios* endurece los corazones de los hombres? ¡Que *Dios* ciega las mentes de los hombres?" Sí, así lo dice la Escritura. En el desarrollo de este tema de la soberanía de Dios en operación, reconocemos haber llegado ahora al más solemne de sus diversos aspectos. Al pisar este terreno, y más que nunca, necesitamos atenernos estricta y verdaderamente a las palabras de la Sagrada Escritura. No permita Dios que vayamos una pulgada más lejos que su Palabra, mas quiera El asistirnos con su gracia para llegar *hasta donde* llega. Cierto es que las cosas secretas pertenecen a Jehová, pero también es cierto que las cosas reveladas en la Escritura nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos.

"Volvió el corazón de ellos para que *aborreciesen* a Su pueblo, para que contra Sus siervos *pensasen mal*" (Salmo 105:25). Se trata aquí de la estancia de los descendientes de Jacob en tierra de Egipto, cuando, después de la muerte del faraón que había acogido al

patriarca y su familia, "levantóse entretanto nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José". En su época, los hijos de Israel "fueron aumentados... en extremo" de tal forma que eran más y más fuertes que los del faraón. Fue entonces cuando Dios "volvió el corazón de ellos para que aborreciesen a Su pueblo".

La consecuencia del "odio" de los egipcios es perfectamente conocida: los sometieron a cruel esclavitud y los pusieron bajo implacables comisarios de tributos hasta que su suerte llegó a ser insoportable. Impotentes y sumidos en la miseria, los israelitas clamaban a Jehová, quien respondiendo a su clamor designó a Moisés para que fuese su liberador. Dios se revelo a Su siervo escogido, le dio algunas señales milagrosas que había de exhibir en la corte egipcia, y luego le mandó ir a Faraón y exigir que los israelitas recibiesen autorización para ir camino de tres días por el desierto para adorar a Jehová. Pero antes de que Moisés iniciara su viaje Dios le advirtió respecto a Faraón: "Endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo" (Exodo 4:21). Si se pregunta *¿Por qué* endureció Dios el corazón de Faraón?, la respuesta que la propia Escritura nos da es ésta: Para mostrar en él *Su potencia* (Romanos 9:17); o dicho de otro modo, para que Jehová pudiese demostrar Su gloria derribando a este altivo y poderoso monarca. Si se preguntara aún: ¿Por qué *escogió* Dios *este método* para manifestación de Su poder?, la respuesta habría de ser que, siendo Dios soberano, se reserva el derecho de actuar como quiere.

No solamente se nos dice que Dios endureció el corazón de Faraón, de modo que no quiso dejar salir

a los israelitas, sino que, después de que Dios hubo azotado el país tan severamente con las plagas (por lo cual, aunque de mala gana, el permiso fue concedido), y de que todos los primogénitos de Egipto fueron muertos, y de que Israel hubo salido de la tierra de esclavitud, Dios dijo a Moisés: "Y Yo, he aquí *Yo endureceré el corazón de los egipcios,* para que los sigan: y yo me glorificaré en Faraón, y en todo su ejército, y en sus carros, y en su caballería; y sabrán los egipcios que Yo soy Jehová, cuando me glorificaré en Faraón, en sus carros, y en su gente de a caballo" (Exodo 14:17, 18).

Lo mismo ocurrió luego en relación con Sehón, rey de Hesbón, por cuyo territorio tenía que pasar Israel en su éxodo hacia la tierra prometida. Repasando su historia, Moisés dijo al pueblo: "Mas Sehón rey de Hesbón no quiso que pasásemos por el territorio suyo; *porque Jehová tu Dios había endurecido su espíritu, y obstinado su corazón* para entregarlo en tu mano" (Deuteronomio 2:30).

Lo mismo acaeció cuando Israel hubo entrado en Canaán. Leemos: "No hubo ciudad que hiciese paz con los hijos de Israel, sacados los heveos, que moraban en Gabaón: todo lo tomaron por guerra. Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, antes fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés" (Josué 11:19, 20). Por otros textos aprendemos por qué Dios se propuso "destruir" a los cananeos: por su tremenda impiedad y corrupción.

Mas la revelación de esta solemne verdad no está limitada solamente al Antiguo Testamento. En Juan 12:37-40 leemos: "Empero habiendo hecho delante de ellos tantas señales, no creían en El. *Para que se cumpliese el dicho que dijo el profeta Isaías*: ¿Señor, quién ha creído a nuestro dicho? ¿Y el brazo del Señor, a quién es revelado? *Por esto no podían creer,* porque otra vez dijo Isaías: *Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; porque no vean* con los ojos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y Yo los sane". Es preciso observar cuidadosamente aquí que aquellos cuyos ojos Dios "cegó" y cuyo corazón El "endureció" eran hombres que deliberadamente habían despreciado la Luz y rechazado el testimonio del Hijo de Dios.

De modo similar leemos en II Tesalonicenses 2:11, 12. "Por tanto, pues, *les envía Dios operación de error,* para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad". El cumplimiento de este texto es aún futuro. Lo que Dios hizo a los judíos de la antigüedad va a hacerlo de nuevo a la cristiandad. De la misma manera que los judíos de los días de Cristo menospreciaron Su testimonio, y por eso fueron "cegados", así también Dios enviará "operación de error" a una cristiandad culpable que ha rechazado la verdad, para que crea a la mentira.

¿Está Dios en realidad gobernando el mundo? ¿Está ejerciendo Su gobierno sobre la familia humana? ¿Cuál es el *modus operandi* de Su administración gubernamental sobre la raza humana? ¿Hasta qué punto y por qué medios controla El a los hijos de los hom-

bres? ¿*Cómo* ejerce Su influencia sobre los impíos, visto que sus corazones están en enemistad con El? Estas son algunas de las preguntas que hemos procurado responder por medio de la Escritura en las secciones anteriores de este capítulo. Sobre sus propios escogidos, Dios ejerce una influencia vivificadora, fortalecedora, directora, y preservadora. Sobre los impíos, Dios ejerce una fuerza restrictiva, suavizadora, encauzadora, endurecedora y cegadora, conforme a los dictados de Su propia sabiduría y justicia infinitas, y para cumplimiento de Su propio propósito eterno. Los decretos de Dios se *están* cumpliendo. Lo que El ha ordenado está realizándose. *La impiedad del hombre tiene un límite.* Los límites de las malas acciones y de los malhechores han sido divinamente establecidos y no pueden ser rebasados. Aunque muchos lo ignoran, todos los hombres buenos y malos, están bajo la jurisdicción y la absoluta administración del Soberano Supremo. ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! (Apocalipsis 19:6); ¡reina sobre todos!

LA SOBERANIA DE DIOS Y LA VOLUNTAD DEL HOMBRE

"Porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2:13).

En lo que se refiere a la naturaleza y poder de la voluntad del hombre caído, predomina hoy día gran confusión, y se sostienen los puntos de vista más erróneos, aun por parte de muchos hijos de Dios. La idea popular que actualmente prevalece, y que se enseña desde la mayoría de los púlpitos, es que el hombre tiene "libre albedrío", y que la salvación viene al pecador por la cooperación entre su *voluntad* y el Espíritu Santo. Negar el "libre albedrío" del hombre, es decir, su poder para escoger lo bueno, su capacidad nata para aceptar a Cristo, es desacreditarse en seguida, incluso ante muchos de los que profesan ser ortodoxos. Pero la Escritura dice enfáticamente "*No es* del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia". (Romanos 9:16). Asimismo la Palabra declara explícitamente "*No* hay *quien busque* a Dios" (Romanos 3: 11). ¿Acaso Cristo no dijo a los hombres de su tiempo: "*No queréis* venir a mí, para que tengáis vida" (Juan 5:40)? (1). Sí, pero algunos *sí* "vinieron" a El, algunos *sí* le recibieron. Cierto, ¿y quiénes eran? Juan 1:12, 13 nos lo dice: "Mas a todos los que le recibie-

(1) Nótese que estas palabras de Jesús encierran una afirmación, no una pregunta ni, mucho menos, una invitación (Nota del Editor).

ron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: los cuales no son *engendrados* de sangre, *ni de voluntad* de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios".

Pero, ¿no enseña la Escritura que "el que quiera, venga"? Sí que lo enseña, pero, ¿significa esto que todo el mundo quiere venir? ¿Qué diremos de los que *no quieren venir?* "El que quiera venga" no quiere decir que el hombre caído tenga en sí poder *para* venir, como "extiende tu mano" no significaba que el hombre de la mano seca tenía capacidad en sí mismo para obedecer. En sí mismo y por sí mismo el hombre natural tiene poder para rechazar a Cristo, pero no para recibirlo. ¿Y por qué? Porque su mente es "enemistad contra" El (Romanos 8:7); porque tiene un corazón que le aborrece (Juan 15:18). El hombre escoge lo que es conforme a su naturaleza, y por tanto, antes que escoja o prefiera lo que es divino y espiritual, es preciso que le sea impartida una nueva naturaleza; dicho de otro modo, *es preciso* que nazca de nuevo.

Empero puede preguntarse: ¿No *vence* el Espíritu Santo la enemistad y odio del hombre cuando convence al pecador de sus pecados y de su necesidad de Cristo?; ¿y no produce el Espíritu de Dios tal convicción en muchos que perecen? Semejante lenguaje revela confusión en los pensamientos: si la enemistad de tal hombre estuviese *realmente* "dominada", *se volvería a* Cristo prontamente; el hecho de que no viene al Salvador demuestra que su enemistad no ha sido vencida. Empero el hecho de que muchos, a través de la predicación de la Palabra, son redargüidos por el Espíritu

Santo, y que a pesar de eso mueren en incredulidad, es una solemne verdad. Sin embargo, conviene no perder de vista que el Espíritu Santo hace en cada uno de los elegidos de Dios *algo más* que en los no escogidos: obra en ellos "así el querer como el hacer, por la buena voluntad de Dios" (Filipenses 2:13).

En respuesta a lo que acabamos de decir, los arminianos dirían: "No; la obra de convicción del Espíritu es la misma tanto en los convertidos como en los inconversos. Lo que distingue una clase de otra es que los primeros *ceden* a Su contención, mientras que los segundos la resisten". No obstante, si *fuera* así, el cristiano sería el que "diferiría" personalmente en su naturaleza, mientras que la Escritura atribuye su actitud a la gracia discriminadora de Dios (I Corintios 4:7). Así mismo, si tal *fuera* el caso, el cristiano tendría motivos para jactarse y gloriarse por *su* cooperación con el Espíritu; mas esto contradeciría directamente a Efesios 2:8. "Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto *no de vosotros,* pues es don de Dios".

Apelemos a la experiencia real del lector cristiano. ¿No es cierto que hubo un tiempo (¡y que su recuerdo nos humille hasta el polvo!) cuando no querías venir a Cristo? Sí, lo hubo. Desde entonces, *has* venido a El. ¿Estás ahora dispuesto a darle toda la gloria por ello? (Salmo 115:1). ¿No reconoces que viniste a Cristo porque el Espíritu Santo te "trasladó" del no querer al querer? Sí, lo reconoces. Entonces, ¿no es también patente que el Espíritu Santo no ha hecho en muchos otros lo que *ha* hecho en ti? Se admite que otros muchos han oído el Evangelio, se les ha mostrado su ne-

cesidad de Cristo; pero aun así no quieren venir a El. Así pues, El *ha* obrado más en ti que en ellos. Mas tú dices: Sin embargo, recuerdo bien el tiempo en que se me presentó la Gran Alternativa, y mis facultades conscientes dan testimonio de que mi voluntad actuó y yo cedí a las exigencias de Cristo sobre mí. ¡Muy cierto! Pero *antes* que "cedieras", el Espíritu Santo venció la enemistad innata de tu ánimo contra Dios, y El no vence en todos esta "enemistad". Si se dijera que eso ocurre en los que no quieren que su enemistad sea vencida... ¡ah, ninguno "quiere" si antes El no ha usado Su poder *omnipotente* y obrado un milagro de gracia en el corazón!

Pero preguntamos ahora: ¿Qué es la voluntad humana? ¿Es un agente que toma sus propias determinaciones, o es a su vez determinada por otra cosa? ¿Es soberana o sierva? Es la voluntad superior a todas las demás facultades de nuestro ser, de modo que las gobierna, o está movida por los impulsos de dichas facultades, y sujeta a los deseos de ellas? ¿Gobierna la voluntad sobre la inteligencia, o es la inteligencia la que gobierna a la voluntad? ¿Es la voluntad libre de hacer lo que quiere, o está obligada ineludiblemente a prestar obediencia a algo extrínseco a ella? "¿Vive la voluntad separada de las demás grandes facultades o poderes del alma, siendo *un hombre dentro del hombre,* que puede oponerse al hombre y actuar contra él y dividirlo, como una serpiente de cristal se rompe en pedazos? ¿O, por el contrario, está unida con las demás facultades, como la cola de la serpiente con su cuerpo, y éste a su vez con la cabeza, de

modo que donde va ésta va toda la criatura, y cual es el *pensamiento* del hombre en su corazón tal es él? Primeramente, el pensamiento; después el corazón (deseo o aversión); y luego el acto. ¿Es así como el perro menea el rabo? ¿O es la voluntad, el rabo, la que menea al perro? ¿Es la voluntad lo primero y principal en el hombre, o es lo último, algo que conviene mantener en subordinación, y en el lugar que le corresponde, por debajo de las demás facultades? ¿Es verdadera la filosofía de la acción moral y su proceso según se halla en Génesis 3:6: 'Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer' (percepción de los sentidos, inteligencia), 'y árbol codiciable' (afectos), 'tomó de su fruto' (la voluntad)?" (G. S. Bishop). Estas cuestiones son de interés más que académico. Son de importancia práctica. Creemos no ir demasiado lejos al afirmar que, según la respuesta que demos a estas preguntas, demostramos el grado de nuestra pureza doctrinal (1).

1. *La naturaleza de la voluntad humana*

¿Qué es la voluntad? Respondemos que la voluntad es la facultad de escoger, la causa inmediata de toda acción. La elección significa necesariamente rehusar una cosa y aceptar otra. Lo positivo y lo negativo

(1) Después de haber escrito lo que precede, hemos leído un artículo del finado J. N. Darby, titulado "El llamado libre albedrío del hombre", que empieza con estas palabras: "Esta reaparición de la doctrina del libre albedrío sirve de apoyo a la de la pretensión del hombre natural de no estar irremediablemente caído, pues a esto es a lo que tal doctrina tiende. Todos aquellos que jamás han sido profundamente redargüidos de pecado, todas las personas en quienes esta convicción está basada en grandes pecados externos, creen más o menos en el libre albedrío".

han de estar ambos presentes en el ánimo antes de que pueda haber elección alguna. En todo acto de la voluntad hay una preferencia: el desear una cosa más que otra. Donde no hay una preferencia, sino indiferencia absoluta, no hay volición. Querer es escoger, y escoger es decidir entre varias alternativas. Pero hay algo que *influye* en la elección, algo que *determina* la decisión. Por eso la voluntad no puede ser soberana, porque es sierva de ese algo. La voluntad no puede ser al mismo tiempo soberana y sierva. No puede ser a la vez causa y efecto. La voluntad *no es causativa,* porque, como hemos dicho, hay algo que le hace *escoger;* por tanto ese algo ha de ser el agente causativo. La propia elección se ve afectada por ciertas consideraciones, determinada por diversas influencias que actúan *sobre el individuo mismo.* He aquí por qué la volición es efecto de estas consideraciones e influencias, y si es efecto, es preciso que sea siervo de ellas. Por tanto, si la voluntad es sierva de ellas, no es soberana, y si *no* es soberana, ciertamente no podemos hablar de su "libertad" absoluta. Los actos de la voluntad no pueden acaecer por sí mismos; decir que sí pueden, es postular un efecto *sin causa.* "Ex nihilo nihil fit", nada procede de la nada.

Sin embargo, en todas las edades ha habido quienes han sostenido la libertad o soberanía absoluta de la voluntad humana. Los hombres argumentan diciendo que la voluntad posee un poder *autodeterminante.* Por ejemplo, dicen, puedo mover mis ojos hacia arriba o hacia abajo; el ánimo es completamente indiferente a que haga una cosa u otra; es la voluntad la que debe

decidir. Pero esto es una contradicción de términos, pues mientras digo que estoy en un estado de total indiferencia, lo desmiento con mi elección, y es evidente que ambas cosas no pueden ser verdad. Mas puede objetarse a esto que el ánimo era completamente indiferente hasta que llegó a preferir algo. Exacto; ¡y hasta aquel momento la voluntad permaneció muda e inactiva! Pero en el instante en que la indiferencia desapareció, hubo una elección, y el hecho de que la indiferencia antecediera a la preferencia refuta el argumento de que la voluntad es capaz de escoger entre dos cosas iguales. Como hemos dicho, escoger implica la aceptación de una alternativa y el rechazamiento de otra u otras.

Lo que determina a la voluntad es lo que hace que ésta escoja. Y si la voluntad es determinada, es preciso que haya un determinante. *¿Qué* es, pues, lo que determina a la voluntad? Respondemos que el poder motivador más fuerte que influya en ella, el cual es diferente según los casos. En uno puede ser la lógica de la razón, en otro la voz de la conciencia, en otro el impulso de las emociones, en otro el susurro del tentador, en otro el poder del Espíritu Santo. Aquél de todos ellos que sea el poder motivador *más fuerte* y que ejerza la *mayor* influencia *sobre el propio individuo,* será el que impulse a la voluntad a actuar. Dicho de otro modo, la acción de la voluntad está determinada por aquel estado de ánimo (influido a su vez por el mundo, la carne, el demonio, como también por Dios), que tiene mayor grado de tendencia a excitar la volición. Para ilustrar lo que acabamos de decir, analicemos un simple ejemplo:

Cierto domingo por la tarde un amigo nuestro padecía de fuerte dolor de cabeza. Su deseo era visitar a los enfermos, pero temía que si lo hacía su propia jaqueca empeoraría, y como consecuencia no podría asistir aquella noche a la predicación del Evangelio. Se enfrentaba con dos alternativas: visitar a los enfermos aquella tarde y correr el riesgo de enfermar él, o dedicarse a descansar (dejando a los enfermos para el día siguiente), y levantarse mejorado y bien dispuesto para el culto de la noche. Ahora bien, ¿qué fue lo que decidió a nuestro amigo por una de estas dos alternativas? ¿La voluntad? En absoluto. Cierto es que ella fue la que al fin tomó una determinación, pero no sin ser movida a escoger como lo hizo. En el caso mencionado había ciertas consideraciones que presentaban motivos poderosos en pro de una u otra alternativa. Estos motivos fueron pesados y sopesados *por el individuo mismo*, es decir, por su corazón y su mente, y contando una de las alternativas con motivos más poderosos que la otra, fue tomada la decisión correspondiente, *y entonces* la voluntad actuó. Por un lado nuestro amigo, impelido por el sentido del deber, se sentía obligado a visitar a los enfermos; la compasión le movía a hacerlo, y éste era el poderoso motivo que pesaba sobre su ánimo para obrar así. Mas por otro lado, su sentido común y prudencia le recordaban que estaba lejos de encontrarse bien, y que necesitaba un buen descanso; que si visitaba a los enfermos su propio estado empeoraría probablemente, y en tal caso no podría asistir a la predicación del Evangelio aquella noche. Además, sabía que al día siguiente, si el Señor lo per-

mitía, podría visitar a los enfermos; por lo cual, llegó a la conclusión de que debía quedarse a descansar aquella tarde. He aquí, pues, dos grupos de alternativas que se presentaban a nuestro hermano cristiano: por una parte, cierto sentido del deber, más sus propias simpatías; por la otra, el sentido de la propia necesidad, más un auténtico interés por la gloria de Dios, pues creía que aquella noche *debía* asistir a la predicación del Evangelio. Lo segundo fue lo que prevaleció. Las consideraciones espirituales pesaron más que su sentido del deber. Tomada su decisión, la voluntad actuó en consecuencia, y se retiró a descansar. Un análisis del caso presentado demuestra que la mente o facultad razonadora, que había sido dirigida por consideraciones espirituales, reguló y controló la voluntad. Por eso decimos que, si la voluntad es *controlada*, no es ni soberana ni libre, sino sierva del espíritu.

Se enseña a menudo que la voluntad gobierna al hombre, pero la Palabra de Dios declara que el centro dominante de nuestro ser es el *corazón*. Podrían citarse muchos textos para corroborar esto: "Sobre toda cosa guardada guarda tu corazón; porque *de él* mana la vida" (Proverbios 4:23). "Porque de dentro, *del corazón de los hombres, salen* los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios", etc. (Marcos 7:21). ¡Aquí nuestro Señor descubre la fuente de estos actos pecaminosos, y declara que su origen es el "corazón", y no la voluntad! Asimismo: "Este pueblo de labios me honra; mas *su corazón* lejos está de mí" (Mateo 15:8). Si se precisaran más pruebas podríamos llamar la atención al hecho de que la palabra "corazón"

se halla en la Biblia tres veces por cada vez que aparece la palabra "voluntad", y además, ¡casi la mitad de las veces que se emplea esta voz, la hallamos referida a la voluntad *de Dios!*

Cuando afirmamos que es el *corazón* y no la voluntad lo que gobierna al hombre, no estamos enzarzándonos en una contienda de meras palabras, sino insistiendo en una distinción de vital importancia. He aquí un individuo ante quien se ofrecen dos alternativas; ¿cuál escogerá? Respondemos que la que más le agrade a él, es decir, a su "corazón": el centro más recóndito de su ser. Ante el pecador se ha colocado una vida de virtud y piedad, y una vida de vicio, entregada al pecado; ¿cuál seguirá? La segunda. ¿Por qué? Porque es la que escoge. Pero, ¿demuestra eso que la voluntad es soberana? En absoluto. Retrocedamos del efecto a la causa. *¿Por qué* escoge el pecador una vida de entrega al pecado? Porque la *prefiere;* y la *prefiere* a pesar de todos los argumentos adversos, aunque desde luego no disfruta de los *efectos* de tal rumbo. ¿Y por qué la prefiere? Porque su *corazón* es pecaminoso. De igual manera, las mismas alternativas se enfrentan con el cristiano, y sin embargo éste se decide y lucha por una vida de piedad y virtud. ¿Por qué? Porque Dios le ha dado un *nuevo corazón* o naturaleza. Por lo cual decimos que no es la voluntad la que hace que el pecador sea impenetrable a todos los llamamientos para que "abandone sus caminos", sino su *corazón* corrompido y maligno. ¡No quiere venir a Cristo *porque* no lo desea, y no lo desea porque su *corazón* le aborrece y ama el pecado! Véase Jeremías 17:9 (1).

2. *La esclavitud de la voluntad humana.*

En cualquier tratado que se proponga estudiar la voluntad humana, su naturaleza y funciones, debe tenerse en cuenta la voluntad de tres hombres diferentes, a saber, Adam antes de su caída, el pecador, y el Señor Jesucristo. En Adam, antes de caer, la voluntad era *libre*, libre en *ambos* sentidos, libre hacia el bien y libre

---

(1) Podrá preguntarse por qué, si ésta es la verdadera condición del hombre, se dirigen las Escrituras a la voluntad del hombre. ¿Acaso no está escrito: "Y el que quiera, tome del agua de la vida de balde" (Apocalipsis 22:17)? Admitimos este hecho sin discutir. Tales exhortaciones demuestran que el hombre es responsable de arrepentirse, creer y recibir a Cristo, y todos estos deberes encierran una respuesta de la voluntad; pero, como otros textos demuestran, el que los hombres respondan o no así depende del estado de la naturaleza de que la voluntad es expresión. La voluntad es la causa **inmediata** de los actos de los hombres, no su causa **primaria.**

Se supone a menudo que el hombre no puede ser tenido por responsable de su respuesta al Evangelio a menos que sea capaz de escoger a Cristo; de este modo se da generalmente por sentado que "libre albedrío" y responsabilidad humana son sinónimos, y que se puede negar lo uno sin negar lo otro. Apoyándose en esta confusión, se acusa frecuentemente a la fe reformada de no tener debidamente en cuenta la responsabilidad del hombre al que niega su "libre albedrío" (Véase otra nota en la pág. 142)

El punto de vista bíblico y reformado en cuanto a la responsabilidad del hombre es, de hecho, mucho más profundo que el popular concepto arminiano. El hombre es responsable, no meramente de su voluntad, sino **de toda su naturaleza,** y en tanto que esta naturaleza sea lo que el pecado (no Dios) ha hecho de ella, "no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Corintios 2:14) y "no quiere venir" a Cristo para tener vida (Juan 5:40). Consecuentemente, si bien es deber de todo hombre recibir a Cristo, es solamente la voluntad de un hombre renovado en su naturaleza por el Espíritu Santo la que responde al Evangelio. (N. del E.).

hacia el mal. Pero con respecto al pecador las cosas son muy diferentes. El pecador nace con una voluntad que no está en estado de equilibrio moral, porque en él hay un corazón "engañoso más que todas las cosas, y perverso", y esto le hace *propenso al mal.* También con respecto al Señor Jesús la cosa fue muy distinta: Cristo difería también radicalmente de Adam antes de la caída. El Señor Jesucristo *no podía* pecar porque era "el Santo de Dios". Antes de nacer El en este mundo, fue dicho a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también *lo Santo* que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:35). Hablando con reverencia decimos, pues, que la voluntad del Hijo del Hombre *no* se hallaba en estado de equilibrio moral, es decir, capaz de volverse hacia el bien o hacia el mal. La voluntad del Señor Jesús era *propensa a lo bueno,* porque junto a su humanidad sin pecado, santa y perfecta, estaba su eterna Deidad. Ahora bien, en contraposición a la voluntad del Señor Jesús, que era propensa al bien, y la voluntad de Adam, que antes de su caída se encontraba en un estado de equilibrio moral, capaz de volverse hacia el bien o hacia el mal, tenemos la voluntad del *pecador, propensa al mal,* y por tanto, "libre" solamente en un sentido, a saber, hacia al mal. La voluntad del pecador está *esclavizada* porque, como hemos dicho ya, está en servidumbre bajo un corazón depravado.

¿En qué consiste la libertad del pecador? Esta pregunta viene, naturalmente, sugerida por lo que acabamos de decir antes. El pecador es libre en el sentido

de que no es forzado *desde fuera* (1). El pecador nunca es *forzado* a pecar. Pero el pecador no es libre de escoger entre hacer el bien o el mal, porque el corazón maligno que habita en él lo inclina continuamente al pecado. Ilustremos lo que queremos decir. Tengo un libro en la mano. Lo suelto; ¿qué pasa? Cae. ¿En qué dirección? Hacia abajo; siempre hacia abajo. ¿Por qué? Porque, de acuerdo con la ley de gravedad, su propio peso le hace caer. Supongamos que deseo que el libro ocupe una posición un metro más arriba, ¿qué hago? Tengo que levantarlo; un poder externo al libro debe levantarlo. Tal es la relación que tiene el hombre caído para con Dios. Mientras el poder divino lo sustenta, es preservado de sumergirse más profundamente en el pecado; pero si el poder sustentador es retirado, cae; su propio peso (el del pecado) lo precipita hacia abajo. Dios no lo empuja, como tampoco yo empujé el libro para que cayera. Si se quita todo freno divino, todos los hombres son capaces de convertirse, y se convertirían, en un Caín, un Faraón, un Judas. ¿Cómo podrá ir, pues, el pecador hacia el cielo? ¿Por un acto de su propia voluntad? Ciertamente no. Un poder externo a él mismo ha de sostenerlo y levantarlo aunque sea pul-

(1) Conviene recordar claramente que la teología reformada, contrariamente a lo que a veces se supone, no niega la "libre actividad" del hombre. La libre actividad o libre agencia es cuestión aparte del "libre albedrío" (en el sentido en que este último término suele usarse), y conviene no confundir las dos cosas. Véase **Systematic Theology**, por Louis Berkhof, pág. 248, y **Systematic Theology**, por Charles Hodge, Vol. II, páginas 260, 261. Hodge escribe lo siguiente: "La doctrina de la incapacidad del hombre no supone que el hombre ha dejado de ser un agente moral libre. Es libre porque él determina sus propios actos. Toda voli-

gada a pulgada. El pecador *es* libre, pero libre solamente en una dirección: libre para caer, libre para pecar. Como dice la Palabra: "Porque cuando fuisteis siervos del pecado, erais *libres acerca* de la justicia" (Romanos 6:20). El pecador es libre de hacer siempre lo que quiere (excepto en cuanto es detenido por Dios), pero lo que quiere es pecar.

En la primera parte de este capítulo, insistíamos en que es de importancia práctica tener un concepto adecuado de la naturaleza y función de la voluntad, más aun, constituye una piedra de toque de la ortodoxia teológica o la pureza doctrinal. Deseamos ampliar esta declaración, y trataremos de demostrar su exactitud. La libertad o la esclavitud de la voluntad era la línea divisoria entre el agustinianismo y el pelagianismo, y en tiempos más recientes entre el calvinismo y el arminianismo. Reducido a términos sencillos, ésto significa que la diferencia de que se trataba era la afirmación o la negación de la depravación total del hombre. Al hacer esta afirmación consideraremos...

3. *La impotencia de la voluntad humana*

¿Está dentro de los límites de la voluntad humana aceptar o rechazar al Señor Jesucristo como Salva-

---

ción es un acto de libre autodeterminación. Es un agente moral porque tiene conocimiento consciente de la obligación moral, y cuando quiera que peca actúa libremente contra las convicciones de la conciencia o los preceptos de la ley moral. El que un hombre se halle en tal estado que prefiera y escoja uniformemente el mal en lugar del bien, como hacen los ángeles caídos, no es más incompatible con su libre agencia o libre actividad moral que el hallarse en tal estado que prefiera y escoja el bien con la misma uniformidad con que lo hacen los santos ángeles" (N. del E.).

dor? Se reconoce que el Evangelio es predicado al pecador, que el Espíritu Santo lo redarguye de su estado de perdición; pero, bien mirado, ¿está en su propio poder ceder ante Dios? La respuesta que damos a esta pregunta define nuestro concepto de la depravación humana. Todos los que profesan ser cristianos admiten que el hombre es una criatura caída, pero a menudo es difícil determinar lo que entienden por "caída". La impresión general, al parecer, es que el hombre es ahora mortal, que ya no se halla en la condición en que salió de las manos de su Creador, que es susceptible de enfermedad, que hereda malas tendencias; pero que si emplea sus poderes lo mejor que puede, de una manera u otra será al fin feliz. ¡Oh, cuán lejos está esto de la triste realidad! ¡Las enfermedades, los achaques, aun la muerte corporal, no son sino meras bagatelas comparadas con los efectos morales y espirituales de la caída! Sólo consultando las Escrituras podremos tener cierta noción de la importancia de esta terrible calamidad.

Cuando decimos que el hombre está totalmente depravado, significa que la entrada del pecado en la constitución humana ha afectado todas las partes y facultades del ser. La depravación total significa que el hombre, en espíritu, alma y cuerpo, es esclavo del pecado y cautivo del diablo, y anda "conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia" (Efesios 2:2). Esta declaración no necesita ser apoyada con argumentos: es un hecho común de la experiencia humana. El hombre *no puede* realizar sus propias aspiraciones y materializar

sus propios ideales. *No puede* hacer lo que quisiera. Hay una incapacidad moral que lo paraliza, y esto es prueba positiva de que no es libre, sino, al contrario, esclavo del pecado y de Satanás. "Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir" (Juan 8:44). El pecado es más que un acto o una serie de actos; es un estado o condición: es lo que hay en la raíz de los actos y los produce. El pecado ha penetrado en todo el ser humano y lo ha impregnado totalmente. Ha cegado el entendimiento, corrompido el corazón y alejado de Dios al espíritu. *Y la voluntad no ha escapado.* La voluntad está bajo el dominio del pecado y de Satanás. Por tanto, la voluntad no está libre. En resumen, los afectos aman lo que aman y la voluntad escoge lo que escoge, debido al estado del *corazón* y a lo que éste es: engañoso sobre todas las cosas y perverso. "No hay quien ***busque*** a Dios" (Romanos 3:11).

Repetimos nuestra pregunta: ¿Está en la voluntad del pecador el poder de rendirse a Dios? Trataremos de responder haciendo otras preguntas: ¿Puede el agua (por sí misma) subir por encima de su propio nivel? ¿Puede lo limpio proceder de lo inmundo? ¿Puede la voluntad invertir toda la tendencia y la fuerza de la naturaleza humana? ¿Puede ser que lo que está dominado por el pecado dé origen a lo puro y santo? Evidentemente, no. Si la voluntad de una criatura caída y depravada ha de ir hacia Dios alguna vez, es preciso que un poder divino obre sobre ella, venciendo las influencias del pecado que tienden en dirección contraria. Esto es solamente otra manera de decir "Ninguno puede

venir a mí, si el Padre que me envió no *le trajere* (Juan 6:44). Dicho de otro modo, es preciso que al pueblo de Dios le sea *dada la voluntad* en el día de Su poder (Salmo 110:3). Como dijo J. N. Darby, "si Cristo vino a salvar lo que se había *perdido,* el libre albedrío no tiene cabida. No es que Dios impida a los hombres recibir a Cristo —al contrario—; pero aun cuando Dios usa todos los incentivos posibles, todo lo que es capaz de ejercer influencia sobre el corazón del hombre, sólo sirve para demostrar que éste no quiere saber nada de ello; que tan corrompido está su corazón, y tan decidida su voluntad a no someterse a Dios (por más que sea el diablo quien le aliente a pecar), que nada puede inducirlo a recibir al Señor y renunciar al pecado. Si con las palabras 'libertad del hombre' quieren decir que nadie lo fuerza a rechazar al Señor, esta libertad existe plenamente. Pero si se dice que a causa del dominio del pecado, del cual es esclavo, y esclavo voluntario, no puede escapar de su estado, y escoger lo bueno, *entonces no tiene libertad alguna*" (bastardilla nuestra).

La voluntad no es soberana; es una sierva, porque está influida y controlada por las demás facultades del ser humano. La voluntad no es libre, porque *el hombre* es esclavo del pecado; esto fue indicado claramente en las palabras de nuestro Señor: "Así que, si el Hijo *os libertare,* seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36). El hombre es un ser racional, y como tal responsable ante Dios; pero afirmar que es capaz de escoger lo espiritualmente bueno, *es negar que está totalmente depravado;* depravado en la voluntad como en todo lo

demás. Debido a que la voluntad del hombre está gobernada por su espíritu, mente y corazón, y debido a que éstos han sido viciados y corrompidos por el pecado, se infiere que si un hombre ha de volverse o ir en dirección a Dios, es Dios mismo quien ha de obrar necesariamente en él "así el querer como el hacer, por Su buena voluntad" (Filipenses 2:13). La cacareada libertad del hombre es en verdad "servidumbre de corrupción"; "*sirve* a concupiscencias y deleites diversos". Como decía un siervo de Dios que había recibido profundas enseñanzas: "El hombre es impotente en cuanto a su voluntad. No tiene la menor voluntad favorable a Dios. Creo en el libre albedrío como voluntad *libre solamente para actuar conforme a su naturaleza* (bastardilla nuestra). La paloma no quiere comer carroña, como el cuervo no quiere comer el alimento limpio de la paloma. Pero poned en el cuervo la naturaleza de la paloma, y lo veréis comer el alimento de aquélla. Satanás era incapaz de querer la santidad, como Dios, y lo decimos con reverencia, era incapaz de querer el mal. El pecador, en su naturaleza pecaminosa, no podría jamás tener una voluntad conforme a Dios. Para ello sería preciso que naciera otra vez" (J. Denham Smith). Esto es precisamente lo que hemos sostenido a lo largo de todo el capítulo: *la voluntad está regulada por la naturaleza.*

Entre los "decretos" del Concilio de Trento (1563), que es la norma reconocida del papismo, hallamos lo siguiente (en los cánones sobre la Justificación):

"Si alguien dijere que excitada y movida por Dios, la voluntad humana no coopera dando su asentimien-

to a Dios, que le excita y llama a *prepararse a obtener* la gracia santificante, y que no puede disentir si quiere, sino que es inactiva, y meramente pasiva, *sea anatema*" (Canon IV). La traducción empleada corresponde a una traducción editada en España.

"Si alguien dijere que desde la caída de Adam el libre albedrío se ha *perdido* y extinguido; o que es cosa nominal, ficción introducida por Satanás en la Iglesia, *sea anatema*" (Canon V).

¡O sea, que los que hoy insisten en el libre albedrío del hombre natural creen precisamente lo que Roma enseña sobre el particular!

Para que un pecador sea salvo fueron indispensables tres cosas: Dios Padre tuvo que *proponerse* su salvación, Dios Hijo tuvo que *comprarla,* y Dios Espíritu Santo tiene que *aplicarla.* Dios hace más que "formularnos una proposición". Si *solamente* "invitara", todos nosotros nos perderíamos. Esto se ilustra de modo contundente en el Antiguo Testamento. En Esdras 1: 1-3 leemos: "Y en el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, excitó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pasar pregón por todo su reino, y también por escrito, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalem, que está en Judá. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea Dios con él, y suba a Jerusalem, que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel". En este caso hubo una "proposición", hecha a un pueblo en cautividad, ofreciéndoles

la oportunidad de partir y regresar a Jerusalem, lugar morada de Dios. ¿Respondió *todo* Israel fervorosamente a esta ofrenda? ¡No, por cierto! La inmensa mayoría se contentó con permanecer en tierra enemiga. ¡Sólo un "residuo" aprovechó esta proposición de misericordia! *¿Y por qué?* ¡Oigamos la respuesta de la Escritura! "Entonces se levantaron los cabezas de las familias de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes levitas, todos aquellos cuyo espíritu *despertó Dios* para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalem" (Esdras 1:5). De igual manera, Dios "despierta" los espíritus de sus escogidos cuando les llega el llamamiento eficaz, pero hasta entonces no tienen la menor *voluntad* de responder a las proclamaciones divinas.

La obra superficial de muchos de los evangelistas profesionales de los últimos cincuenta años es en gran parte responsable de las creencias erróneas que hoy circulan sobre la *servidumbre* del hombre natural, fomentadas por la pereza de los que en los bancos no "lo *examinan* todo" (I Tesalonicenses 5:21). El púlpito evangélico típico de hoy produce la impresión de que está enteramente en poder del pecador el ser salvo o no serlo. Se dice que "Dios ha hecho Su parte, y que ahora al hombre le toca hacer la suya". Pero, ¿qué *puede* hacer un ser sin vida, y por naturaleza "*muerto* en delitos y pecados"! (Efesios 2:1). Si se creyera realmente la verdad, habría un mayor sentido de dependencia del Espíritu Santo, en Su descender con poder milagroso sobre las almas, y menos confianza en *nuestras* tentativas por "ganar a los hombres para Cristo".

Al dirigirse a los perdidos, los predicadores suelen trazar una analogía entre Dios, enviando el Evangelio al pecador, y un hombre enfermo en cama, con la medicina sanadora en la mesita de noche: todo cuanto debe hacer es extender la mano y tomarla. Mas para que esta ilustración fuese en algún sentido paralela, y correspondiera al cuadro que la Escritura nos presenta del pecador caído y depravado, sería preciso describir al enfermo en cama como ciego (Efesios 4:18), de modo que no puede ver la medicina; con la mano paralizada (Romanos 5:6), de modo que no puede alcanzarla; y con el corazón no solamente desprovisto de toda confianza en la medicina, sino lleno de odio contra el propio médico (Juan 15:18). ¡Oh, qué creencias tan superficiales se tienen hoy día sobre la desesperada situación del hombre! Cristo no vino a este mundo para ayudar a los que se bastaban por sí solos, sino a hacer por Su pueblo lo que éste no podía hacer por sí mismo: "Para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que están de asiento en tinieblas" (Isaías 42:7).

Ahora, como conclusión, anticipémonos y respondamos a la objeción acostumbrada e inevitable: *¿Por qué predicar el Evangelio si el hombre es impotente para responder al mismo?* ¿Por qué exhortar al pecador a que venga a Cristo si el pecado lo ha esclavizado de tal manera que no tiene poder alguno *en sí* para venir? Nuestra réplica es: no predicamos el Evangelio porque creamos que el hombre tiene "libre albedrío" y por tanto es capaz de recibir a Cristo, sino que lo predicamos

porque se nos ha mandado hacerlo (1) (Marcos 16: 15); y aunque a los que se pierden *es locura,* "a los que se se salvan, es a saber, a nosotros, es *potencia de* Dios" (I Corintios 1:18). "Lo loco de Dios es más sabio que los hombres; y lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres" (I Corintios 1:25). El pecador está muerto en delitos y pecados (Efesios 2:1), y un cadáver es absolutamente incapaz de querer nada; por lo cual "los que están en la carne (los no regenerados) no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:8).

A la sabiduría carnal le parece el colmo de la locura predicar el Evangelio a los que están *muertos* y son totalmente incapaces de hacer algo por sí mismos. Sí, lógicamente así es, pero los caminos de Dios son diferentes de los nuestros. Ha agradado a Dios "salvar a los creyentes por la *locura de la predicación* (I Corintios 1:21). El hombre quizá considere locura profetizar a los "*huesos secos*" y decirles: "Huesos secos, oíd palabra de Jehová" (Ezequiel 37:4). ¡Ah!, pero es que es la Palabra *del Señor,* y las palabras que El habla "son espíritu, *y son vida*" (Juan 6:63). Los sabios y prudentes habrían dicho junto a la tumba de Lázaro que era señal de demencia el que el Señor se dirigiese a un hombre *muerto* con las palabras: "Lázaro, ven fuera". ¡Ah!, ¡pero el que así hablaba era y es la Resurrección y la Vida Misma, y a *Su* palabra aun los muer-

(1) Véase Historical Theology, William Cunningham, Vol. II, págs. 347-8: "El hecho de que unos hombres ofrezcan el perdón y la salvación a sus semejantes, tiene como única base o justificación la autoridad y el mandamiento de Dios en su Palabra. (Nota del Editor.).

tos viven! Por tanto, salimos a predicar el Evangelio, no porque creamos que los pecadores tienen en sí el poder de recibir al Salvador que se anuncia, sino porque el propio Evangelio *es poder de Dios para* salvación a todo aquel que cree, y porque sabemos que "todos los que estaban ordenados para vida eterna" (Hechos 13:48) *creerán* (Juan 6:37; 10:16) en el momento que Dios ha designado, pues está escrito: "Tu pueblo serálo de *buena* voluntad en el día de tu poder" (Salmo 110:3).

Lo que hemos presentado en este capítulo no es producto del "pensamiento moderno", ni mucho menos, sino que está en manifiesta oposición a él. De unas cuantas generaciones acá, los hombres se han *apartado* mucho de las enseñanzas de los antepasados, enseñanzas que se apoyaban en las Escrituras. En los treinta y nueve Artículos de la Iglesia Anglicana leemos: "La condición del hombre, después de la caída de Adam, es tal que no puede volverse ni prepararse a la fe y a invocar a Dios por sus propias fuerzas naturales y buenas obras: por lo cual, no tenemos *poder alguno* para hacer buenas obras agradables y aceptas a Dios, si antes Su gracia no ha estado en nosotros capacitándonos para tener buena voluntad, y obrado en nosotros, una vez que tenemos esa buena voluntad" (Art. 10). En el Catecismo Mayor de Westminster (que solía ser reconocido por todas las iglesias presbiterianas) leemos: "La pecaminosidad del estado en que el hombre cayó consiste en la culpabilidad del primer pecado de Adam, la falta de aquella justicia en que fue creado, y la corrupción de su naturaleza, lo cual lo indispone, lo in-

capacita y lo opone absolutamente para todo lo que es espiritualmente bueno, y lo inclina enteramente a todo mal, y esto continuamente" (respuesta a la pregunta 25). Lo mismo en la Confesión Bautista de Fe de Filadelfia (1742), donde leemos: "El hombre, por su caída en estado de pecado, ha perdido por completo *todo poder de la voluntad* para cualquiera de los bienes espirituales que acompañan a la salvación; por tanto, como hombre natural, siendo totalmente contrario al bien, y muerto en pecados, no puede por sus propias fuerzas convertirse o prepararse para ello" (Capítulo 9).

Nota sobre la Responsabilidad.

La suposición de que la responsabilidad implica capacidad es un argumento filosófico, y no bíblico. Sin embargo, fue popularizado en el pasado siglo por evangelistas como C. G. Finney, y ha llegado a ser casi universalmente aceptado. Repasando la posición de Finney, escribía Charles Hodge lo siguiente:

"Para él es 'verdad primordial' que el libre albedrío es indispensable para que haya obligación moral, y que nadie está obligado a hacer lo que no puede.

"La falacia de que se hace culpable es del todo evidente. Traslada una máxima que en un terreno es axioma, a otro en que no tiene validez legítima alguna. Es verdad primordial que un hombre sin ojos no puede tener la obligación de ver, ni un hombre sin oídos la de oír. Por tanto, dentro de la esfera de las imposibilidades físicas, la máxima de que la obligación está limitada por la capacidad es indudablemente verdadera. Pero no es menos evidentemente cierto que una incapacidad que tiene su origen en el pecado, que consiste en lo pecaminoso, y que tiene relación con la acción moral, es perfectamente compatible con la obligación perpetua. Uno de los hechos más familiares del conocimiento consciente es que el sentimiento de obligación es compatible con la convicción de incapacidad absoluta. 'Debo, luego puedo', es un aforismo filosófico al cual todo corazón trabajado por la experiencia del pecado replica: 'Debiera po-

der, pero no puedo'. Tal es el testimonio de la conciencia, y tal es la evidente doctrina de la Biblia.

"... El principio radical del sistema de Pelagio, dice Neander, era que daba por supuesto que la libertad moral consiste en la capacidad de escoger entre el bien y el mal." Charles Hodge, **Essay and Reviews**, págs. 252, 261.

LA SOBERANIA DE DIOS Y LA ORACION

"Si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, El nos oye" (I Juan 5:14).

En todo este libro nuestro principal objeto ha sido exaltar al Creador y humillar a la criatura. La tendencia casi universal hoy día es engrandecer al hombre y deshonrar y degradar a Dios. Por todos lados se descubrirá que, cuando se trata de cosas espirituales, el aspecto y el elemento humano es objeto de énfasis, mientras el aspecto divino, si no se ignora totalmente, queda por lo menos relegado a segundo término. Esto se puede aplicar a gran parte de las enseñanzas modernas acerca de la oración. En la inmensa mayoría de los libros y sermones que se escriben y predican sobre la oración, el elemento humano llena la escena casi por completo: las condiciones que *nosotros* tenemos que cumplir, las promesas que *nosotros* tenemos que "reclamar", las cosas que *nosotros* tenemos que hacer para que se nos concedan nuestras peticiones; mientras que lo que *Dios* dice, los derechos de *Dios* y la gloria de Dios, reciben a menudo muy poca atención.

Como nuestra aclaratoria de lo que está ocurriendo hoy, reproducimos un breve artículo editorial (titulado "¿Oración o Destino?"), que apareció recientemente en uno de los principales semanarios religiosos.

"Dios en Su soberanía ha ordenado que los destinos humanos puedan ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre. Esto constituye el centro de la

verdad de que la oración cambia las cosas, o sea, que Dios cambia las cosas cuando los hombres oran. Alguien lo ha expresado notablemente de la siguiente manera: 'Hay ciertas cosas que ocurrirán en la vida de un hombre tanto si ora como si no. Otras cosas ocurrirán si ora, y no ocurrirán si no ora'. Un obrero cristiano se sintió vivamente impresionado por estas palabras cuando estaba entrando en una oficina, y oró pidiendo que el Señor le abriera el camino para poder hablar a alguien acerca de Cristo, creyendo que las cosas cambiarían porque había orado. Luego su mente siguió por otros derroteros, y la oración quedó olvidada. Llegó la oportunidad de hablar, al hombre de negocios a quien visitaba, pero no la aprovechó. Cuando salía, recordó su oración hecha media hora antes, y la respuesta de Dios. Volvió rápidamente sobre sus pasos y sostuvo entonces una conversación con aquel hombre, a quien, aunque era miembro de una iglesia, nadie le había preguntado nunca si era salvo. Entreguémonos a la oración, y abramos el camino para que Dios cambie las cosas. Seamos cuidadosos, para evitar convertirnos prácticamente en fatalistas si no ejercemos la voluntad que Dios nos ha dado en la oración."

Lo que acabamos de reproducir ilustra lo que actualmente se enseña sobre el tema de la oración; y lo deplorable es que apenas se levanta una voz en son de protesta. Decir que "los destinos humanos *pueden ser cambiados* y moldeados *por la voluntad del hombre*" es pura incredulidad; no hay otro término para calificarlo. Si alguno discutiera esta calificación, le preguntaríamos si podría hallar un incrédulo en alguna parte que

disintiera de tal forma de pensar, y estamos seguros de que no podría. Decir que *"Dios ha ordenado* que los destinos humanos puedan ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre" es absolutamente falso. "El destino humano" *no* lo decide "la voluntad del hombre", sino la voluntad de Dios. Lo que determina el destino humano es el que un hombre haya nacido de nuevo o no, pues está escrito: "El que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios". Y en cuanto a la voluntad responsable del nuevo nacimiento, Juan 1:13 declara sin lugar a duda cuál es: "Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, más DE DIOS". Decir que "el destino humano" puede ser *cambiado* por la voluntad del hombre, es hacer que la voluntad de la criatura sea *suprema,* lo cual equivale virtualmente a *destronar a Dios.* Mas, ¿qué dice la Escritura? Responda el Libro: "Jehová mata, y El da vida; El hace descender al sepulcro, y hace subir. Jehová empobrece, y El enriquece; abate y ensalza. El levanta del polvo al pobre, y al menesteroso ensalza del estiércol, para asentarlo con los príncipes; y hace que tenga por heredad asiento de honra" (I Samuel 26-8).

Volviendo al artículo que estamos repasando, se nos dice a continuación: "Esto constituye el centro de la verdad de que la oración cambia las cosas, o sea, que Dios cambia las cosas cuando los hombres oran". Casi en todas partes nos topamos hoy con un cartelón que dice: "La Oración Cambia las Cosas". Lo que se pretende decir con estas palabras se descubre fácilmente en la literatura que circula sobre la oración: *nosotros*

hemos de persuadir a Dios para que El *cambie* de propósito. Más adelante diremos lago más sobre esto.

El escritor del editorial que nos ocupa dice asi mismo: "Alguien lo ha expresado eficazmente de la siguiente manera: 'Hay ciertas cosas que ocurrirán en la vida de un hombre tanto si ora como si no. Otras cosas ocurrirán si ora, y no ocurrirán si no ora." El hecho de que hay cosas que ocurren tanto si un hombre ora como si no, está ejemplificado diariamente en las vidas de los no regenerados, la mayoría de los cuales no ora jamás. El que "otras cosas ocurrirán si ora" hay que admitirlo con reservas. Si un creyente ora en fe y pide aquello que está de acuerdo con la voluntad de Dios, muy ciertamente alcanzará lo que ha pedido. Asimismo, el que otras cosas ocurrirán si ora, es también cierto en cuanto a los beneficios subjetivos derivados de la oración: Dios llegará a ser mas real para él, y sus promesas más preciosas. El que "otras cosas no ocurrirán si no ora" es cierto en cuanto a su propia vida; una vida sin oración significa una vida apartada de la comunión con Dios y todo lo que esto encierra. Pero afirmar que Dios no quiere ni puede hacer que acontezca lo que se ha propuesto a menos que oremos, es absolutamente erróneo, pues el mismo Dios que ha decretado el fin ha decretado también los medios por los que dicho fin será alcanzado, uno de los cuales es la oración. El Dios que ha determinado conceder una bendición, da también un espíritu de súplica que primeramente la busca.

El ejemplo (del obrero cristiano y el hombre de negocios) que se cita en ese artículo, es muy poco afortunado. Según los términos de la ilustración, Dios no

contestó en absoluto la oración del obrero cristiano, puesto que, al parecer, no se abrió el camino para que pudiera hablar a aquel hombre acerca de su alma. Pero al dejar la oficina y recordar su oración, el obrero cristiano (acaso en la energía de la carne) decidió contestar la oración *por sí mismo,* y en vez de dejar que el Señor "abriese el camino", tomó el asunto en sus manos.

Citamos a continuación un pasaje de uno de los libros más recientemente publicados sobre la oración. En él dice el autor: "Las posibilidades y la necesidad de la oración, su poder y sus resultados, se manifiestan en la detención y *alteración de los propósitos de Dios* y en el alivio que reporta cuando su poder azota fuertemente". Semejante afirmación es una horrible reflexión acerca del carácter del Dios Altísimo, quien "hace según su voluntad, y *no hay quien estorbe su mano,* y le diga: ¿Qué haces?" No hay *la menor necesidad* de que *Dios* cambie sus designios ni altere sus propósitos, por la razón absolutamente suficiente de que fueron formados bajo el influjo de la bondad perfecta y la sabiduría infalible. Es posible que los hombres tengan que alterar a veces *sus* propósitos, pues su vista es tan corta que a menudo no pueden prever lo que ocurrirá *después* de haber formado sus planes; pero no ocurrirá así en Dios: El conoce el fin desde el principio. Afirmar que Dios cambia su propósito es impugnar su bondad o negar su eterna sabiduría

En el mismo libro se nos dice: "Las oraciones de los santos de Dios son el capital en el cielo por medio del cual Cristo lleva a cabo su gran obra en la tierra.

Las grandes angustias y poderosas convulsiones del mundo son resultado de estas oraciones. La tierra experimenta cambios, revoluciones; los ángeles se mueven con alas más potentes y rápidas, y *la línea de conducta de Dios se va formando* a medida que las oraciones son más numerosas y más eficientes". Esto es aun peor si cabe, y no vacilamos en declarar que está escrito en abierta oposición con las enseñanzas de la Escritura. En primer lugar, niega terminantemente Efesios 3:11, cuya enseñanza es que Dios tiene una "determinación *eterna*". Si el propósito de Dios es eterno, su "línea de conducta" *no* "está formándose" en la actualidad. En segundo lugar, contradice Efesios 1:11, en donde se declara explícitamente que Dios "hace *todas* las cosas según el consejo de su voluntad"; por lo cual se infiere que las oraciones del hombre *no* están "formando" el "proceder de Dios". En tercer lugar, una declaración como la mencionada hace que la voluntad de la criatura sea suprema, pues si *nuestras* oraciones encauzan el proceder *de* Dios, es que el Altísimo está subordinado a los gusanos de la tierra. Bien preguntó el Espíritu Santo a través del apóstol: "Porque ¿quién entendió la mente del Señor? *¿o quién fue su consejero?*" (Romanos 11:34).

Tales pensamientos sobre la oración tienen su origen en un indigno e insuficiente conocimiento de lo que Dios es. Poco consuelo reporta, quizá ninguno, el pensar que oramos a un Dios parecido al camaleón, que cambia de color diariamente. ¿Qué aliento hay en levantar nuestros corazones a Aquel que tiene un pensamiento hoy y otro mañana? ¿De qué serviría suplicar

a un monarca terreno, si supiéramos que era tan voluble como para conceder una petición un día y negarla otro? ¿Acaso no es precisamente la *inmutabilidad* de Dios lo que más nos alienta *a orar*? Por ser El "*sin* mudanza ni sombra de variación" tenemos la seguridad de que si pedimos algo conforme a su voluntad estamos certísimos de ser oídos. Como acertadamente observó Lutero, "la oración no es vencer la desgana de Dios, sino confiar en su buena voluntad".

Y esto nos lleva a hacer unas cuantas observaciones en lo que toca al *designio* de la oración. *¿Por qué* ha determinado Dios que oremos? La inmensa mayoría de las personas respondería: Para que podamos obtener de Dios lo que necesitamos. Si bien éste *es* uno de los propósitos de la oración, no es en modo alguno el principal. Además, esto equivale a considerar la oración sólo desde el punto de vista *humano*, lo cual crea la triste necesidad y urgencia de contemplarla desde su aspecto *divino*. Consideremos, pues, algunas de las razones por las que Dios nos haya mandado orar.

En primer lugar, y ante todo, la oración es un mandamiento para que Jehová Dios sea *honrado*. El Señor quiere que reconozcamos que El es verdaderamente "el Alto y Sublime, el que habita la eternidad" (Isaías 57:15). Dios exige que confesemos su *dominio universal;* al pedir al Señor que lloviese, Elías no hizo sino confesar Su control sobre los elementos; al orar a Dios pidiendo que libre a un pobre pecador de la ira que ha de venir, reconocemos que "la salvación pertenece a Jehová" (Jonás 2:10); al suplicar su bendición

sobre el Evangelio hasta lo último de la tierra, declaramos su soberanía sobre el mundo entero.

Asimismo, Dios exige que le *adoremos,* y la oración, la verdadera oración, es un acto de culto. La oración es un culto, puesto que es un postrarse del alma ante El; puesto que es invocar Su nombre santo y grande; puesto que es confesar Su bondad, Su poder, Su inmutabilidad, Su gracia; y puesto que es el reconocimiento de Su soberanía, confesada al someterse a Su voluntad. Es muy significativo observar, en este aspecto, que Cristo no llamó al Templo, Casa de Sacrificio, sino Casa de Oración.

Asimismo, la oración *redunda en gloria de Dios,* pues en ella no hacemos sino reconocer que dependemos de El. Cuando suplicamos humildemente al Ser Divino, nos ponemos en sus manos y a su merced. Al buscar las bendiciones de Dios confesamos que El es el autor de toda buena dádiva y todo don perfecto. El hecho de que la oración da gloria a Dios se aprecia también en que ella nos lleva al ejercicio de la fe, y nada le honra y le agrada tanto en nosotros como la confianza de nuestros corazones.

En segundo lugar, Dios ha designado la oración *para nuestra bendición espiritual,* como medio para *nuestro crecimiento en la gracia.* Cuando tratamos de aprender cuál es el *designio* de la oración, debiéramos reparar siempre en este aspecto *antes* de pasar a considerarla como medio de obtener la satisfacción de nuestras necesidades. Dios ha designado la oración para nuestra *humillación.* La oración, la verdadera oración, es poner ante la presencia de Dios, y la experiencia de

Su inmensa majestad produce en nosotros el pleno conocimiento de nuestra nulidad e indignidad. Asimismo, la oración ha sido designada por Dios para *ejercicio de nuestra fe.* La fe es engendrada por la Palabra (Romanos 10:17), pero ejercitada en la oración; por esto leemos de "la oración de fe". Asimismo, la oración lleva al *amor* a obrar. Del hipócrita se dice: "¿Deleitaráse en el Omnipotente? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?" (Job 27:10). Pero los que aman al Señor no pueden estarse muy lejos de El, pues *se deleitan* en descargar en El sus pesares. No solamente la oración lleva al amor a obrar, sino que, por las respuestas directas otorgadas a nuestras oraciones, nuestro amor a Dios aumenta; es incrementado: "Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas" (Salmo 116:1). Además, la oración ha sido designada por Dios para enseñarnos el *valor* de las bendiciones que hemos buscado en El, haciendo que nos gocemos tanto más cuando El nos *ha* concedido lo que le habíamos suplicado.

En tercer lugar, la oración ha sido mandada por Dios para que busquemos en El las cosas que necesitamos. Mas aquí puede presentarse una dificultad a los que han leído cuidadosamente los capítulos anteriores de este libro. Si Dios, antes de la fundación del mundo, ha preordinado todo lo que ocurre dentro del tiempo, ¿de qué sirve la oración? Si es cierto que "de El, y por El, y en El, son *todas las cosas*" (Romanos 11:36), ¿por qué orar? Antes que contestemos directamente a estas cuestiones, conviene indicar que existen las mismas razones para preguntar: ¿de qué sirve que yo comparezca ante Dios y le diga lo que ya sabe? ¿de qué

sirve que le presente mi necesidad si El ya la conoce?, que para objetar: ¿de qué sirve orar por una cosa si todo ha sido ordenado de antemano por Dios? La oración no tiene por objeto informar a Dios, como si El no supiese las cosas (el Salvador declaró explícitamente, en Mateo 6:8: "Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis"), sino que es para reconocer que *ya sabe* de qué cosas estamos necesitados. La oración no ha sido designada para que Dios pueda saber lo que necesitamos, sino como confesión a Dios de *nuestra experiencia* de la necesidad. En ésto, como en todo, los pensamientos de Dios no son como los nuestros. Dios quiere que Sus dones sean buscados. Se ha propuesto que le *honremos* pidiéndole, de la misma manera que le hemos de dar gracias después de habernos concedido su bendición.

Sin embargo, vuelve a planteársenos la siguiente cuestión: Si Dios ha predestinado todo lo que acaece, y si controla todos los acontecimientos, ¿no será la oración una práctica poco provechosa? Estas preguntas tienen una respuesta suficiente: oramos porque Dios nos *manda orar*: *"Orad* sin cesar" (I Tesalonicenses 5: 17). "Es necesario orar siempre" (Lucas 18:1). También declara la Biblia que "la oración de fe salvará al enfermo", y "la oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho" (Santiago 5:15,16). El Señor Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto en todas las cosas, fue de modo preeminente un Hombre de Oración. Es evidente, pues, que la oración no carece de significado ni de valor. No obstante todo lo dicho, la dificultad no ha sido *allanada,* ni la pregunta con que empezamos, *res-*

pondida. ¿Cual es, pues, la *relación* entre la soberanía de Dios y la oración cristiana?

Ante todo, queremos dejar bien sentado que la oración *no tiene por objeto alterar* el propósito de Dios, ni moverle a formarse otro nuevo. Dios ha decretado que ciertos acontecimientos *tengan* lugar, pero también ha decretado que estos acontecimientos tengan lugar a través de los medios que El ha designado para su cumplimiento. Dios ha elegido a ciertas personas para ser salvas, pero también ha decretado que lo sean *por medio* de la predicación del Evangelio. El Evangelio, pues, es uno de los medios establecidos para el cumplimiento del eterno consejo del Señor, como la oración es otro. Dios ha decretado los medios al mismo tiempo que el fin, y entre dichos medios está la oración. Aun las plegarias de su pueblo están incluidas en sus eternos decretos. Por tanto, en vez de ser las oraciones algo vano, se encuentran entre los medios por los cuales Dios realiza sus decretos. "Si es cierto que las cosas ocurren por un azar ciego, o por necesidad fatal, las oraciones, en tal caso, no tendrían la menor eficacia moral, ni utilidad alguna; pero dado que están reguladas por la dirección de la sabiduría divina, tienen un lugar en el orden de los acontecimientos" (Haldane).

La Escritura enseña claramente que las oraciones pidiendo precisamente el cumplimiento de las cosas que Dios ha *decretado no* carecen de significado. Elías *sabía* que Dios *estaba* a punto de dar la lluvia, pero esto no le impidió entregarse inmediatamente a la oración (Santiago 5:17,18). Daniel "entendió" por los escritos de los profetas que la cautividad debía durar solamen-

te setenta años, pero cuando estos setenta años habían casi terminado, se nos dice que volvió su "rostro al Señor Dios, *buscándole* en oración y ruego, en ayuno, y cilicio, y ceniza." (Daniel 9:2,3). Dios dijo al profeta Jeremías: "Porque Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis". Y en vez de añadir: No hay, pues, necesidad de que me pidáis por estas cosas, dijo: "*Entonces* me invocaréis, e iréis y oraréis a mí, y Yo os oiré" (Jeremías 29:11-12).

En Ezequiel 36 leemos las promesas explícitas, positivas e incondicionales que Dios ha hecho tocante a la futura restauración de Israel; pero en el versículo 37 de dicho capítulo se nos dice: "Así ha dicho el Señor Jehová: Aun seré solicitado de la casa de Israel, para hacerles esto". Aquí tenemos pues *el* designio de la oración: no para que Dios altere su voluntad, sino para que se *cumpla* en la hora y manera perfectas que El ha establecido. Es por *haber* Dios prometido ciertas cosas que podemos pedirlas en plena certidumbre de fe. El propósito de Dios es que su voluntad se cumpla por los medios que El mismo ha decretado, y hacer bien a su pueblo conforme a *sus* propias condiciones, es decir, por los "medios" y "condiciones" de la súplica y el ruego. ¿Acaso el Hijo de Dios no *sabía* con certeza que después de su muerte y resurrección sería exaltado por el Padre? Sin duda que lo sabía. Pero he aquí que lo hallamos *pidiendo* precisamente esto: "Ahora pues, Padre, glorifícame Tú cerca de tí mismo con aquella gloria que tuve cerca de tí antes que el mundo fuese" (Juan 17:5). ¿No sabía igualmente que ninguno de los

suyos perecería? ¡Sin embargo, rogó al Padre que los "guardara"! (Juan 17:11).

Finalmente, conviene decir que la voluntad de Dios es inmutable, y que nuestros clamores no pueden alterarla. Cuando su pensamiento no está hacia un pueblo para hacerle bien, las más fervientes e importunas oraciones de aquellos que le buscan con el mayor interés, no pueden volverlo hacia ellos: "Y díjome Jehová: Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, mi voluntad no será con este pueblo: échalos de delante de mí, y salgan" (Jeremías 15:1). Las oraciones de Moisés para entrar en la tierra prometida constituyen un caso paralelo.

Nuestras creencias con respecto a la oración han de ser revisadas y conformadas con las enseñanzas de la Escritura. He aquí la idea que, por lo común, se tiene hoy día: Me presento ante Dios, le pido algo que necesito, y *espero* que me lo dé. Pero este concepto es en sumo grado deshonroso y degradante. Las creencias populares rebajan a Dios a la categoría de un mero siervo, *nuestro* siervo: hace lo que le decimos, cumple nuestra voluntad, y concede nuestros deseos. No; orar es presentarme ante Dios, contarle mi *necesidad,* encomendarle mis caminos, y dejar que haga según a El le parezca mejor. *De esta forma* someto mi voluntad a la suya, en vez de procurar, como en el caso anterior, someter la suya a la mía. No hay oración agradable a Dios a menos que el espíritu que la mueve sea el que dice: "*No* se haga mi voluntad, sino la tuya". "Cuando Dios concede bendiciones a una congregación que ora, no es por causa de sus oraciones, como si és-

tas le inclinaran y movieran a ello; sino que es por Su propia causa, y por Su propia voluntad soberana. Si se dijera: Entonces ¿qué propósito tiene la oración?, se responde: Esta es la manera y los medios que Dios ha establecido para la comunicación de las bendiciones de Su bondad a Su pueblo. Pues, aunque las ha provisto, las ha prometido, y se ha propuesto darlas, para que así sea quiere también que se las pidan; siendo un deber y un privilegio el pedir. Cuando se es bendecido con un espíritu de oración, es una buena señal y parece indicar que Dios se propuso conceder las buenas cosas pedidas, las cuales deben pedirse siempre con sumisión a Su voluntad, diciendo: *No se haga mi voluntad, sino la tuya*" (John Gill).

La distinción que acabamos de hacer es de gran importancia práctica para la paz de nuestro corazón. Acaso pueda decirse que la cuestión de las oraciones *no* contestadas es una de las que más inquietan a los cristianos. Piden a Dios, y, según su manera de ver las cosas, piden con fe, creyendo que recibirán aquello por lo que suplican al Señor. Piden encarecida y repetidamente, *pero* la respuesta no llega. El resultado es que, en la mayoría de los casos, la fe en la eficacia de la oración se debilita, hasta que la esperanza cede al desaliento y el trono de la gracia queda completamente olvidado. ¿No es así?

Ahora bien, ¿quedarán sorprendidos nuestros lectores si decimos que *toda* verdadera oración de fe ofrecida a Dios *ha sido* contestada? Y sin embargo lo afirmamos sin vacilar. Pero al tiempo que lo decimos, hemos de volver a referirnos a nuestra definición de lo que

es oración. Permítasenos que la repitamos. Oración es un presentarse ante Dios contándole nuestra *necesidad* (o la necesidad de otros), encomendándole nuestro camino, y dejando que El proceda según mejor le parezca. Esto es dejar que Dios conteste la oración de la manera que El crea conveniente, sea la que sea, bien que, a menudo, su respuesta quizá sea la que menos agrade a la carne. Sin embargo, si realmente hemos DEJADO nuestra necesidad en sus manos, será su *respuesta* a pesar de todo. Veamos dos ejemplos.

En Juan 11 leemos acerca de la enfermedad de Lázaro. El Señor lo "amaba", pero estaba ausente de Betania. Las hermanas enviaron un mensaje al Señor para darle a conocer el estado de su hermano. Y nótese particularmente *los términos* en que estaba concebida su llamada: "Señor, he aquí, el que amas está enfermo". Eso fue todo. No le pidieron que sanara a Lázaro. No solicitaron que se apresure a ir a Betania. ¡Le presentaron simplemente su necesidad, pusieron el caso en Sus manos, y dejaron que actuara según El considerase más oportuno! ¿Y cuál fue la respuesta de nuestro Señor? ¿Atendió a su llamamiento y contestó a su muda súplica? Sí, por cierto, aunque quizá no de la manera que ellas habían esperado. ¡Contestó permaneciendo "aún dos días en aquel lugar donde estaba" (Juan 11:6), y dejando que Lázaro muriera! Pero en este caso, eso no fue todo. Más tarde se trasladó a Betania y levantó a Lázaro de entre los muertos. Nuestro propósito al mencionar este pasaje, es ilustrar la actitud adecuada del creyente ante Dios, en la hora de la necesidad. El siguiente ejemplo mostrará aún más

evidentemente el método divino para responder a la necesidad de uno de sus hijos.

Consultemos II Corintios 12. Se ha concedido al apóstol Pablo un privilegio inaudito. Ha sido arrebatado al Paraíso. Sus oídos han escuchado y sus ojos han contemplado lo que ningún otro mortal ha oído ni visto en el lado de acá de la muerte. La maravillosa revelación fue más de lo que el apóstol podía soportar. Estaba en peligro de "hincharse" a causa de su extraordinaria experiencia. Por tanto, se le envía un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás que le abofetee para que no se enaltezca sobremanera. Y el apóstol presenta su necesidad ante el Señor; le implora por tres veces que este aguijón en la carne *se quite* de él. ¿Fue contestada su oración? Sin duda, aunque no como había deseado. El 'aguijón" no fue quitado, pero le fue dada gracia para soportarlo. La carga no fue retirada, pero le fue concedida fortaleza para llevarla.

¿Objetará alguno diciendo que es privilegio nuestro hacer algo más para presentar nuestra necesidad ante Dios? ¿Se nos dirá, acaso, que Dios, por decirlo así, nos ha dado un cheque en blanco y nos ha invitado a llenarlo? ¿Se dirá, quizá, que sus promesas lo incluyen todo, y que podemos *pedirle lo que queramos*? Si es así, hemos de llamar la atención al hecho de que es necesario comparar texto con texto en la Biblia si queremos conocer todo el pensamiento de Dios sobre cualquier tema, y al hacerlo en este particular, descubrimos cómo Dios ha *limitado* las promesas dadas a las almas que oran, diciendo: "Si demandáremos alguna cosa *conforme a su voluntad,* El nos oye" (I Juan 5:14).

La verdadera oración es comunión con Dios, de modo que habrá pensamientos comunes entre su mente y la nuestra. Es necesario que El llene nuestros corazones de *Sus* pensamientos, para que Sus deseos se conviertan en *nuestros* deseos, y éstos retornen de nuevo a El He aquí, pues, el punto de unión entre la soberanía de Dios y la oración cristiana: Si pedimos algo conforme *a su voluntad,* El nos oye, y si *no* pedimos, *no* nos oye; como dice el apóstol Santiago, "pedís, y no recibís, *porque pedís mal,* para gastar en nuestros deleites" o deseos (4:3).

Pero, ¿no dijo el Señor Jesús a sus discípulos: "De cierto, de cierto os digo, que *todo cuanto* pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará" (Juan 16:23)? Sí, en efecto; pero su promesa no da *carta blanca* a aquellos que oran. Estas palabras de nuestro Señor están de perfecto acuerdo con las del apóstol Juan: "Si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, El nos oye". ¿Qué es pedir "en el nombre de Cristo"? Sin duda, muchísimo más que una fórmula de oración, mucho más que la mera conclusión de nuestras súplicas con las *palabras* "en el nombre de Cristo". ¡Solicitar algo a Dios en el nombre de Cristo ha de estar necesariamente de acuerdo con lo que Cristo es! Pedir a Dios en el nombre de Cristo es como si Cristo mismo fuera el que suplicase. *Solamente podemos pedir a Dios lo que Cristo pediría.* ¡Pedir en el nombre de Cristo es, por tanto, *descartar* nuestra propia voluntad aceptando la de Dios!

Ampliemos ahora nuestra definición de lo que es la oración. ¿Qué es la oración? La oración no es tanto

un acto como una *actitud;* una actitud de *dependencia,* de dependencia de Dios. La oración es la confesión de flaqueza que hace la criatura, confesión de impotencia. La oración es el reconocimiento de nuestra necesidad, la cual presentamos ante Dios. No decimos que esta definición sea *exhaustiva;* no lo es. Pero *sí,* ciertamente, que estos elementos son su parte esencial y primordial. Reconocemos francamente nuestra total incapacidad para dar una definición *completa* de lo que es la oración en el espacio de una breve frase, o en un número concreto de palabras. La oración es tanto una actitud *como* un acto, un acto *humano* que al mismo tiempo posee un elemento divino, elemento que impide efectuar todo análisis, hecho que, asimismo, sería una tentativa impía. Empero admitiendo esto, insistimos de nuevo en que la oración es fundamentalmente una actitud de dependencia de Dios. Por tanto, orar es precisamente lo contrario de *dictar* algo a Dios. Puesto que la oración es una actitud de dependencia, el que ora de veras es *sumiso,* sumiso a la voluntad de Dios; sumisión que significa que estamos contentos de que el Señor ministre nuestra necesidad conforme a los dictados de su propia voluntad soberana. Y por esto decimos que *toda oración* ofrecida a Dios en *este* espíritu, recibrá con toda certeza una respuesta de El.

He aquí, pues, la contestación a nuestra pregunta inicial, y la solución bíblica a la aparente dificultad. La oración no es pedir a Dios que cambie su propósito o que forme uno nuevo. La oración es la adopción de una actitud de dependencia de Dios, presentar ante El nuestra necesidad, pedir aquellas cosas que están de acuerdo con su voluntad. Así, pues, no hay absoluta-

mente nada *incompatible* entre la soberanía divina y la oración cristiana.

Al terminar este capítulo, quisiéramos insertar unas palabras de advertencia para salvaguardar al lector del peligro de sacar conclusiones falsas de lo que se ha dicho. No hemos tratado de *resumir* aquí todas las enseñanzas de la Escritura sobre el tema de la oración, y ni siquiera hemos intentado estudiar de una forma general el *problema* de la oración; sino que nos hemos limitado, más o menos, a considerar la *relación* que existe entre la soberanía de Dios y la oración cristiana. Lo que hemos escrito va destinado principalmente a servir de protesta *contra* gran parte de las enseñanzas modernas, que de tal manera enfatizan el elemento *humano* de la oración, que el aspecto divino se pierde de vista casi por entero.

En Jeremías 10:23 se nos dice que no es del hombre que camina ordenar sus pasos (véase Proverbios 16:9); pero en muchas de sus oraciones el hombre pretende impíamente dirigir al Señor en *Su* camino, y en lo que El debe hacer. Hasta tal punto esto es así, que el hombre, con sus súplicas irreverentes, implícitamente declara que si *él* dirigiera los asuntos del mundo y de la Iglesia, pronto haría que las cosas fueran muy diferentes de lo que son. Esto no puede negarse: cualquiera que tenga el menor discernimiento espiritual no puede dejar de apreciar este espíritu en muchas de nuestras modernas reuniones de oración, donde la carne ejerce su poder. ¡Cuán tardos somos para aprender la lección de que la criatura altiva necesita que la obliguen a caer de rodillas y humillarse en el polvo! *Y éste,*

precisamente, es el lugar a donde debe llevarnos la oración. ¡Pero el hombre (con su acostumbrada perversidad) convierte el estrado en un trono desde donde quisiera dirigir al Omnipotente en lo que Este *debiera* hacer! ¡La impresión que se saca es la de que si Dios tuviese la mitad de la compasión que tienen los que "oran", todo se arreglaría rápidamente! Tal es la arrogancia de la vieja naturaleza, aun en un hijo de Dios.

Nuestro propósito principal en este capítulo ha sido el de hacer énfasis en la necesidad que hay de que en la oración sometamos *nuestras voluntades a la de Dios.* Pero conviene también añadir que la oración es mucho más que una práctica piadosa, y algo muy diferente de una función mecánica. La oración es, sin duda, un medio decretado por Dios por el cual podemos obtener de El las cosas que pedimos, *con tal que* pidamos conforme a *su voluntad.* Estas páginas se habrán escrito en vano a menos que induzcan, tanto al autor como al lector, a clamar con más profundo fervor que nunca: "Señor, *enséñanos* a orar" (Lucas 11:1).

NUESTRA ACTITUD HACIA LA SOBERANIA DE DIOS

"Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos" (Mateo 11:26).

En el presente capítulo consideraremos, aunque con cierta brevedad, la aplicación práctica que debemos hacer de la gran verdad que hemos ponderado, en sus diversos aspectos, en páginas anteriores. En el capítulo siguiente trataremos con más detalles del *valor* de esta doctrina, pero aquí quisiéramos limitarnos a una definición de lo que conviene sea nuestra *actitud hacia* la soberanía de Dios.

Toda verdad revelada para nosotros en la Palabra de Dios, está allí, no solamente para información nuestra, sino también para sernos inspiración. La Biblia nos ha sido dada, no para satisfacer una curiosidad ociosa, sino para edificar nuestras almas. La soberanía de Dios es más que un principio abstracto que explica el *aspecto racional* del gobierno divino: ha sido designada para fomentar el temor de Dios, nos es dada a conocer para estimularnos a vivir píamente, nos ha sido revelada para traer a sujeción nuestros rebeldes corazones. Un *reconocimiento* auténtico de la soberanía de Dios humilla como sólo esto puede humillar, y somete el corazón humildemente ante Dios, haciendo que renunciemos a la voluntad de nuestro yo y que nos deleitemos en percibir y ejecutar la voluntad divina.

Cuando hablamos de la soberanía de Dios queremos decir muchísimo más que el poder gubernamental

de Dios *puesto en práctica*, aunque, desde luego, esto está incluido en dicha expresión. Como hemos notado en uno de los capítulos anteriores, la soberanía de Dios es la misma esencia de su divinidad. En su sentido más pleno y profundo, el título de este libro significa el *carácter* y *ser* de Aquel cuya voluntad se lleva a cabo y cuyo propósito se cumple. Por tanto, reconocer en verdad la soberanía de Dios es contemplar al propio Soberano. Es venir a presencia de la augusta "Majestad en las alturas". Es tener una visión del Dios tres veces santo en su excelente gloria. Los *efectos* de tal visión pueden aprenderse en los textos bíblicos que describen la experiencia de quienes han alcanzado una visión de Jehová Dios.

Notemos la experiencia de Job, aquel de quien el propio Señor dijo: "No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios, y apartado de mal" (Job 1:8). Al final del libro que lleva su nombre, se nos muestra a Job en presencia de Dios; ¿y cómo se comporta cuando es llevado ante Jehová? Oigamos lo que dice: "De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto *me aborrezco, y me arrepiento* en el polvo y en la ceniza" (Job 42:5,6). Así pues, la visión de Dios, Dios revelado en terrible majestad, hizo que Job se aborreciera a sí mismo, y no solamente esto, sino también que se *humillara* ante el Omnipotente.

Obsérvese a Isaías. En el capítulo seis de su profecía se nos ofrece una escena pocas veces igualada aun en la Escritura. El profeta contempla al Señor en Su trono, un trono "alto y sublime". Encima de este tro-

no están serafines con rostros cubiertos, dando voces diciendo: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos" ¿Cuál es el *efecto de esta visión* en el profeta? Leemos: "*Entonces* dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos" (Isaías 6:5). La visión del *Rey* divino humilló a Isaías hasta el polvo, llevándole, en efecto, a darse cuenta de su propia nulidad.

Prosigamos. Veamos al profeta Daniel. Cerca del final de su vida, este hombre de Dios contempló al Señor en una teofanía. Jehova se apareció a su siervo en forma humana, "vestido de lienzos" y "ceñidos sus lomos" de oro fino, símbolo de santidad y gloria divina. Leemos que "su cuerpo era como piedra de Tarsis, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de metal resplandeciente, y la voz de sus palabras como la voz de ejército". Daniel cuenta entonces el efecto que esta visión tuvo sobre él y los que con él estaban: "Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo; sino que cayó sobre ellos un gran temor, y huyeron, y escondiéronse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, *y no quedó en mí esfuerzo;* antes mi fuerza se me trocó en desmayo, sin retener vigor alguno. Empero oí la voz de sus palabras: y oyendo la voz de sus palabras, estaba yo adormecido *sobre mi rostro*, y mi rostro en tierra" (Daniel 10:6-9). Por tanto, se nos muestra una vez más que la visión del Dios soberano hace que el esfuerzo de la criatura se marchite, y los resultados son que el

hombre es humillado hasta el polvo ante su Hacedor. ¿Cuál, pues, ha de ser nuestra actitud para con el Soberano Supremo? Nuestra respuesta es: la de un

1. *Santo temor.*

¿Por qué las masas están hoy tan absolutamente despreocupadas de las cosas espirituales y eternas, amando los placeres más que a Dios? ¿Por qué aun en los campos de batalla las multitudes son tan indiferentes al bienestar de sus almas? ¿Por qué el desprecio hacia el cielo se está haciendo cada vez más descarado, vocinglero y osado? Porque "no hay temor de Dios delante de sus ojos" (Romanos 3:18). Asimismo, ¿por qué de un tiempo a esta parte la autoridad de las Escrituras está siendo tan tristemente despreciada? ¿Por qué aun entre los que profesan ser pueblo de Dios hay tan poca sujeción a su Palabra, y sus preceptos son tan poco apreciados y tan fácilmente arrinconados? ¡Ah! lo que hoy hace falta es recalcar con todo vigor que Dios es un Dios *que debe ser temido.*

"El principio de la sabiduría es el *temor de Jehová*" (Proverbios 1:7). Feliz el alma que ha sido atemorizada por una visión de la majestad de Dios, que ha tenido una percepción de la pavorosa grandeza de Dios, de Su inefable santidad, de Su perfecta justicia, de Su poder irresistible, de Su gracia soberana. Quizá diga alguno: "¿Pero no son únicamente los no salvos, los que están *fuera* de Cristo, los que tienen que *temer* a Dios?" Quien así hable sepa que los que son salvos, los que están *en Cristo,* son exhortados a ocuparse en su salvación con "temor y temblor". Hubo un tiempo en que

era costumbre general hablar del creyente como de un "hombre temeroso de Dios"; y el hecho de que semejante apelativo se haya casi extinguido sirve para demostrar hasta dónde hemos ido a parar. ¡No obstante, sigue estando escrito: "Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le *temen*"! (Salmo 103:13).

Cuando hablamos de santo temor, desde luego, no queremos decir temor servil, como el que predomina entre los paganos ante sus dioses. No; nos referimos a aquel espíritu que Jehová ha prometido bendecir, aquel espíritu al que el profeta se refería cuando dijo: "A aquél miraré que es pobre y humilde de espíritu, *y que tiembla a mi palabra*" (Isaías 66:2). Esto era lo que el apóstol tenía por objeto cuando escribió: "Honrad a todos. Amad la fraternidad. *Temed a Dios.* Honrad al rey" (I Pedro 2:17). Y nada fomentará tanto este santo temor como el reconocimiento de la majestad soberana de Dios.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? De nuevo respondemos: la de una

2. *Obediencia implícita.*

La visión de Dios nos lleva a darnos cuenta de nuestra pequeñez y nulidad, acaba mostrándonos nuestra dependencia de El, y hace que nos pongamos en sus manos. O también: la visión de la Majestad estimula el espíritu de un santo temor y éste, a su vez, engendra un andar en la obediencia. He aquí, pues, el antídoto divino para el mal innato de nuestros corazones. Naturalmente, el hombre está lleno de su propia

importancia, de su grandeza y autosuficiencia; o lo que es lo mismo, de orgullo y rebeldía. Pero, según hemos visto, el gran remedio consiste en contemplar al Dios Poderoso; sólo esto lo humillará realmente. El hombre se gloría en sí mismo o en Dios. El hombre vive para servirse y agradarse a sí mismo o procura servir y agradar al Señor. Ninguno puede servir a dos señores.

La irreverencia engendra desobediencia. Dijo el altivo monarca de Egipto: "¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? *Yo no conozco a Jehová,* ni tampoco dejaré ir a Israel" (Exodo 5:2). Para Faraón, el Dios de los hebreos era tan sólo *un* dios, uno de tantos, un ser impotente a quien no había por qué temer ni servir. Hasta qué punto estaba equivocado, y cuán cara tuvo que pagar su equivocación, ¡pronto lo descubrió! Pero lo que aquí tratamos de subrayar es que el espíritu despectivo de Faraón era fruto de su irreverencia, y ésta, a su vez, ¡consecuencia de *su ignorancia* acerca de la majestad y la autoridad del Ser Divino!

Ahora bien, si la irreverencia engendra desobediencia, la verdadera reverencia producirá y fomentará la obediencia. Darse cuenta de que la Sagrada Escritura es la revelación del Altísimo, en la que nos habla de Su mente y nos define Su voluntad, es el primer paso hacia la piedad práctica. Reconocer que la Biblia es la Palabra *de Dios,* y que sus preceptos son los preceptos del Omnipotente, nos llevará a ver cuán terrible cosa es despreciarlos e ignorarlos. Recibir la Biblia como mensaje dirigido a nuestras almas, dado por el propio Creador, hará que clamemos con el

salmista: *"Inclina mi corazón a tus testimonios...* Ordena mis pasos con tu palabra" (Salmo 119:36,133). Una vez comprendida y asimilada la soberanía del Autor de la Palabra, ya no habrá lugar a rebuscar y escoger en ella solamente aquellos preceptos y estatutos que cuentan con nuestra aprobación, sino que se tendrá plena conciencia de que la actitud que corresponde a la criatura es la de una sumisión sin reservas y de todo corazón.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con la soberanía de Dios? Sigamos respondiendo: la de una

3. *Entera resignación.*

El verdadero acatamiento de la soberanía de Dios excluirá toda *murmuración.* Esto, aunque evidente por sí mismo, es un pensamiento que merece una detenida reflexión. Es cosa natural murmurar contra pérdidas y aflicciones. Es natural quejarse cuando nos vemos privados de aquellas cosas en las que habíamos puesto nuestros corazones. Somos propensos a considerar nuestras posesiones como incondicionalmente nuestras. Pensamos que cuando hemos desarrollado nuestros planes con prudencia y diligencia, *tenemos derecho* al éxito; que cuando a fuerza de trabajo duro hemos acumulado "competencia", *merecemos* conservarla y disfrutar de ella; que cuando estamos rodeados de una familia venturosa, ningún poder puede penetrar legítimamente en el círculo encantado y herir a un ser que amamos; y si en cualquiera de estos casos llega a producirse un disgusto, la bancarrota o una muerte, el instinto pervertido del corazón humano lo lleva a clamar contra Dios.

¡Ah!, pero en aquel que, por la gracia, ha reconocido la soberanía de Dios, esta murmuración es acallada, y en su lugar el corazón se inclina ante la voluntad divina, reconociendo que El no nos ha afligido tanto como *merecemos*.

La verdadera aceptación de la soberanía de Dios confiesa que El tiene perfecto derecho a hacer de nosotros lo que quiera. Aquel que se inclina ante la voluntad del Omnipotente, reconoce Su derecho absoluto a hacer con nosotros según crea adecuado. Si quiere enviar pobreza, enfermedad, aflicciones familiares, aun cuando el corazón esté sangrando por todos sus poros, dice: El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo? A menudo hay lucha, pues la mente carnal permanece en el creyente hasta el fin de su peregrinaje terreno; pero aunque en su pecho se agite la tormenta, para aquel que realmente se ha entregado a esta bendita verdad, sonará al instante aquella voz que, como antiguamente dijera al turbulento Genezaret, volverá a decir: "Calla, enmudece". Y la tormenta se calmará, y el alma sometida levantará con confianza sus ojos llenos de lágrimas al cielo, y dirá: "Hágase tu voluntad".

Una sorprendente ilustración del alma inclinándose ante la voluntad soberana de Dios es la que nos ofrece la historia de Elí el sumo sacerdote de Israel. En I Samuel 3 se nos enseña cómo Dios reveló al niño Samuel su intención de matar a los dos hijos de Elí a causa de su impiedad, mensaje que Samuel comunicó al anciano sacerdote al otro día por la mañana. Es difícil concebir una noticia más espantosa para el corazón de un piadoso padre. El anuncio de que su hijo va a ser he-

rido de muerte repentina, sean cuales fueren las circunstancias, es una gran prueba para cualquier padre; pero enterarse de que sus dos hijos (en la flor de la vida, pero *sin la menor preparación* para la muerte) habían de ser cortados por juicio divino, tuvo que haber sido verdaderamente abrumador. Mas, ¿cómo reaccionó Elí cuando se enteró por Samuel de tan trágicas nuevas? ¿Qué respondió cuando supo la terrible noticia? "Entonces él dijo: Jehová es; *haga lo que bien le pareciere*" (I Samuel 3:18). Y no salió de él otra palabra. ¡Maravillosa sumisión! ¡Sublime resignación! Precioso ejemplo del poder de la gracia divina para controlar los afectos más intensos del corazón humano y para subyugar la voluntad rebelde, poniendo en ella una sumisión resignada a los decretos soberanos de Jehová.

Otro ejemplo igualmente extraordinario lo tenemos en la vida de Job. Como es bien sabido, Job era temeroso de Dios y apartado del mal. Si jamás hubo alguien que pudiera razonablemente esperar que la providencia divina le sonriera (hablamos humanamente) éste era Job. Pero, ¿cómo le fue? Por un tiempo las cuerdas le cayeron en lugares deleitosos. El Señor llenó su aljaba dándole siete hijos y tres hijas. Le prosperó en los asuntos terrenos hasta convertirlo en un rico hacendado. Mas de repente, el sol de la vida se escondió tras oscuras nubes. En un solo día Job perdió, no sólo sus rebaños y manadas, sino también sus hijos e hijas. Le llegó la noticia de que los ladrones se habían llevado su ganado, y que sus hijos habían sido muertos por un ciclón. ¿Y cómo la recibió? Oíd sus

sublimes palabras: *"Jehová* dio, y *Jehová* quitó". Se inclinó ante la voluntad soberana de Jehová. Atribuyó estas aflicciones a su Primera Causa. Miró más allá de los sabeos que le habían robado el ganado, y más allá de los vientos que habían destruido a sus hijos, y *vio la mano de Dios.* Pero no solamente *reconoció* Job la soberanía de Dios, sino que además *se gozó* en ella. A las palabras "Jehová dio, y Jehová quitó", añadió: *"Sea el nombre de Jehová bendito"* (Job 1:21). Nuevamente decimos: ¡Cuán grata sumisión! ¡Cuán sublime resignación!

La verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que suspendamos temporalmente todos nuestros planes en espera de conocer su voluntad. El autor recuerda muy bien un incidente que tuvo lugar en Inglaterra a principios del presente siglo. La reina Victoria había muerto, y la fecha de la coronación de su hijo mayor, Eduardo, había sido fijada para el mes de abril de 1902. En las participaciones que se enviaron, se habían omitido dos pequeñas letras, D. V., Deo volente: Dios mediante. Todo fue planeado y dispuesto para las imponentes ceremonias propias de tan importante ocasión. Reyes y emperadores de todo el mundo habían recibido invitación para asistir a la ceremonia real. Las invitaciones fueron impresas y exhibidas, pero, que el autor sepa, las letras D. V. no aparecían en ninguna. Se habían preparado un programa de lo más impresionante. El hijo mayor de la reina fallecida había de ser coronado como Eduardo VII en la Abadía de Westminster a cierta hora de un día prefijado. *Entonces intervino Dios,* y todos los planes del hombre

quedaron frustrados. ¡Se oyó un silbo apacible y delicado que decía: "Habéis hecho vuestras cuentas sin Mí", y el Príncipe Eduardo cayó enfermo de apendicitis aplazándose su coronación durante meses!

Como se ha observado, la verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que supeditemos *nuestros* planes a la voluntad de Dios. Hace que reconozcamos que el Divino Alfarero tiene poder absoluto sobre el barro y lo moldea conforme a su propia voluntad imperial. Hace que atendamos a la admonición (hoy, es de lamentar, tan generalmente desatendida) que dice "Ea ahora, los que decís: Hoy y mañana *iremos a tal ciudad,* y estaremos allá un año, y compraremos mercadería, y ganaremos; y no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es un vapor que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual *deberíais* decir: *Si el Señor* quisiere, y si viviéremos, haremos esto o aquello" (Santiago 4:13-15). Sí, es ante la *voluntad del Señor* que debemos inclinarnos. Es *El* quien ha de decir dónde debo vivir: si en este lugar o aquél (Hechos 17:26). Es *El* quien debe determinar en qué circunstancias he de vivir: si en medio de la riqueza o la pobreza, en salud o en enfermedad. Es *El* quien ha de decir cuánto tiempo debo vivir: si he de ser cortado en la juventud como la flor de los campos, o si debo continuar por setenta años. Aprender esta lección *de veras,* es, por la gracia, entrar en una clase elevada de la escuela de Dios; y aun cuando creemos haberla aprendido, descubrimos una y otra vez que hemos de volver a aprenderla.

Preguntémonos nuevamente: ¿Cuál ha de ser nuestra actitud respecto a la soberanía de Dios? Respondemos: la de

4 *Profundo agradecimiento y gozo.*

Cuando el *corazón* capta esta muy bienaventurada verdad de la soberanía de Dios, se produce, no una hosca rendición a lo inevitable, sino algo muy diferente. La filosofía de este mundo agonizante no sabe cosa mejor que "de lo perdido sacar lo que se pueda". Pero en el caso del cristiano debe ser muy diferente. El reconocimiento de la supremacía de Dios, no sólo debe engendrar en nosotros temor santo, obediencia implícita, y completa resignación, sino que debe hacer que digamos con el salmista: "Bendice, alma mía, a Jehová; y bendigan todas mis entrañas su santo nombre". ¿No dice el apóstol: "Dando gracias siempre de todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo"? (Efesios 5:20). ¡Ah, en *este* punto es precisamente donde muy a menudo se pone a prueba el estado de nuestras almas! ¡Lástima que seamos tan obstinados! Cuando las cosas van según *nuestros deseos*, parece que estamos muy agradecidos a Dios; pero ¿qué diremos de aquellas ocasiones en que las cosas nos son adversas y desbaratan nuestros planes?

Damos por supuesto que cuando el verdadero cristiano efectúa un viaje en tren, al llegar a su destino da gracias a Dios con devoción; lo cual, desde luego, equivale a decir que El lo controla todo; de lo contrario deberíamos dar gracias al maquinista, al carbonero, a los encargados de las señales, etc. O si se trata de negocios, al terminar una buena semana se expresa gratitud

al Dador de todo bien (terreno) y de todo don perfecto (espiritual); lo cual también testifica que *El* es quien dirige todos los clientes a nuestra tienda. Hasta aquí, todo va bien. Tales ejemplos no son causa de dificultades. Pero imaginemos lo contrario. Supongamos que mi tren se ha retrasado cuatro horas; ¡supongamos que otro tren ha chocado con él y yo resulto herido! O supongamos que he tenido una semana muy desfavorable en mis negocios, o que un rayo cayó sobre mi tienda provocando un incendio, o que los ladrones penetraron en ella y la saquearon; ¿qué entonces?; ¿veo la mano de Dios en estas cosas?

Tómese una vez más el caso de Job. Cuando experimentó pérdida, ¿qué es lo que hizo? ¿Lamentarse de su "mala suerte"? ¿Maldecir a los ladrones? ¿Murmurar contra Dios? No; se inclinó ante El y lo adoró. ¡Ah, querido lector, no habrá verdadero descanso para tu pobre corazón hasta que aprendas a ver la mano de Dios en todo! Empero para esto es preciso que la fe sea practicada constantemente. ¿Y qué es la fe? ¿Una ciega credulidad? ¿Una resignación fatalista? No, lejos de esto. La fe descansa en la Palabra segura del Dios vivo, y por tanto dice: "*Sabemos* que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, es a saber, a los que conforme al propósito son llamados" (Romanos 8:28); en consecuencia, la fe da gracias "siempre de todo". La fe que obra "se goza en el Señor *siempre*" (Filipenses 4:4).

Pasamos ahora a notar cómo el Señor Jesucristo ejemplificó maravillosa y perfectamente este reconocimiento de la soberanía de Dios expresado en el temor

de Dios, la obediencia implícita, la resignación completa, y el agradecimiento y gozo profundos. En todas las cosas el Señor Jesús nos ha dejado ejemplo para que sigamos sus pasos. Pero ¿es esto cierto en cuanto al primero de los puntos que se han mencionado? ¿Acaso las palabras "temor de Dios" han estado alguna vez relacionadas con su nombre sin par? Teniendo en cuenta que "temor de Dios" no significa terror servil, sino más bien sujeción y reverencia filiales, y recordando también que "el principio de la sabiduría es el temor de Jehová", ¿no sería bastante extraño si no se hiciera mención alguna del "temor de Dios" con respecto a Aquel que era la sabiduría hecha carne? ¡Qué palabra tan maravillosa y preciosa es la de Hebreos 5:7! "Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído *a causa de su temor reverente...*" (1).¿Qué fue, sino "*temor reverente*", lo que hizo que el Señor Jesús estuviera "sujeto" a María y José en los días de Su infancia? ¿No era "*temor reverente*", sujeción filial a Dios y reverencia hacia El, lo que vemos manifiesto cuando leemos: "Y vino a Nazaret, donde había sido criado; y entró *conforme a su costumbre*, el día del sábado en la sinagoga"? (Lucas 4:16). ¿No fue, acaso, "temor reverente" lo que hizo que el Hijo de Dios, al ser tentado por Satanás a adorarle postrado, dijera: "Escrito está: Al *Señor tu Dios* adorarás, y a El solo servirás"? ¿No fue este "temor de Dios" lo que le movió a decir al leproso limpiado: "Ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece el presente que *mandó* Moisés"? (Ma-

(1) Versión revisada de 1960.

teo 8:4). Mas, ¿por qué multiplicar las ilustraciones? (2).

¡Cuán perfecta la *obediencia* que el Señor Jesús rindió a Dios Padre! Y al reflexionar en esto, no perdamos de vista aquella gracia maravillosa que hizo que El, que era precisamente en forma de Dios, se humillara hasta tomar forma de *Siervo,* siendo así puesto en un lugar adecuado para la obediencia. Como Siervo perfecto obedeció por completo a su Padre. Hasta qué punto esa obediencia fue absoluta y perfecta, podemos aprenderlo en las palabras "hecho *obediente hasta la muerte,* y muerte de cruz" (Filipenses 2:8). El hecho de que fue una obediencia consciente e inteligente lo vemos patente en su propio lenguaje: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. *Este mandamiento* recibí de mi Padre" (Juan 10:17,18). ¿Y qué diremos de la absoluta *resignación* del Hijo a la voluntad del Padre, sino que entre Ellos hubo una entera unidad y acuerdo? Dijo El: "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió" (Juan 6:38). Todos los que han seguido atentamente Su camino, según está trazado en las Escrituras, saben cuán plenamente demostró esta afirmación. ¡Miradlo en Getsemaní! La "copa" amarga, en la mano del Padre, le es pre-

(2) Obsérvese que la profecía del Antiguo Testamento declaró también que reposaría sobre El "el espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de **temor de Jehová"** (Isaías 11:1,2).

sentada. Observad su actitud. *Aprended* de Aquél que era manso y humilde de corazón. Recordad que en aquel huerto vemos la Palabra hecha carne: un Hombre perfecto. Todo su cuerpo se estremece al considerar los padecimientos físicos que le esperan; su naturaleza santa y sensible se encoge ante las atroces indignidades que van a amontonarse sobre El; su corazón se quebranta ante el horrible "vituperio" que se acerca; su espíritu se turba al prever el tremendo conflicto con la Potestad de las Tinieblas. Pero sobre todas las cosas, su alma se horroriza ante el pensamiento de ser apartada de Dios mismo. Así, y en aquel lugar, derrama su alma ante el Padre, y con gran clamor y lágrimas, vierte como grandes gotas de sangre. Y ahora observad y escuchad. Apagad los latidos de vuestros corazones, y oíd las palabras que caen de sus benditos labios: "Padre, si *quieres*, pasa este vaso de mí; *empero* no se haga mi voluntad, sino *la tuya*" (Lucas 22:42). He aquí la sumisión personificada. Aquí tenemos el ejemplo supremo de la resignación a la voluntad de un Dios soberano; ejemplo que El nos ha dejado para que sigamos sus pasos. El que era Dios se hizo hombre, y fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, para mostrarnos *cómo* llevar *nuestra* naturaleza de criaturas.

Antes hemos preguntado: ¿Qué diremos de la resignación absoluta de Cristo a la voluntad del Padre? Respondemos además, que en este caso, como en todos, El fue único y sin par. En todas las cosas El tiene el primado. En el Señor Jesús no hubo una voluntad rebelde que quebrantar. En su corazón no había nada

que someter. ¿No fue ésta una de las razones de que, en el lenguaje de la profecía, dijera: "Yo soy gusano, y no hombre"? (Salmo 22:6). *¡Un gusano no tiene poder para resistir!* Y fue por no *haber* resistencia alguna en El, que pudo decir: "*Mi comida* es que haga la voluntad del que me envió" (Juan 4:34). Más aún, fue porque su armonía con el Padre era perfecta en todo lo que dijo: "El hacer tu voluntad, Dios mío, *hame agradado,* y tu ley está en medio de mis entrañas" (Salmo 40:8). Nótese la última cláusula y obsérvese *Su* incomparable excelencia. Dios ha de poner Sus leyes en *nuestros* espíritus, y *escribirlas* en *nuestros* corazones (véase Hebreos 8:10), pero Su ley estaba ya en el corazón de Cristo.

¡Qué hermosa y notable ilustración del agradecimiento y el gozo de Cristo es la que se halla en Mateo 11. En este pasaje vemos, primeramente, la débil fe de su heraldo (vs. 2,3). En segundo lugar, el descontento del pueblo, a quien no agradó el gozoso mensaje de Cristo ni la solemne predicación de Juan (versículos 16-20). Después, vemos también la falta de arrepentimiento de aquellas ciudades privilegiadas en que nuestro Señor había hecho sus obras más portentosas (vs. 22-24). ¡Y finalmente leemos: "*En aquel tiempo,* respondiendo Jesús, dijo: Te *alabo* Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado a los niños"! (v. 25). Nótese que el pasaje paralelo en Lucas 10 empieza diciendo: "En aquella misma hora Jesús *se alegró* en espíritu, y dijo: Yo te alabo", etc. ¡Ah, esto sí que era sumisión en su más pura forma! He aquí a Aquel por quien los mundos fueron hechos,

en los días de Su humillación y frente a Su rechazamiento, inclinándose en agradecido y gozoso acatamiento ante la voluntad del "Señor del cielo y de la tierra".

¿Cuál ha de ser nuestra actitud con respecto a la soberanía de Dios? Respondamos finalmente: la de

5. *Adoración.*

Se ha dicho, con razón, que "el verdadero culto está basado en el *reconocimiento* de una GRANDEZA que se aprecia en grado superlativo en la soberanía, no habiendo otro estrado en que los hombres adoren *realmente*" (J. B. Moody). En presencia del Rey Divino en Su trono, aun los serafines "cubren sus rostros".

La soberanía divina no es la soberanía de un déspota tiránico, sino la voluntad puesta en acción por Aquel que es infinitamente sabio y bueno. Puesto que Dios es infinitamente sabio, *no puede* errar, y puesto que es infinitamente justo, *no* comete injusticia. He aquí *la maravillosa esencia* de esta verdad. El mero y solo hecho de que la voluntad de Dios es irresistible e irrevocable, me llena de temor; pero una vez me doy cuenta de que El solamente quiere lo bueno, mi corazón se llena de gozo.

Esta es, pues, la respuesta conclusiva a la cuestión que se trata en el presente capítulo: ¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? La actitud que nos corresponde adoptar es la de temor reverente, obediencia implícita, y resignación y sumisión sin reserva alguna. Pero no solamente esto: el reconocimiento de la soberanía de Dios, y el conocimiento y comprensión de que el Soberano mismo es mi *Padre,* ha de

abrumar mi corazón y hacer que me incline ante El en devota adoración. En todo momento mis palabras han de ser: "Así, Padre, pues que *así agradó* en tus ojos". Terminamos con un ejemplo que ilustrará perfectamente lo que queremos decir.

Hace aproximadamente dos siglos, la piadosa Madame Guyon, después de haber pasado diez años en un calabozo situado muy por debajo del nivel del suelo, alumbrado solamente por una vela a la hora de las comidas, escribió estas palabras:

Cual ave prisionera, en incansable trino,
ausente de los vientos, elevo al Rey mi canto;
contenta entre mis rejas, feliz en mi destino
porque así le ha placido al Dios tres veces Santo.

No tengo cosa alguna en que ocupar mi mente;
cantando paso el día, segura en mi recreo
que mi canción escucha el Ser Omnipotente
que trabara mis alas, al que agradar deseo.

Aunque muros de piedra mis libertades veden
y aprisionen mi vida, en mi canto de euforia
mi corazón es libre: jamás cadenas pueden
aherrojar mi alma en su vuelo de gloria.

¡Oh, cuán grato este vuelo a la dulce presencia,
liberta en el Maestro cuyo designio adoro!
¡Tu voluntad yo amo; en tu real Providencia
el espíritu es libre, y en tus delicias moro!

EL VALOR DE ESTA DOCTRINA

> **"Toda Escritura es inspirada divinamente,
> Y útil para enseñar,
> Para redargüir, para corregir, para instituir en justicia,
> Para que el hombre de Dios sea perfecto,
> Enteramente instruído para toda buena obra"
> (II Timoteo 3:16,17).**

"Toda escritura es inspirada divinamente, y *útil para enseñar,* para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra" (II Timoteo 3:16,17). "Doctrina" es "enseñanza", y es por medio de la doctrina o enseñanza que nos son dadas a conocer las grandes realidades de Dios y de nuestra relación con El: de Cristo, del Espíritu, de la salvación, de la gracia, de la gloria. Es por medio de la doctrina (a través del poder del Espíritu) que los creyentes son alimentados y edificados, y cuando ésta se descuida, el crecimiento en la gracia y el testimonio eficaz por Cristo cesan inevitablemente. Es, pues, muy triste que hoy día la doctrina sea popularmente considerada como "poco práctica", cuando, de hecho, es la esencia básica de la vida práctica. Hay una relación inseparable entre lo que se cree y lo que se practica: "Porque cual es su pensamiento en su alma, *tal* es él" (Proverbios 23:7). La relación existente entre la verdad divina y el carácter cristiano es la que hay entre causa y efecto: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará" (Juan 8:32); os libertará de la ignorancia.

os libertará del prejuicio, os libertará del error, os libertará de las asechanzas de Satanás, os libertará del poder del mal; mas si la verdad no es "conocida", no se disfrutará de tal libertad. Obsérvese el *orden* de las palabras en el pasaje con que hemos empezado. ¡Toda Escritura es útil *primeramente* para "enseñar", para adoctrinar! Este mismo orden es el que se observa en todas las epístolas, particularmente en los grandes tratados doctrinales del apóstol Pablo. Léase la epístola a los Romanos, y se descubrirá que no hay una sola admonición en los primeros cinco capítulos. En la epístola a los Efesios no hay exhortación alguna hasta que se llega al capítulo cuatro. El orden seguido es, primeramente, exposición doctrinal, y luego admonición o exhortación para la disciplina del andar cotidiano.

La adopción de la llamada predicación "práctica" en lugar de la exposición doctrinal, a la cual ha venido a suplantar, es la causa y raíz de muchas de las malignas enfermedades que afligen actualmente a la Iglesia de Dios. El que haya tanta superficialidad, tan escasa penetración, tan reducido conocimiento de las verdades fundamentales del cristianismo, se debe a que son muy pocos los creyentes que están arraigados en la fe, debido a no haber oído la exposicón de las doctrinas de la gracia o a no haber hecho un estudio personal de las mismas. Mientras el alma no esté confirmada en la doctrina de la inspiración divina de las Escrituras, en su inspiración plenaria y literal, no habrá ningún fundamento firme en que la fe pueda descansar. Mientras el alma ignore la doctrina de la justificación, no puede tener una certeza real y consciente de ser

acepta en el Amado. Mientras el alma no esté familiarizada con las enseñanzas de la Palabra en cuanto a la santificación, está expuesta a recibir todos los errores del perfeccionismo u otras enseñanzas equivocadas. Y así podríamos continuar citando todas las doctrinas cristianas. Es la *ignorancia* de la doctrina lo que ha hecho que la Iglesia visible sea impotente para enfrentarse con la creciente marea de infidelidad. Es la *ignorancia* de la doctrina la principal responsable de que miles que profesan ser cristianos sean atraídos por los numerosos falsos "ismos" de la actualidad. Ha llegado ya el momento en que la mayoría de nuestras iglesias "*no sufrirán* la sana doctrina" (II Timoteo 4:3), y por esto reciben tan fácilmente las falsas enseñanzas. Es cierto, desde luego, que la doctrina, como todo en la Escritura, puede estudiarse desde un punto de vista meramente frío e intelectual, y que, enfocándolo *así*, la enseñanza y el estudio doctrinal no alcanzarán el *corazón*, y serán naturalmente "áridos" e inútiles. Pero la doctrina, aceptada con todas sus implicaciones y estudiada con un corazón *preparado*, conducirá siempre a un conocimiento más profundo de Dios y de las inescrutables riquezas de Cristo.

Por consiguiente, la doctrina de la soberanía de Dios no es un mero dogma metafísico sin ningún valor práctico, sino que es una enseñanza destinada a influir poderosamente en el carácter cristiano y en el andar de cada día. La doctrina de la soberanía de Dios es básica en la teología cristiana, y su importancia es, quizá, solamente superada por la de la inspiración divina de las Escrituras. Es el centro de gravedad del sistema

de la verdad cristiana; el sol a cuyo alrededor giran todos los orbes menores; el hilo que, sujetándolas y dándoles unidad, ensarta, como perlas, todas las demás doctrinas. Es la plomada que sirve para examinar todo credo; la balanza en que se ha de pesar todo dogma humano. Está designada para ser el áncora de la esperanza de nuestras almas en medio de las tormentas de esta vida. La doctrina de la soberanía de Dios es un tónico divino para reanimar nuestros espíritus. Está destinada y expresamente formada para moldear los afectos del corazón, y para guiar debidamente la conducta. Produce gratitud en la prosperidad y paciencia en la adversidad. Proporciona consuelo para el presente y seguridad para el futuro desconocido. Es y hace todo lo que acabamos de decir, y mucho más, porque da a Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) la gloria que se le debe, y coloca a la criatura en el lugar que le corresponde ante El: en el polvo.

Consideraremos ahora el valor de esta doctrina en detalle.

1. *Hace más profunda nuestra veneración por el carácter divino.*

La doctrina de la soberanía de Dios, según es revelada en las Escrituras, presenta una visión sublime de las perfecciones divinas. Sostiene *sus derechos* como Creador. Insiste en que "nosotros empero no tenemos más que un Dios, el Padre, *del cual son todas las cosas,* y nosotros en El; y un Señor Jesucristo, *por el cual son todas las cosas,* y nosotros por El" (I Corintios 8: 6). Declara que sus derechos son los del "alfarero"

que da forma al barro haciendo vasos del tipo que quiere y para el uso que desea. Su testimonio es: "Tú creaste todas las cosas, *y por tu voluntad* tienen ser y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11). Afirma que nadie tiene derecho a "replicar" a Dios, y que la única actitud que corresponde a la criatura es la de una reverente sumisión ante El. Es, por tanto, de gran importancia práctica el comprender verdaderamente la supremacía absoluta de Dios, pues a menos que adoptemos la actitud que ante su excelsa soberanía nos corresponde, El no será jamás honrado en lo que de El pensemos ni ocupará en nuestros corazones y vidas el lugar debido.

Nos habla del *carácter inescrutable de su sabiduría.* Muestra que, aunque Dios es infinito en su *santidad,* ha permitido que el *mal* entrase en su hermosa creación; que si bien es poseedor de *toda potestad,* ha permitido que el diablo guerree *contra El* por lo menos desde hace seis mil años; que si bien es la perfecta personificación del *amor,* no perdonó a su propio Hijo; que si bien es el Dios de *toda gracia,* no todos son hechos participantes de dicha gracia. ¡Cuán sublimes misterios son éstos! La Escritura no los niega, antes bien reconoce su existencia: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán *incomprensibles* son sus juicios, e *inescrutables* sus caminos!" (Romanos 11:33).

Da a conocer el *carácter irrevocable de su voluntad.* "Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras" (Hechos 15:18). Desde el principio, Dios tuvo el propósito de glorificarse "en la iglesia por Cristo Jesús, por todas edades del siglo de los siglos" (Efe-

sios 3:21). Con este fin, creó el mundo y formó al hombre. Su plan omnisciente no fue frustrado porque éste cayera, pues en el Cordero "muerto desde el principio del mundo" (Apocalipsis 13:8) echamos de ver que la caída estaba prevista. Tampoco la impiedad de los hombres caídos estorba Su propósito, según se aprecia claramente en las palabras del salmista: *"Ciertamente la ira del hombre te acarreará alabanza*: Tú reprimirás el resto de las iras" (Salmo 76:10). La voluntad de Dios no puede ser resistida, porque El es el Omnipotente. "Sus propósitos tuvieron origen en la eternidad, y se van cumpliendo inmutablemente hasta la eternidad. Se extienden a todas sus obras, y señorean todos los acontecimientos. El 'hace todas las cosas según el consejo de su voluntad'" (Dr. Rice). Ni el hombre ni el diablo pueden resistirle con eficacia, pues está escrito: "Jehová reina; *temblarán los pueblos*" (Salmo 99:1).

Engrandece *su gracia.* La gracia es favor inmerecido; por tanto, y puesto que se manifiesta a los que no la merecen, a los que son reos del infierno, a los que no tienen ningún *derecho* sobre Dios, es *libre,* y al ser libre, puede mostrarse al más grande de los pecadores. Del mismo modo, al ser ejercida para con los que están *destituídos* de dignidad o mérito, es igualmente *soberana;* es decir, Dios la concede a quien quiere. La soberanía divina ha ordenado que *algunos* sean condenados por sus pecados, para mostrar que *todos* merecían tal fin. Pero la gracia interviene y escoge, de entre una humanidad perdida, un pueblo para el nombre

de Dios, para ser por toda la eternidad monumento de Su favor inescrutable. La gracia soberana revela a Dios quebrantando la oposición del corazón humano, subyugando la enemistad de la mente carnal, y llevándonos a amarle porque El nos amó primero.

2. *Es el fundamento sólido de toda verdadera religión.*

Esto se desprende naturalmente de lo que antes hemos dicho bajo el primer encabezamiento. Si la doctrina de la soberanía divina es la única que coloca a Dios en el lugar que le corresponde, es lógico también pensar que sólo ella pueda ofrecer una base firme sobre la cual la religión práctica pueda edificar. No habrá progreso alguno en las cosas de Dios, si antes no hay un reconocimiento personal de que El es Supremo, de que ha de ser temido y reverenciado, de que ha de ser confesado y servido *como Señor.* En vano leemos las Escrituras si no acudimos a ellas con ardiente deseo de saber cada vez más de la voluntad de Dios para con nosotros; cualquier otro motivo sería egoísta, inadecuado e indigno. Toda oración que elevemos a Dios será mera presunción carnal si no es ofrecida "conforme a *Su* voluntad"; no hacerlo así es pedir "mal", es pedir para gastar en *nuestros* deleites. Todo servicio en que nos ocupemos será "obra muerta" si no lo hacemos para la gloria de Dios. La religión viva consiste principalmente en la percepción y práctica de la voluntad divina; práctica tanto activa como pasiva. Somos predestinados para ser "hechos conformes a la imagen de su Hijo", cuya comida fue siempre hacer la voluntad de Aquél que le envió; y la medida en que cada uno de los santos, en su vida diaria, es hecho "confor-

me" de una manera práctica, viene determinada en gran parte por su respuesta a la palabra de nuestro Señor: "Llevad mi yugo sobre vosotros, *y aprended de mí*, que soy manso y humilde de corazón".

3. *Repudia la herejía de la salvación por las obras.*

"Hay camino que al hombre parece derecho; empero su fin son caminos de muerte" (Proverbios 14:12). El camino que "parece derecho" y que termina en "*muerte*", muerte eterna, es la salvación por los esfuerzos y méritos humanos. La creencia en la salvación por las obras es común a la naturaleza humana. Quizá no siempre adopte la forma más burda de las penitencias papistas, o ni siquiera la del "arrepentimiento" protestante; es decir, la del pesar por el pecado, lo cual no es, de ninguna manera, el significado pleno del arrepentimiento bíblico. Todo lo que dé al hombre un lugar, por insignificante que éste sea, no es más que una variedad del mismo género maligno. Decir como por desgracia dicen muchos predicadores, que Dios quiere hacer su parte si tú quieres hacer la tuya, es una lamentable e inexcusable *negación* del Evangelio de Su gracia. Declarar que Dios ayuda a los que se ayudan, es *repudiar* una de las verdades más preciosas enseñadas en la Biblia, y sólo en la Biblia; a saber, que Dios ayuda a los que *no pueden* ayudarse a sí mismos, los cuales lo han intentado una y otra vez, cosechando el fracaso como único resultado. Decir que la salvación del pecador depende de la acción de su *propia* voluntad, es otra forma del dogma que deshonra a Dios, el dogma de la salvación por el esfuerzo humano. Si pensamos un momento, veremos que todo movimento de la

voluntad es una obra: es algo que *procede de mí,* algo que yo *hago.* Pero la doctrina de la soberanía de Dios pone la segur a la raíz de este árbol malo declarando: "*No es del que quiere,* ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Romanos 9:16). Quizá alguno diga que tal doctrina llevará a los pecadores a la *desesperación,* a lo cual sólo tenemos que decir una palabra: Amén. Esta es la clase de desesperación que el autor desearía ver en cada corazón. Mientras el pecador confíe en sus propias fuerzas, no caerá en brazos de la misericordia soberana; pero una vez que el Espíritu Santo le convenza de que no hallará *ayuda alguna* en sí mismo, reconocerá que está *perdido,* y clamará: "Dios, sé propicio a mí, pecador", y *este* clamor será oído. Si se permite al autor dar testimonio personal, dirá que en el transcurso de su ministerio ha descubierto que los sermones que han recibido más reconocimiento y bendición en la salvación de los perdidos han sido aquellos en los que ha predicado la depravación humana, la impotencia del pecador para hacer *algo* por sí mismo, y la dependencia del alma de la misericordia soberana de Dios para salvación. Repetimos, pues, que una experiencia de absoluta *impotencia* es el primer requisito previo de cualquier conversión genuina. No hay salvación para un alma, mientras no mire lejos de sí, mientras no fije sus ojos en algo, o mejor dicho, en Alguien *que no está en ella.*

4. *Es profundamente humillante para la criatura.*

Esta doctrina de la soberanía absoluta de Dios es un potente ariete contra el orgullo humano, y en esto

radica su más agudo contraste con las "doctrinas de los hombres". El espíritu de nuestra época es esencialmente un espíritu de jactancia y glorificación humana. Los éxitos del hombre, sus adelantos y progresos, su grandeza y autosuficiencia, son el santuario donde el mundo adora hoy día. Empero la verdad de la soberanía de Dios, con todo su corolario, quita toda base para la jactancia humana, y en su lugar instila el espíritu de humildad. Esta verdad declara que la salvación es del Señor: del Señor en su origen, en su acción, y en su consumación. Recalca que es El quien no sólo ha de ofrecer, sino también obrar; quien no sólo ha de comenzar su obra salvadora en nuestras almas, sino también perfeccionarla; quien nc sólo ha de llamarnos, sino también mantenernos y sustentarnos hasta el fin. Enseña que la salvación es por gracia por la fe, y que *todas* nuestras obras (antes de la conversión), tanto las buenas como las malas, nada cuentan para ser salvos. Nos dice que no somos "engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios" (Juan 1:13). Y todo esto es muy humillante para el corazón del hombre, que siempre quiere contribuir al precio de su redención, y hacer algo que le permita jactarse y sentirse satisfecho de sí mismo.

Pero si esta doctrina *nos* humilla, redunda en cambio para alabanza de Dios. Si, a la luz de la soberanía divina, hemos visto nuestra indignidad e impotencia, clamaremos ciertamente con el salmista: "*Todas* mis fuentes estarán *en ti*" (Salmo 87:7). Si por naturaleza éramos "hijos de ira", y por nuestra forma de vivir, re-

beldes contra el gobierno divino y justamente expuestos a la "maldición" de la ley, al no tener Dios obligación *alguna* de rescatarnos de la ardiente indignación, ¡cómo no derretirán nuestros corazones la gracia y el amor de dar a su Hijo amado por *nosotros!*, ¡cómo no hará que al comprenderlo digamos con agradecida adoración: "*No a nosotros,* oh Jehová, no a nosotros, *sino a tu nombre da gloria;* por tu misericordia , por tu verdad"! (Salmo 115:1). ¡Cuán prestamente cada uno de nosotros ha de reconocer: "*Por la gracia de Dios* soy lo que soy"! Cuán llena de maravillosos sentimientos será nuestra alabanza al exclamar:

"Por qué, Señor, se me llevó a oír tu dulce voz,
"Por qué se me hizo entrar a mí, mientras había lugar
Habiendo miles por doquier que escogen lo peor,
Y antes prefieren sucumbir que en tu mansión posar.

Fue el mismo amor que preparó el celestial festín,
Quien dulcemente me tomó y me obligó a entrar;
Pues de otra forma yo jamás hubiese ido hasta allí,
Y en mi pecado y corrupción habría muerto ya".

(Isaac Watts)

5. *Ofrece una experiencia de certeza absoluta.*

Dios es infinito en poder, y por tanto es imposible resistir a su voluntad u oponerse al cumplimiento de sus decretos. Semejante declaración podrá llenar de alarma al pecador, pero en el santo no despierta sino alabanza. Comprobaremos esta verdad añadiendo unas palabras más: Mi Dios es infinito en poder, *por tanto* "no temeré lo que me pueda hacer el hombre". Mi Dios es infinito en poder, *por tanto* "en el día que temo, yo en ti confío". Mi Dios es infinito en poder,

por tanto "en paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque sólo Tú, Jehová, me harás estar confiado" (Salmo 4:8). A través de los tiempos ésta ha sido la fuente de la confianza de los santos. ¿No fue ésta la certeza de Moisés cuando, en sus palabras de despedida a Israel, dijo: "No hay como el Dios de Jesurún, montado sobre los cielos para tu ayuda, y sobre las nubes con su grandeza. El eterno Dios es tu refugio, *y acá abajo los brazos eternos*"? (Deuteronomio 33:26,27). ¿No fue esta sensación de seguridad lo que hizo que el Salmista, movido por el Espíritu Santo, escribiera: "El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: *Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en El confiaré.* Y El te *librará* del lazo del cazador, de la peste destruidora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. *No tendrás temor* de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día; ni de pestilencia que ande en oscuridad, ni de mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra: *mas a ti no llegará...* Porque tú has puesto a Jehová que es mi esperanza, al Altísimo por *tu habitación,* no te sobrevendrá mal (al contrario, todas las cosas ayudarán a *bien*), ni plaga tocará tu morada"? (Salmo 91).

> **"Circúndanme temores, plagas, muertes,**
> **empero hasta que El quiera he de vivir;**
> **mientras el Dios de amor no lo decrete,**
> **ni la flecha que vuela podrá herir."**
>
> **(John Ryland)**

¡Oh, cuán preciosa es esta verdad! Heme aquí, "oveja" infeliz, desvalida y torpe, pero *segura* en ma-

nos de Cristo. ¿Y por qué *esta* seguridad? ¡Nadie me puede arrebatar de esta mano, *porque* es la mano del Hijo de Dios, que posee toda potestad en el cielo y en la tierra! Tampoco tengo fortaleza propia; y ante las asechanzas del mundo, el demonio y la carne me encomiendo al cuidado y vigilancia del Señor, y digo con el apóstol: "Yo sé a quien he creído, y estoy cierto *que es poderoso* para guardar mi depósito para aquel día" (II Timoteo 1:12). ¿Y cuál es la base de mi confianza? ¿*Cómo sé* que es poderoso para guardar mi depósito? Lo sé porque Dios es *todopoderoso*, Rey de reyes y Señor de señores.

6. *Ofrece consuelo en los pesares.*

La doctrina de la soberanía de Dios es un manantial de consolación que rebosa e infunde gran paz al cristiano. La soberanía de Dios es un fundamento que nada ni nadie puede conmover, más firme que los cielos y la tierra. ¡Qué bendición saber que no hay un solo rincón del universo que esté fuera de Su alcance!; como dijo el salmista: "¿Adónde me iré de tu espíritu? ¿*Y adónde huiré de tu presencia?* Si subiere a los cielos, *allí estás Tú;* y si en abismo hiciere mi estrado, he aquí *allí Tú estás.* Si tomare las alas del alba, y habitare en el extremo de la mar, *aun allí me guiará tu mano,* y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; *aun la noche resplandecerá tocante a mí.* Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día: lo mismo te son las tinieblas que la luz" (Salmo 139:7-12). ¡Qué bendición saber que la fuerte mano de Dios está sobre todos y sobre todo! ¡Qué bendición saber que ni un gorrión cae

al suelo sin que El se dé cuenta! ¡Qué bendición saber que aun nuestras *aflicciones* no vienen por casualidad, ni proceden del diablo, sino que son ordenadas y mandadas *por Dios!* "Para que nadie se conmueva por estas tribulaciones; porque vosotros *sabéis* que nosotros somos *puestos* para esto" (I. Tesalonicenses 3:3).

Pero nuetro Dios es infinito, no solamente en poder, sino también en sabiduría y bondad. Y en esto estriba lo precioso de esta doctrina. ¡Dios quiere solamente lo que es bueno, y Su bondad es irrevocable e irresistible! Dios es demasiado sabio para errar y demasiado amante para hacer derramar a sus hijos una sola lágrima innecesaria. Por tanto, si Dios es perfecta sabiduría y perfecta bondad, ¡cuán bendita certeza es la de que todo *está* en *su* mano, y es moldeado por su voluntad conforme a su propósito eterno! "He aquí, arrebatará; ¿quién le hará restituir? ¿quién le dirá, qué haces?" (Job 9:12). Sin embargo, ¡cuán consolador es saber que *es* "El", y no el diablo, quien "arrebata" a aquellos que amamos! ¡Qué paz para nuestros pobres y frágiles corazones cuando se nos dice que el número de nuestros días está determinado por El (Job 7:1; 14:5); que la enfermedad y la muerte son mensajeros suyos, sujetos siempre a *sus* órdenes; que es el Señor quien da y el Señor quien quita!

7. *Engendra un espíritu de apacible resignación.*

Acatar la voluntad soberana de Dios es uno de los grandes secretos de la paz y la felicidad. No puede haber verdadera sumisión y contentamiento si no somos quebrantados en espíritu, es decir, hasta que queramos y nos agrade que el Señor haga de nosotros *su volun-*

tad. No queremos decir con estas palabras que sea necesario un espíritu de *acatamiento fatalista;* todo lo contrario: La exhortación dada a los santos es "que *experimentéis* cuál sea la *buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*" (Romanos 12:2).

En el capítulo anterior hemos tocado este tema de la resignación ante la voluntad de Dios, y allí, además del Modelo supremo, citamos el ejemplo de Elí y Job; mas ahora quisiéramos añadir nuevos ejemplos. ¡Qué palabras las de Levítico 10:3!: "Y Aarón calló". ¡Fijaos en las circunstancias!: "Y los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en ellos, sobre el cual pusieron perfume, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que El nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová que los quemó, y murieron delante de Jehová... *Y Aarón calló*". Dos de los hijos del sumo sacerdote habían sido muertos, muertos por una visitación del *juicio divino,* y probablemente estaban *embriagados* en aquel momento; además, esta prueba le sobrevino a Aarón *repentinamente,* sin tener la más remota idea de lo que había de ocurrir; pero "calló". ¡Preciosa ejemplificación del poder de la gracia plenamente suficiente de Dios!

Consideremos ahora una expresión salida de labios de David: "Pero dijo el rey a Sadoc: Vuelve el arca de Dios a la ciudad; que si yo hallare gracia en los ojos de Jehová, El me volverá, y me hará ver a ella y a su tabernáculo. Y si dijere. No me agradas; aquí estoy, *haga de mí lo que bien le pareciere*" (II Samuel 15:25, 26). También aquí las circunstancias con las que se enfrentaba el que de esta forma hablaba, eran en ex-

tremo penosas para el corazón humano. David estaba abrumado por el pesar. Su propio hijo quería arrojarlo del trono, y buscaba su propia vida. No sabía si volvería a ver a Jerusalem y al Tabernáculo. Pero estaba tan entregado a Dios, tenía tan plena certeza de que *Su* voluntad era lo mejor, que aunque significara la pérdida del trono y la de su vida, estaba contento de que El hiciera lo que quisiere: "Haga de mí lo que bien le pareciere".

No hay necesidad de multiplicar los ejemplos, pero bueno será reflexionar sobre este último caso. Si en medio de las sombras de la dispensación del Antiguo Testamento, David estaba contento de que Jehová hiciese *lo que quisiera,* ahora que el *corazón* de Dios ha sido plenamente revelado en la cruz, ¡cuánto más deberíamos *nosotros* deleitarnos en el cumplimiento de Su voluntad! Ciertamente no hemos de vacilar en decir:

"El mal que El bendice es nuestro bien,
Y el bien no bendecido es nuestro mal;
Y aun lo más malo nos ayuda a bien,
Si es de Su bendita voluntad."

8. *Inspira un canto de alabanza.*

No podía ser de otro modo. ¿Por qué yo, que por naturaleza nada tengo que me distinga de las indiferentes e impías muchedumbres que me rodean, había de ser escogido en Cristo antes de la fundación del mundo, y ahora bendecido con toda bendición espiritual en lugares celestiales en El? ¿Por qué fui yo, que en otro tiempo era un extraño y rebelde, escogido para tan portentosos favores? ¡Ah, es algo cuya profundidad no puedo sondar! Tal gracia, tal amor, "sobrepuja

todo entendimiento". Pero aunque mi mente no pueda discernir una razón para ello, mi corazón sí que puede expresar su gratitud en alabanza y adoración. Mas no solamente debo estar agradecido a Dios por su gracia para conmigo en el pasado, sino que su continuo proceder hacia mí me llena también de gratitud. ¿Cuál es el sentido de las palabras: *"Gozaos en el Señor siempre"*? (Filipenses 4:4). Fijaos en que no dice: "Gozaos *en el Salvador*", sino que hemos de "gozarnos en el Señor" *como* "Señor", como *Dueño* de toda circunstancia. ¿Es necesario recordar al lector que cuando el apóstol escribió estas palabras él mismo estaba prisionero en manos de las autoridades romanas? Ya antes había padecido una larga serie de aflicciones. Peligros en tierra y en la mar, hambre y sed, azotes y apedreamientos, habían sido su experiencia. Había sido perseguido por los que estaban en la Iglesia tanto como por los que estaban fuera: los que debieran haberle apoyado le habían abandonado. ¡Y aun escribe: *"Gozaos* en el Señor *siempre"*! ¿Cuál era el secreto de su paz y su felicidad? ¡Ah! ¿Acaso él no había escrito: "Y sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas *les ayudan a bien,* es a saber, a los que conforme al propósito son llamados"? (Romanos 8:28). Pero, ¿cómo "sabía" él, y cómo "sabemos" nosotros, que *todas* las cosas ayudan a *bien*? Lo sabemos porque *todas* las cosas están bajo el control del Soberano Supremo, porque El las dirige, y porque *El* no tiene sino pensamientos de amor hacia los suyos; lo cual significa que "todas las cosas" están ordenadas por El de tal manera que *contribuyen a nuestro bien último.* Es por esta causa que

hemos de dar "gracias *siempre* de *todo* al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Efesios 5: 20). Sí, dar gracias por "todo", pues, como se ha dicho muy bien, "nuestros disgustos no son sino *Sus* designios". Para aquél que se deleita en la soberanía de Dios, las nubes tienen, no solamente un "baño de plata", sino que son *de plata maciza,* sirviendo la oscuridad tan sólo para poner de relieve la luz:

> "Oh santos temerosos, el ánimo alentad;
> Las nubes de tinieblas que os infunden pavor,
> Llenas están de gracia; de cierto se abrirán,
> Vertiendo en vuestras almas el celestial amor."
>
> (William Cowper)

9. *Garantiza el triunfo final del bien sobre el mal.*

Desde el día en que Caín mató a Abel, el conflicto entre el bien y el mal en la tierra ha sido un penoso problema para los santos. En todas las épocas los justos han sido aborrecidos y perseguidos, mientras los impíos han desafiado a Dios, al parecer, impunemente. El pueblo de Dios, en su mayor parte, nunca ha gozado de riquezas materiales, mientras que los del mundo, en su prosperidad temporal, han florecido como el verde laurel. Cuando uno mira a su alrededor y observa la opresión de los creyentes y el éxito terrenal de los infieles, y nota cuán pocos son aquellos y cuán numerosos éstos; cuando ve la aparente derrota del bien, y el triunfo de la violencia y el mal; cuando oye el rugir de la batalla, los gritos de los heridos, y las lamentaciones de los afligidos; cuando descubre que casi todo aquí abajo está en confusión, en caos y en ruinas, parece como si Satanás estuviese llevando la mejor par-

te en la batalla. Pero cuando uno mira *arriba,* en vez de mirar a su alrededor, el ojo de la fe ve claramente un trono, un trono al que las tormentas de la tierra no afectan, un trono "fijo", estable y seguro, en el que se sienta Aquél cuyo nombre es el Omnipotente, y que "hace todas las cosas según el consejo de su voluntad" (Efesios 1:11). Esta es, pues, nuestra confianza: *Dios está en el trono.* El timón está en *sus manos* y, siendo Todopoderoso, su propósito no puede fallar; "si El se determina en una cosa, ¿quién *lo apartará?* Su alma deseó, *e hizo"* (Job 23:13). Aunque la mano regidora de Dios es invisible para los sentidos, es real para la fe, esa fe que descansa con plena certidumbre en su Palabra, segura de que *El no puede fracasar.* Lo que a continuación insertamos procede de la pluma de nuestro hermano Mr. Gaebelein.

"En Dios no puede haber fracaso. 'Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará?; habló, ¿y no lo ejecutará?' (Números 23:19). Todo se cumplirá. La promesa hecha a su propio y amado pueblo, de que vendría en su busca para llevarlos a la gloria, no quedará incumplida. De cierto que vendrá a tomarlos a Sí mismo. Las palabras solemnes habladas a las naciones de la tierra por los diferentes profetas, no fallarán. 'Gentes, allegados a oír; y escuchad, pueblos. Oiga la tierra y lo que la hinche, el mundo y todo lo que él produce. Porque Jehová está airado sobre todas las gentes, e irritado sobre todo el ejército de ellas: destruirálas y entregarálas al matadero' (Isaías 34:1,2). Llegará la hora en que 'la altivez de los ojos del hombre

será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová sólo será ensalzado en aquel día' (Isaías 2:11). El día de Su manifestación, cuando Su gloria cubrirá los cielos, y Sus pies se posarán de nuevo sobre esta tierra, vendrá ciertamente. Su reino no faltará, ni ninguno de los acontecimientos prometidos con relación al fin del siglo y la consumación.

"En estos tiempos oscuros y de prueba, ¡cuán bueno es recordar que El está en el trono, el trono que nada ni nadie puede conmover, y que El no dejará de hacer todo lo que ha dicho y prometido. 'Inquirid en el libro de Jehová, y leed si faltó alguno de ellos' (Isaías 34:16). Por la fe —bendita visión— podemos mirar hacia aquel momento glorioso, cuando su Palabra y su voluntad serán cumplidas, cuando, por la venida del Príncipe de paz, la justicia y la concordia reinarán al fin. Y mientras esperamos ese momento supremo y bienaventurado en que se cumplirá la promesa que nos ha sido dada, pongamos en El nuestra confianza, andemos en comunión con El, y descubriremos cada día que El no deja de sostenernos y guardarnos en todos nuestros caminos."

10. *Ofrece un lugar de reposo para el corazón.*

Mucho de lo que podríamos decir aquí ya ha sido presentado bajo otros epígrafes anteriores. Aquel que está sentado en el Trono del Cielo, Aquel que gobierna las naciones y que ha ordenado, y dirige ahora, todos los acontecimientos, es no sólo infinito en poder, sino también en sabiduría y bondad. El que señorea sobre toda la creación es Aquel que fue "manifestado

en carne" (I Timoteo 3:16). ¡Ah! ¡He aquí un tema que ninguna pluma humana podría desarrollar debidamente! La gloria de Dios no consiste meramente en que El es Supremo, sino en que siendo el Altísimo se humilló en amor humilde para llevar la carga de sus propias criaturas pecadoras; pues está escrito que *"Dios* estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí" (II Corintios 5:19). La Iglesia de *Dios* fue ganada *"con Su propia sangre"* (Hechos 20:28). Su reino está establecido sobre la base de la misericordiosa autohumillación del propio Rey. ¡Oh cruz portentosa! Por ella, Aquel que allí padeció se ha convertido, no en el Señor de nuestros destinos (que ya lo era antes), sino en el Señor de nuestros corazones. Es por esto que no nos inclinamos ante el Soberano Supremo con terror servil, sino que en adoración clamamos: "El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder y riquezas y sabiduría, y fortaleza y honra y gloria y alabanza" (Apocalipsis 5:12).

He aquí, pues, la refutación de la impía acusación de que *esta doctrina es una* calumnia horrible contra Dios, y que es peligroso dársela a conocer a su pueblo. ¿Puede ser "horrible" y "peligrosa" una doctrina que da a Dios el lugar que en verdad le corresponde, que mantiene sus derechos, que magnifica su gracia, que le da *toda* la gloria y que quita de la criatura todo motivo de jactancia? ¿Puede ser "horrible" y "peligrosa" una doctrina que ofrece a los santos seguridad en medio del peligro, que les provee de consuelo en medio del dolor, que engendra en ellos paciencia en medio de la adversidad, que les inspira alabanza en todo tiempo? ¿Puede

ser "horrible" y "peligrosa" una doctrina que nos asegura el triunfo del bien sobre el mal, y que provee para nuestros corazones un lugar de reposo seguro en las perfecciones del propio Soberano? No, y mil veces no. En lugar de ser "horrible" y "peligrosa", *esta* doctrina de la soberanía de Dios es gloriosa y edificante; y si en verdad la hemos comprendido, nos hará exclamar con Moisés: "*¿Quién como Tú, Jehová, entre los dioses?* ¿Quién como Tú, magnífico en santidad, terrible en loores, hacedor de maravillas?" (Exodo 15:11).

CONCLUSION

"Aleluya: porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina" (Apocalipsis 19:6).

Como conclusión, consideremos ahora una o dos de las objeciones que suelen oponerse a la doctrina de la soberanía divina. Si Dios no solamente ha predeterminado la salvación de los suyos, sino que también ha preordinado las buenas obras en que han de andar (Efesios 2:10), ¿qué incentivo nos queda para luchar por la piedad práctica? Si Dios ha fijado el número de los que han de ser salvos, siendo los demás vasos de ira preparados para muerte, ¿qué estímulo tenemos para predicar el Evangelio a los perdidos? Contestemos estas preguntas ordenadamente.

1. *La soberanía de Dios y el crecimiento del creyente en la gracia.*

Si Dios ha preordinado todo lo que acontece, ¿de qué *nos* sirve "ejercitarnos" para "la piedad" (I Timoteo 4:7)? Si Dios ha preparado de antemano las buenas obras en que tenemos que andar (Efesios 2:10), ¿por qué *hemos* de procurar 'gobernarnos en buenas obras"? (Tito 3:8). Esto no hace sino plantear de nuevo el problema de la responsabilidad humana. En realidad, sería suficiente responder: porque Dios nos lo ha *mandado así*. En ninguna parte de la Escritura se inculca o alienta un espíritu de indiferencia fatalista. El contentarse con lo alcanzado es algo que se condena

explícitamente en la Biblia. Lo que todo creyente ha de decir es: "Prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3:14). Este era el objetivo del apóstol, y debe ser el nuestro. En vez de estorbar el desarrollo del carácter cristiano, la debida comprensión y apreciación de la soberanía de Dios contribuirá a su desarollo. Exactamente de la misma manera que la *desesperación* del pecador, cuando se da cuenta de que no puede recibir ayuda alguna de sí mismo, es el requisito previo de una conversión genuina, así también la pérdida de toda confianza en si mismo es el primer elemento esencial para que el creyente crezca en la gracia. De la misma forma que el pecador se desespera al conocer su impotencia, y se echa en brazos de la misericordia divina, así también el cristiano, consciente de su propia fragilidad, se vuelve hacia el Señor en busca de poder. Es cuando somos flacos que somos poderosos (II Corintios 12:10); es decir, hemos de ser *conscientes* de nuestra flaqueza antes de acudir al Señor en busca de ayuda. Mientras el cristiano se crea suficiente, mientras imagine que por la mera fuerza de su voluntad puede resistir a la tentación, mientras ponga la menor confianza en la carne, como cuando Pedro *se jactó* de que aunque todos abandonaran al Señor, él no lo haría, ciertamente fracasará y caerá. Sin Cristo nada podemos hacer (Juan 15:5). La promesa de Dios dice: "El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas *al que no tiene ningunas*" –propias– (Isaías 40:29).

La cuestión que se nos plantea ahora es de gran importancia práctica, y tenemos el más profundo inte-

rés y anhelo en expresarnos clara y sencillamente. El secreto del desarrollo del carácter cristiano está en darnos cuenta y reconocer nuestra propia *impotencia,* volviéndonos al Señor en busca de ayuda. El hecho escueto es que por nosotros mismos somos absolutamente incapaces de cumplir un solo precepto o de obedecer un solo mandamiento de los que se nos presentan en las Escrituras. Se nos dice, por ejemplo: "Amad a vuestros enemigos"; mas por nosotros mismos no podemos hacerlo, y, ni mucho menos, sentirlo. "Por nada estéis afanosos"; pero, ¿quién puede evitar e impedir la ansiedad cuando las cosas van mal? Estos no son sino ejemplos entresacados de docenas y docenas que podríamos citar. ¿*Se burla,* pues, Dios de nosotros mandándonos hacer lo que sabe que *no podemos* hacer? La mejor respuesta que hemos hallado para esta pregunta es la de Agustín: "Dios da mandamientos que no podemos obedecer, para que sepamos *qué* hemos de pedirle". El darnos cuenta de nuestra impotencia debe lanzarnos en brazos de Aquel que tiene toda potestad. Aquí, pues, es donde sirve de *ayuda* tener una visión y percepción de la soberanía de Dios, pues revela *Su* suficiencia al tiempo que demuestra nuestra insuficiencia.

2. *La soberanía de Dios y el servicio cristiano.*

Si Dios ha determinado antes de la fundación del mundo el número exacto de los que han de ser salvos, ¿por qué debemos preocuparnos del destino eterno de aquellos con los cuales entramos en contacto? ¿Qué lugar queda para el celo en el servicio cristiano? ¿Acaso la doctrina de la soberanía de Dios y su corolario de la

predestinación no *desalentará* a los siervos del Señor haciendo que no sean fieles en el evangelismo? Antes al contrario, en vez de *desalentar* a sus siervos, el reconocer la soberanía de Dios será, precisamente, su *aliento*. Imaginemos por ejemplo, a uno que ha sido llamado a hacer obra de evangelista, y que sale creyendo en el libre albedrío y en la suficiencia del pecador para venir a Cristo. Predica el Evangelio tan fiel y celosamentee como sabe, pero halla que la mayoría inmensa de sus oyentes son absolutamente indiferentes y no experimentan la menor inclinación hacia Cristo. Descubre que los hombres, en su mayor parte, están completamente inmersos en las cosas del mundo, y que son pocos los que tienen preocupación por una vida futura. Les suplica que se reconcilien con Dios, y les hace ver la necesidad de la salvación de su alma. Pero de nada sirve. El desaliento le vence por completo, y se pregunta: ¿Por qué todo esto? ¿Renunciará, o quizás haría mejor en cambiar de misión y de mensaje? Si los hombres no responden al Evangelio, ¿no sería mejor dedicarse a cosas más populares y aceptadas en el mundo? ¿Por qué no ocuparse en esfuerzos humanitarios, en obras sociales, en la campaña en pro de la pureza? ¡Ay!, ¡cuántos hombres que en otro tiempo predicaban el Evangelio se ocupan ahora en estas actividades!

¿Qué es, pues, lo que Dios tiene para su siervo desalentado? En primer lugar, la necesidad de aprender de la Escritura que El no está tratando ahora de convertir al mundo, sino que en esta era está "tomando de los gentiles" pueblo para Su nombre (Hechos 15:14). O sea, ha de comprender adecuadamente el plan de

Dios para esta dispensación. ¿Cuál es el remedio de Dios para el desaliento ante el aparente fracaso de nuestro trabajo? El remedio es la certeza de que *Su* propósito *no puede* fracasar, de que *Sus* planes *no pueden* fallar, y de que *Su* voluntad *se ha* de cumplir. *Nuestra* labor no tiene por objeto hacer que se cumpla lo que *Dios* no ha decretado. Insistimos: ¿cuál es la palabra de aliento de Dios para aquél que está completamente desalentado ante la falta de respuesta a sus llamamientos y la ausencia de fruto de su labor? La de que *nosotros* no somos responsables de los resultados: estos dependen de Dios, y de su acción. Pablo puede "plantar", y Apolos "regar", pero es *Dios* quien "ha dado el crecimiento" (I Corintios 3:6). Nosotros hemos de obedecer a Cristo y predicar el Evangelio a toda criatura, hacer énfasis en el mensaje que dice: "Todo aquel que en El cree", y luego dejar que el Espíritu Santo aplique la Palabra con poder vivificante a quien El quiera, descansando en la promesa cierta de Jehová: "Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que harta la tierra, y la hace germinar y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: *no volverá a mí vacía,* antes hará *lo que Yo quiero* (quizá no haga lo que *nosotros* queremos), y será prosperada en aquello *para que la envié*" (Isaías 55:10,11). ¿No fue esta certeza lo que sostuvo al amado apóstol cuando declaró: "Por tanto, todo lo sufro *por amor de los escogidos*"? (II Timoteo 2:10). Más aún: ¿no es esta misma lección la que hemos de aprender del ejemplo bendito del Señor Jesús? Cuando leemos que El di-

jo al pueblo: "Aunque me habéis visto, *no creéis*", se apoyó en la voluntad soberana de Aquel que le había enviado, diciendo: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no lo echo fuera" (Juan 6:36,37). Sabía que su labor no sería en vano. Sabía que la palabra de Dios no volvería a El "vacía". Sabía que los "escogidos de Dios" *vendrían* a El y le creerían. Y ésta es la certeza que llena el alma de todo siervo que con inteligencia reposa sobre la bendita verdad de la soberanía de Dios.

¡Ah, compañero en la obra cristiana! Dios no nos ha enviado a "disparar un arco a la ventura". El éxito del ministerio que El ha puesto en nuestras manos no ha sido dejado a merced de la inconstancia de las voluntades de aquellos a quienes predicamos. ¡Cuán gloriosamente alentadoras y sustentadoras, si nos apoyamos en ellas con fe sencilla, son para el alma aquellas palabras de nuestro Señor: "También tengo otras ovejas (obsérvese que dice "tengo", *no* "tendré"; "tengo", porque le han sido dadas por el Padre antes de la fundación del mundo) que no son de este redil (es decir, el redil judío que entonces existía); aquellas también *me conviene* traer, y oirán mi voz" (Juan 10:16). No dice simplemente "*es posible* que oigan mi voz", ni "lo harán *si quieren*". No hay ningún "si", ningún "quizá", ninguna incertidumbre en todo ello. "*Oirán* mi voz" es Su promesa positiva, sin reservas, absoluta. ¡He aquí, pues, dónde ha de descansar *la fe*! ..Querido amigo, continúa la búsqueda de las "otras ovejas" de Cristo. No te desalientes porque los "cabritos" no atienden a Su voz cuando predicas el Evangelio. Sé fiel, sé bíblico,

persevera, y que Cristo te use como portavoz suyo para llamar a sí algunas de sus ovejas perdidas. "Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, *sabiendo* que vuestro trabajo en el Señor no es *vano*" (I Corintios 15:58).

Falta ahora que presentemos unas cuantas reflexiones finales, y habremos terminado nuestra feliz tarea.

La elección soberana de Dios en favor de algunos para salvación, es una provisión MISERICORDIOSA. La respuesta adecuada a todas las acusaciones impías de que la doctrina de la predestinación es, cruel, horrible e injusta, es que *si Dios no hubiera escogido* a algunos para salvación, *ninguno* habría sido salvo, pues "no hay quien busque a Dios" (Romanos 3:11). Esto no es una mera deducción gratuita que nosotros hayamos inventado, sino la enseñanza concreta de la Sagrada Escritura. Atended cuidadosamente a las palabras del apóstol en Romanos 9, donde este tema se debate a fondo: "Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena de la mar, las reliquias serán salvas... Y como antes dijo Isaías: *Si el* Señor de los ejércitos *no nos hubiera dejado simiente,* como Sodoma habríamos venido a ser, *y a Gomorra fuéramos semejantes*" (Romanos 9:27-29). La enseñanza de este pasaje no deja lugar a dudas: si no hubiese sido por la intervención divina, Israel hubiera venido a ser como Sodoma y Gomorra. Si Dios hubiese abandonado a Israel a su propio albedrío, la depravación humana hubiera seguido su curso hasta llegar a su trágico y esperado final. Pero Dios dejó una "reliquia" o "simiente". Antiguamente, las ciudades del llano habían sido borradas por su peca-

do, y no quedó nadie para sobrevivirlas; e igual le hubiera ocurrido a Israel si Dios no hubiese "dejado" o salvado un remanente. Lo mismo ocurre con la raza humana: si no fuera por la gracia soberana de Dios al salvar un remanente, *todos* los descendientes de Adam perecerían en sus pecados. Por lo cual decimos que la elección soberana de Dios en favor de algunos para salvación, es una provisión *misericordiosa.* Y nótese que al escoger a quienes escogió, Dios no hizo *injusticia* alguna a los demás que fueron dejados, pues *ninguno* tenía el menor *derecho* a ser salvo. La salvación es por *gracia,* y el *ejercicio* de la gracia es cosa de pura *soberanía;* Dios podía salvar a todos o a ninguno, a muchos o a pocos, a uno o a diez mil, según mejor le pareciera. Si se argumentara que, ciertamente "lo mejor" hubiera sido salvar a *todos,* la respuesta habría de ser que *nosotros* no tenemos capacidad para juzgar. *Nosotros* podemos creer también que "lo mejor" hubiera sido que Dios jamás hubiese creado a Satanás, que nunca hubiese permitido que el pecado entrara en el mundo, o que de haber entrado El hubiera terminado el conflicto entre el bien y el mal mucho tiempo antes de ahora. Pero, ¡ah!, los caminos de Dios no son los nuestros, Sus sendas son "inescrutables".

Dios preordina todo lo que acontece. Su dominio soberano se extiende al universo entero y está sobre toda criatura. "Porque *de* El y *por* El, y *en* El, son *todas las cosas*" (Romanos 11:36). Dios toma la iniciativa en todas las cosas, lo regula todo, y todo ayuda a Su gloria eterna. "No tenemos más de un Dios, el Padre, *del cual son todas las cosas,* y nosotros en El; y un

Señor Jesucristo, *por el cual son todas las cosas,* y nosotros por El" (I Corintios 8:6). Y también: "Conforme al propósito del que *hace todas las cosas según el consejo de su voluntad*" (Efesios 1:11). Si hay algo que sin duda pueda atribuirse a la *casualidad,* es el *echar suertes,* pero aun en esto la palabra de Dios declara explícitamente que "la suerte se echa en el seno; *mas de Jehová es el juicio de ella*" (Proverbios 16:33).

La sabiduría de Dios en el gobierno de nuestro mundo será vindicada por completo ante todas sus criaturas inteligentes. Dios no es un espectador ocioso que desde un mundo distante observa lo que está ocurriendo en esta tierra, sino que El mismo está disponiendo todas las cosas para el climax final de Su propia gloria. Aun ahora está realizando Su propósito eterno, no sólo en contra de la oposición humana y satánica, sino valiéndose de ella. Hasta qué punto todos los esfuerzos hechos para resistir a Su voluntad han sido impíos y fútiles, se verá un día tan plenamente como cuando en la antigüedad El destruyó al rebelde Faraón y a sus huestes en el mar Rojo.

Como muy bien se ha dicho: "El fin y objeto de todo es la gloria de Dios. Es perfecta y divinamente cierto que 'Dios ha ordenado para su propia gloria todo lo que acontece'. Si queremos evitar toda posibilidad de error sobre este pensamiento, hemos de recordar tan solo quién es este Dios, y cuál es la gloria que El busca. Este Dios es Aquel que es Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; Dios y Padre de Aquel en quien el amor divino vino buscando *no* lo suyo, de Aquel que fue entre nosotros como 'El que sirve'. Es aquel Dios

que, por ser suficiente en sí mismo, no puede recibir de sus criaturas más gloria de la que tiene. Es aquel Dios de quien procede todo bien y todo don perfecto, en quien no hay mudanza ni sombra de variación, a quien sus criaturas sólo pueden darle de lo que es Suyo.

"La gloria de este Ser se halla en la demostración de su propia bondad, justicia, santidad y verdad; en el hecho de manifestarse como se ha manifestado y se manifestará en Cristo eternamente. A la gloria de este Dios, necesariamente *han de servir todas las cosas*: buenas y malas. *El lo ha ordenado;* su poder lo logrará. Y cuando las nubes se disipen, y los que ahora parecen ser obstáculos sean removidos, El 'descansará en su amor' para siempre; bien que solamente la eternidad bastará para comprender la revelación. *'Dios será todo en todos'*: cinco palabras maravillosas que describen un fin inefable" (F. W. Grant sobre la "Expiación", bastardilla nuestra).

Hemos de confesar apenados que lo que hemos escrito constituye tan sólo una presentación incompleta e imperfecta de este importantísimo tema. No obstante, si da por resultado una más clara comprensión de la majestad de Dios y su misericordia soberana, nos consideraremos ampliamente recompensados por nuestros esfuerzos. Si el lector *ha* recibido bendición en la lectura de estas páginas, no deje de dar gracias al Dador de todo bien y todo don perfecto, tributando toda alabanza a su gloria inimitable y soberana.

"¡Cuán infinito eres, oh Dios, en perfección!
¡Cuán indignos nosotros!, ¡cuán débiles gusanos!
Acate toda raza tus deseos soberanos;
busque ansiosa en tu nombre la excelsa salvación.

Contempla de continuo tu divina omnisciencia,
con sus luengas edades la vasta eternidad;
nada es nuevo o antiguo ante tu inmensidad,
todo es presente eterno ante tu omnipotencia.

Nuestras vidas transcurren por sendas variables,
y sobre ellas se abaten mil afanes mezquinos;
mas tu consejo eterno dirige a sus destinos
tus decretos preciosos, sagrados e inmutables.

"Aleluya: porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina" (Apocalipsis 19:6).

INDICE